
BESTSELLING
100
YEARS
OF LOVE
AUTHOR
Barbara
Cartland
EL DESCONOCIDO
SAGA
EGMONT

Barbara Cartland

El Desconocido (La Colección Eterna de Barbara Cartland 38)

Translated by Desconocido

Título Original:
“The Wings of Love”

Saga

El Desconocido (La Colección Eterna de Barbara Cartland 38)

Translated by Desconocido

Original title: *The Wings of Love*

Original language: English

Copyright © 2020, 2025 Barbara Cartland and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727302225

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

CAPÍTULO I

Amanda entrará en el comedor adelante de *Lady* Hamilton durante una cena, ¿verdad, mamá?

La señora Burke pareció horrorizada.

—Por favor, Harriet, no permitiré que te manches los labios con el nombre de esa persona. Ruego a Dios, que Amanda nunca viva bajo el mismo techo de una mujer así. Estoy segura de que *Lord* Ravenscar no permitiría que su futura Esposa tuviera alguna relación con las damas que no pertenecen al bello mundo.

—Y será más importante que las esposas de Barones y caballeros— continuó Harriet sin poderse contener—. Imagínate, Amanda, lo divertido que será mirar con displicencia a *Lady* Dunkley, que siempre que nos ve con papá, dice: "¡En verdad, Vicario, no logro entender cómo es que sus hijas crecen tan de prisa!". Sus palabras parecen criticarnos de cometer alguna indecencia.

—Harriet, no debes hablar así— dijo la señora Burke, corrigiendo con aire distraído, como si al mismo tiempo estuviera ausente de la conversación de su hija de dieciséis años.

En esos momentos estaba concentrada, subiendo el dobladillo al vestido que su hija mayor tenía puesto. Y con la boca llena de alfileres, ordenó:

—Vuélvete un poco a la izquierda, querida Amanda. Este vestido aún está demasiado largo para ti. No sé cómo, siendo tu padre, un hombre que mide un metro ochenta, y yo bastante alta, hemos tenido una hija tan pequeña como tú.

—Siento mucho darte tantas molestias, mamá— respondió Amanda con su suave voz.

—No es molestia, mi amor— contestó la señora Burke—. Lo que deseo es que no te sientas fuera de lugar entre las amistades londinenses de *Lord*

Ravenscar.

Amanda no contestó. Tenía la impresión de que, cualquiera que fuera su forma de vestir, se sentiría torpe y tímida frente a las sofisticadas damas, y los elegantes caballeros que pasaban en sus magníficos carruajes, por el sendero que conducía al Castillo.

La Iglesia del pueblo, al igual que la Vicaría, estaban dentro del parque del Castillo. Una de las diversiones para los lujos del Vicario consistía en observar la llegada de los invitados de "las alocadas fiestas" de Su Señoría, como las calificaban la gente del pueblo. Tenían años de no ver a *Lord* Ravenscar. Para los lugareños él no era más que un perfil tras del cristal de un carruaje o una figura galopando por el parque acompañado de una docena de jinetes.

Amanda nunca había reparado ni en él, ni en sus fiestas, pero Harriet, su hermana, era la que cada vez mostraba mayor curiosidad acerca de este tema preguntándose en voz alta cómo serían y qué harían los invitados. En una ocasión en que Amanda le reprochara tan obsesivo interés, Harriet había protestado diciendo:

—¡Por supuesto, todas esas cosas me interesan! Comprendo que tú, Amanda, estés resignada a la rutina de todos los días y al ambiente cerrado de este pueblo, pero yo no. Yo deseo ir a Londres y estoy dispuesta a lograrlo cuando tenga la edad adecuada.

Amanda se había reído de las ocurrencias de Harriet. Sin embargo unos días después, al salir a buscar flores para decorar el altar de la Iglesia, recordaba los comentarios de su hermana menor.

Era costumbre que las flores de la Iglesia fueran traídas de los Invernaderos del Castillo.

Entró en el Jardín y cruzó los prados en dirección a los Invernaderos. Por todas partes se veían narcisos como guineas de oro y también las azaleas empezaban a lucir sus colores. La primavera se había retrasado un poco ese año.

Amanda lanzó un profundo suspiro. A su alrededor veía el verde suave y tierno de los primeros brotes, así como los capullos rosa y blanco de los árboles frutales. Desde los jardines contempló el extenso terreno que descendía abruptamente en dirección al río.

No era de sorprender, pensó, que *Lord* Ravenscar visitara con menos frecuencia su propiedad en invierno. Por lo general hacía un frío muy intenso cuando el viento soplaba sobre el Castillo o cuando la neblina, húmeda y penetrante, del pequeño río que serpenteaba a través del pueblo, lo cubría todo.

El pueblo se llamaba Ravensrye. El Castillo, construido ahí mucho antes que los invasores normandos se apoderaran de él, quienes lo había ido mejorado y convertido en Fortaleza.

Ya no le quedaba un aspecto muy normando en estos tiempos, opinó Amanda, levantando la vista hacia él. Sólo se mantenía una vieja Torre. El resto era un conjunto abigarrado de adiciones hechas por cada generación sucesiva, culminando en la nueva y magnífica Ala Georgiana, construida por el padre de *Lord* Ravenscar, poco después de que Jorge III ascendiera al Trono.

Amanda, dándose cuenta de que se había distraído, apresuró el paso, cruzó el jardín y entró en el primer Invernadero donde encontró a Forsythe, el viejo Jardinero, que ya le estaba cortando las azucenas.

Se saludaron, intercambiaron algunas frases risueñas y Amanda, con los brazos cargados de azucenas, se dispuso a regresar a la Vicaría. Al salir del invernadero sintió el sol primaveral que, habiendo atravesado la neblina del amanecer, ahora cubría la campiña.

Levantó la vista y quedó encandilada por unos instantes. Así absorta no vio a nadie acercarse, cuando una profunda voz masculina la sobresaltó:

—¿Y a quién tenemos aquí?— preguntó el hombre—. ¿Es un *Ángel* que ha venido a visitarnos?

Con los ojos muy abiertos, Amanda se volvió para encontrar a un caballero de edad madura, que la estaba observando a través de su monóculo. Le bastó la primera mirada para notar la elegancia de su ajustada chaqueta azul, con cuello de terciopelo, sus pantalones blancos y sus pulidas botas de montar. Para completar el cuadro, sostenía un bastón con mango de oro y una chistera algo ladeada sobre la cabeza de cabello oscuro.

Por un momento, Amanda titubeó pero de inmediato le hizo una reverencia.

—Supongo que usted… debe ser… *Lord* Ravenscar-se animó a decir ella, nerviosa.

—Por lo dicho, usted me conoce pero yo nunca la he visto antes— contestó él—. ¿Quién es usted… a menos que esté yo frente a un Ángel?

Amanda no era consciente de lo hermosa que aparecía con el sol brillando sobre su cabello rubio, con las azucenas en sus brazos y los ojos azules sombreados por largas pestañas.

—Soy Amanda Burke, milord.

—Amanda Burke— repitió él—. Un nombre encantador, aunque pienso que merecería tener el nombre de una Diosa. ¡Ya sé! Usted es Perséfone que, saliendo del mundo subterráneo nos trae la primavera, luego de la oscuridad del frío invierno.

Una leve sonrisa descubrió los graciosos hoyuelos de Amanda.

—Temo que no he traído nada, milord— contestó la joven—. En verdad he venido a recoger de sus invernaderos las flores para la Iglesia. Le estamos muy agradecidos por su donativo y puedo asegurar a Su Señoría que son muy apreciadas por todos en el pueblo.

—¿ Esto és para la Iglesia?— preguntó *Lord* Ravenscar—. ¡Caramba! ¡Ya sé! Usted es la hija del Vicario.

—Sí, milord. Mi padre, ha sido el Vicario de Ravensrye desde dieciséis años atrás.

—Creo que le haré una visita.

—Para mi padre, será un honor recibir a milord— contestó Amanda con formalismo.

Ella comenzó a marcharse, pero *Lord* Ravenscar la alcanzó para seguir caminando a su lado.

—¡Hábleme de usted!

—Hay muy poco que contar, milord.

—¿Qué hace todo el día?

—Algunas veces, bueno… muchas, ayudo a mi padre en la Parroquia— contestó Amanda—, o a mi madre en el cuidado de mis hermanos más pequeños.

Habían llegado a la puerta del jardín, que comunicaba al parque.

Amanda se detuvo para saludar de nuevo con una reverencia.

—Siempre me voy por aquí, milord. Llego más pronto a la Vicaría atravesando el Parque, que siguiendo el sendero de la entrada.

—¿Cuándo la veré de nuevo?— preguntó él.

Amanda agrandó los ojos de asombro al escuchar el tono de su voz.

—Si milord, desea visitarnos, mi madre sin duda alguna…

—Usted sabe que no es a eso a lo que me refiero—interrumpió *Lord* Ravenscar con impaciencia.

La joven lo miró, descubriendo las pesadas líneas que surcaban su rostro desde la nariz a la boca, las bolsas debajo de sus ojos, la palidez enfermiza de su tez.

«No es un hombre bueno», pensó. Aunque sería divertido contar a Harriet que había mantenido una conversación con el notorio *Lord* Ravenscar.

—¡Eres muy bonita, Amanda!

Ella se acercó un poco más a la puerta.

—Yo… yo creo, Su Señoría…

—No, bonita no es la palabra adecuada… bueno, pienso que no exagero, si digo que usted es…— continuó él—. ¡Preciosa! Eres bella, joven, inocente. ¡Cielos! Me había olvidado de la existencia de mujeres como tú.

Sosteniendo las azucenas con una mano, Amanda logró abrir la puerta con la otra.

—Debo irme, milord.

—¡Amanda, mírame!

Las palabras fueron una orden y Amanda, debido a su hábito de obediencia, levantó la vista hacia él. Vio cómo su mano se le acercaba y levantaba su barbilla. Comprendió con repentino horror que él intentaba besarla cuando sus labios gruesos y sensuales se acercaron a los de ella.

Lanzando una exclamación mezcla de repulsión e ira, Amanda se alejó corriendo, más veloz que el viento.*Lord* Ravenscar se quedó quieto con un puñado de azucenas blancas caídas a sus pies, contemplando la huida de ella.

Las azucenas fueron devueltas a la Vicaría una hora más tarde, junto con un gran ramo de orquídeas. Iban acompañadas de una misiva dirigida a la

señorita Amanda Burke.

—¿Qué es esto?— preguntó la señora Burke, al ver que un lacayo con librea color vino y oro entregaba las flores a Amanda.

—Son las flores para la Iglesia, mamá. Las mandan del Castillo explicó Amanda.

—¡Vaya, yo creí que habías ido a recogerlas tú! ¿Y esas orquídeas? ¡Qué preciosas son! ¡Nunca hemos recibido orquídeas antes!

—Supongo que Forsythe pensó que nos gustaría cambiar un poco se apresuró a decir Amanda.

Tomó las flores para encaminarse con rapidez a la Iglesia. No quería mentir a su madre, pero no soportaba contar a nadie su encuentro con *Lord* Ravenscar. La hacía sentir sus dedos en la barbilla y se le representaba la expresión de su mirada al acercar su rostro al de ella.

«¡Es viejo y horrible!», se dijo. Ya en la entrada de la Iglesia, abrió la carta. Consistía en unas pocas palabras escritas sobre una hoja de papel grabado con un escudo de armas.

A Perséfone, de alguien que, anhela su hermosura,
como el invierno anhela la primavera.

Rompiendo la nota en mil pedazos, la arrojó al cesto de los desperdicios. Entró a la Iglesia, colocó las azucenas en el altar y a las orquídeas en el oscuro alféizar de una ventana, donde pocas personas las pudieran ver.

Al terminar su tarea, Amanda se dejó caer de rodillas en una de las bancas; inclinando la cabeza trató de decir sus oraciones de costumbre: una oración por su amada familia, otra por los enfermos del pueblo y una súplica por la victoria de los ejércitos que concluyeran la guerra contra Napoleón Bonaparte. Pero esta vez por alguna razón inexplicable, sus propias frases le sonaban sin sentido. Y, en cambio, se descubrió rezando en silencio, y de un modo incoherente, por su propia salvación.

No alcanzaba a discernir los motivos de su temor. Sólo intuía un misterioso peligro.

Al levantar la cabeza de las manos, contempló la cruz que había en el altar y que brillaba a la luz del sol, se reprochó por sus temores y se dijo que

todo eso era ridículo. No había nada que temer… nada.

Fue al regresar a la Vicaría y ver frente a la puerta un alto faetón de ruedas negras y amarillas, con un lacayo de librea color vino y oro, que comprendió la lógica de su necesidad de orar.

Harriet la esperaba en el vestíbulo.

—¿Quién crees que está aquí?— preguntó en un murmullo, con los ojos brillando de emoción.

—*Lord* Ravenscar— contestó Amanda.

—¡Oh, entonces ya lo sabías!— exclamó Harriet—. ¡Qué desilusión! ¿Lo viste llegar o lo adivinaste?

—Vi su faetón afuera— contestó Amanda.

—¿Por qué crees que haya venido?— preguntó Harriet y al ver que Amanda no contestaba continuó—. ¿Crees que haya venido a invitarnos a una fiesta al Castillo? ¿O le ofrecerá a papá algún otro lugar donde vivir?

—¿Otro lugar?

—Bueno, él tiene docenas de propiedades diferentes—continuó Harriet —. He oído a papá decirlo muchas veces. Y el Diácono de Frackenbury murió hace un mes.

—¿Me quieres decir que *Lord* Ravenscar podría dar a papá un puesto así?

—Por supuesto que podría. Significaría mejor sueldo para papá, y sería maravilloso vivir en Frackenbury— continuó Harriet—. ¡Piensa en las tiendas a las que iríamos y las amistades que podríamos hacer! ¡Oh, Amanda, cruza los dedos porque eso sea!

Amanda sin decir nada, se dirigió a la escalera.

—¿Adónde vas?— preguntó Harriet—. ¿No vas a esperar aquí, para verlo salir?

—¡No, no, por supuesto que no!

Las palabras de Harriet hicieron que Amanda subiera corriendo la escalera, en dirección de su dormitorio. Se sentó en la orilla de la cama y miró desde la ventana, más allá del parque, hacia el Castillo. No había recordado, hasta esos momentos, que *Lord* Ravenscar era, el amo de su padre . Siempre había sido muy ajeno a sus vidas; sin embargo ahora todo

parecía depender de él... desde la casa en la cual vivían, la ropa que vestían, hasta el pan que se llevaban a la boca.

Era evidente que ella no debía ofenderlo. Al mismo tiempo, no podía evitar el deseo profundo de no volverlo a ver jamás.

La puerta se abrió y Harriet entró agitada.

—Abajo te esperan. Me han enviado por ti— exclamó sin aliento—, mamá dijo que bajaras en el acto.

—¿Para qué puede quererme mamá?

—*Lord* Ravenscar está todavía ahí… mamá salió al vestíbulo… y, parecía extraña, como si hubiera estado llorando o estuviera a punto de hacerlo. ¡Oh, Amanda, date prisa! ¿Puedo ir contigo? Mamá no dijo nada al respecto. ¿No será mejor que te cambies de vestido?

—No, voy a bajar como estoy— contestó Arnanda.

—Entonces, péinate— sugirió Harriet, pero Amanda ya estaba a media escalera.

Bajó con rapidez hasta llegar a la puerta de la salita, entonces titubeó por un momento antes que su mano temblorosa se extendiera hacia la manija.

La impresión que tuvo al entrar, fue que *Lord* Ravenscar dominaba con su presencia la habitación entera. Estaba de pie con la espalda hacia la chimenea y parecía elevarse sobre su padre, de pie junto a él, y sobre su madre , que permanecía sentada uno de los gastados sillones.

Sólo por un momento, los tres se volvieron para verla entrar.

Amanda miró un instante a *Lord* Ravenscar, para luego desviar la vista, temerosa de la expresión de su rostro. Su padre caminó a su encuentro, la tomó de la mano y ella se asombró al sentir que los dedos de su padre temblaban. Estaba muy serio, Amanda comprendió de manera instintiva que lo que comunicaría serían malas noticias.

—¿Qué es, papá?— preguntó en voz baja.

Harriet se había equivocado, pensó. No ascenderían a su padre. Tal vez *Lord* Ravenscar iba a despedirlo. Sintió la fuerte presión de la mano de su padre, apretando la suya.

—Amanda —dijo en su voz grave y serena—. Tengo algo importante, muy importante, que decirte.

—Sí, papá.

—Es algo que ha resultado una gran sorpresa para tu madre y para mí. Es sobre una decisión que nosotros no podemos tomar. Y no haremos nada sin consultarte primero.

—¡Claro que no! —intervino la señora Burke desde su asiento junto a la chimenea.

Amanda miró a su madre. Ahora comprobaba lo que Harriet había querido decir sobre su madre, que parecía haber llorado o desear hacerlo. Había en ella, sin embargo, una expresión que Amanda no lograba comprender. Se sintió incómoda y furiosa contra *Lord* Ravenscar por haber alterado así a sus padres, y la armonía de su hogar.

—¿De qué se trata, papá?— preguntó de nuevo.

Notó a su padre aspirar una bocanada de aire antes de decir:

—*Lord* Ravenscar, querida mía, nos ha hecho el honor de pedir tu mano en matrimonio.

Posteriormente, Amanda no recordaba con exactitud qué había dicho o hecho, en ese primer momento de shock.

Sabía con certeza que *Lord* Ravenscar podía tanto ascender como despedir a su padre, si lo deseaba. No podía comprender nada más, ni sabía qué hacer o decir.

—No hay prisa— aclaró *Lord* Ravenscar—, desde luego, esperaré con tranquilidad su respuesta— se llevó los dedos de ella a los labios.

—No me hagas esperar demasiado, Perséfone— murmuró en voz tan baja que sólo Amanda pudo escucharlo.

Su padre acompañó a la puerta al visitante que ya se retiraba. Amanda se quedó inmóvil como petrificada, mientras su madre y Harriet, que había escuchado desde la puerta, hablaban las dos al mismo tiempo.

Mientras su madre hacía exclamaciones sobre lo increíble de la situación, Harriet enumeraba las ventajas que toda la familia obtendría con el Matrimonio de Amanda. Cuando su padre regresó, Amanda, como si lo hiciera en sueños se dirigió a su lado, y tomó sus manos.

—Sólo tú puedes decidir— dijo él, con lentitud.

—¿Por qué quiere casarse conmigo?— preguntó Amanda.

—Dijo que te había visto en el jardín— continuó el Vicario—, y que comprendió que eras la esposa que él había estado buscando toda su vida.

—No me parece posible— comentó delicadamente la señora Burke—. ¡*Lord* Ravenscar! Pero, Arthur, ¿te has puesto a pensar?

Sus ojos se encontraron con los de su esposo y ahora las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a rodar por sus mejillas.

—Todo queda en manos de Amanda— repitió el Vicario.

—Pero, ¿ella qué puede saber?— preguntó la señora Burke, ignorando la presencia de su hija—. Arthur… su reputación…

—¿Qué sabemos de él, Margaret?— preguntó el Vicario.

—Sólo lo que hemos oído por la gente del Condado, que como sabes es muy inclinada a murmurar, sobre todo de personas a las que envidia, como él. ¿Hemos estado en alguna de las fiestas que da en el Castillo? ¿Hemos conocido a sus amigos? Debemos ser justos. Por otra parte, Amanda no debe comprometerse a nada. … ni ilusionarse con ventajas materiales, como las que oí mencionar a Harriet… sólo debe estar clara, absolutamente segura del hombre con el que compartirá el resto de su vida.

La señora Burke secó sus lágrimas.

—Sí, desde luego, tienes mucha razón, Arthur. Debemos darle la oportunidad, como se la daríamos a cualquier pretendiente de demostrarnos que es digno de nuestra hija. Si iremos esta noche a cenar al Castillo, tendré que darme prisa para prepararle a Amanda la ropa que vestirá.

—¡Van a cenar al Castillo esta noche!— exclamó Harriet con un pequeño grito de entusiasmo—. ¿Por qué no nos habían dicho? ¿Puedo ir yo?

—No, Harriet, tú no has sido invitada —contestó la señora Burke.

—¡Es injusto, muy injusto!— gimió Harriet—. ¿Por qué no fue a mí a quien vio en el jardín?

El Vicario tomó de la mano a su hija menor, decidido a darle un pequeño sermón sobre las vanidades del mundo, y se la llevó a caminar; al regresar del pequeño paseo encontraron a Amanda con el vestido que su madre le estaba midiendo.

—No estará listo a tiempo, estoy segura— dijo la señora Burke—, y no tiene otra cosa que ponerse. Por lo que más quieras, Harriet, deja de hablar tanto y ve a planchar la banda que encontrarás en el cajón de arriba de mi cómoda. ¡Ten cuidado de no quemarla!

De algún modo, llegaron a tiempo al Castillo.

Aunque sabía los esfuerzos que había hecho su madre, para arreglarla y que el efecto logrado era atractivo, Amanda se sentía disminuida frente a las elegantes mujeres que estaban reunidas en el *salón plateado.* No le fue posible memorizar los nombres de ellas, ni de los caballeros con los que fue presentada. Sólo se sentía pequeña e insignificante y tenía miedo de levantar la vista hacia el rostro de *Lord* Ravenscar, por temor de encontrar en sus ojos esa mirada que parecía acosarla desde un principio.

Sentía que sus dedos estaban helados, al saludarlo sin levantar la vista, ni contestar ninguno de los efusivos comentarios con los que recibió a sus padres y a ella.

La cena fue fantástica, al menos para Amanda. Nunca había imaginado que alguien pudiera vivir con tanto lujo y opulencia. Había adornos de oro en la mesa y los platos eran de plata. Cada nuevo platillo presentado era más exótico y delicioso que el anterior; los vinos, servidos en copas de cristal cortado, eran excelentes. Todo representaba una experiencia diferente y desconocida hasta ese momento de toda existencia tranquila y austera.

Se sorprendió de ver que sus padres no se mostraban impresionados ante un ambiente tan magnífico y que conversaban en forma animada y natural con sus compañeros de mesa.

Pero las damas presentes eran quienes intimidaban a Amanda. Una de ellas, sentada a la derecha de *Lord* Ravenscar, luciendo enormes brillantes que colgaban de sus orejas y bordeaban su cuello se veía disgustada sin ningún disimulo.

Sus labios rojos estaban contraídos en un mohín de enfado y en un tono de voz tan dulce como venenoso, hacía comentarios bastante bruscos, que Amanda no alcanzaba a comprender en su totalidad.

Era difícil para ella captar todo. Había demasiado que ver, oír, y hasta comer.

Amanda terminó renunciando a la lucha desigual de cualquier conversación y se quedó sentada, silenciosa, dejando que las charlas fluyeran a su alrededor, pero muy consciente de que gran parte del tiempo los ojos de *Lord* Ravenscar se clavaban en ella.

«No lo miraré, no lo haré», se propuso con firmeza, y sin embargo, sin comprenderlo y como si fuera atraída por un extraño magnetismo se encontraba mirando hacia él, contra su voluntad y de manera irresistible.

«Es muy viejo», pensó de nuevo. «Parece más viejo que papá. ¿Cómo puedo casarme con alguien así? ¿Cómo podría ser feliz? ¿Cómo podría amarlo?».

La cena terminó y las damas pasaron al salón.

La dama de los brillantes dirigió algunas preguntas mordaces a su madre, pero la señora Burke contestó con tranquila cortesía, como una gran dama.

«Si yo tuviera algo que decir», pensó Amanda, «jamás invitaría al Castillo a gente así». La implicación de sus propios pensamientos le hizo perder la respiración. Sería la señora de este lugar… ama y señora de todo este lujo y grandeza. Entonces los invitados no la despreciarían, ni la harían sentir insignificante.

Podía casi escuchar la voz excitada de Harriet, admirando el oro y la plata de la mesa. Podía cerrar los ojos e imaginar a Caroline corriendo por los pasillos, a Roland deslizándose por la barandilla de la escalera. Qué maravilloso el poder mandarlo a Eton, el pagarle la universidad, hasta llegar al mismo Oxford. ¡Y tendría su propio caballo para vacaciones, como él siempre soñaba!

Sus padres nunca tenían suficiente dinero para brindarles los pequeños lujos con que soñaban sus hermanos.

Con un estremecimiento advirtió que los hombres se volvían del comedor y que ella había estado ausente sin oír lo que las damas conversaban durante el último cuarto de hora.

Había permanecido sumergida en sus propios pensamientos, apartada, con las manos en el regazo y la rubia cabeza inclinada distraídamente.

Lord Ravenscar cruzó la habitación en dirección a ella.

—Ven, tengo algo que mostrarte— le dijo.

Amanda se levantó, en actitud obediente. El descorrió una cortina y cruzando un ventanal abierto, la condujo a la terraza. Era una noche tibia y ella vio que había luces de colores instaladas sobre los prados y a la orilla

del lago. Titilantes como pequeñas estrellas, se reflejaban en el agua y brillaban entre las hojas de los arbustos ornamentados hábilmente con ellas.

—¡Oh, qué preciosas!— exclamó Amanda.

—Me pareció que te gustarían— respondió *Lord* Ravenscar con emoción—, eres sólo una niña, ¿verdad? Hay muchas cosas con las que puedo divertirte, y muchas más para enseñarte.

—Es muy bonito esto— comentó Amanda—. Las luces hacen que el Lago se vea diferente… y el jardín también.

—Lo hice por ti— repitió *Lord* Ravenscar.

—Gracias. Muchísimas gracias.

—¿Esa es la única forma que tienes para agradecerme?

Su voz era ronca y profunda. Sintió que le rodeaba los hombros con un brazo.

—Yo… creo que debemos volver… para mostrar esto… a papá y mamá — propuso Amanda titubeante.

—Pero, ¿por qué?— preguntó en seguida *Lord* Ravenscar, oprimiéndola —. No hay prisa. Podemos contemplar las luces juntos y los demás, si lo desean, pueden salir más tarde.

El brazo de él la oprimió con cierta insistencia y Amanda sintió un temblor bajo su contacto.

—Por favor… por favor, milord .

—¿Por qué me rehuyes, así, Amanda? —preguntó él—. Estoy esperando tu respuesta a mi proposición.

—Sí. Lo… sé, milord… deseo esperar y disponer del tiempo necesario para pensar. No nos… conocemos muy bien.

—¿Es eso necesario?— preguntó *Lord* Ravenscar—. Tendremos mucho tiempo para hacerlo, cuando nos casemos.

La atrajo hacia él.

—Yo te enseñaré a amarme, Amanda. Eres joven, preciosa, y me excitas de una manera que pensaba olvidada por mí. Quiero casarme contigo, Amanda, ahora, inmediatamente, y así enseñarte lo que es el amor.

Su voz era tan ronca que casi sonaba incomprensible. El aliento del hombre era jadeante, sus manos acariciaban sus hombros desnudos y

ascendían por su redonda y suave columna hasta aferrarse a su cuello y tomándola con pasión su boca descendió a la de ella.

Amanda lanzó un pequeño grito; luchó por zafarse pero era inútil por lo pequeña y débil que resultaba ser frente a la fuerza de él. Sintió una repentina repulsión, un horror absoluto de la presión dura y candente de los labios del hombre, de su boca que se aferraba a la de ella en forma codiciosa y posesiva, como si fuera una sanguijuela que quisiera extraerle la vida misma.

Mientras forcejeaba, sintiendo que estaba a punto de desmayarse por el horror de lo que estaba sucediendo, un disparo repentino rompió el silencio de la noche, seguido por muchos otros, uno tras otro, en rápida sucesión.

Lord Ravenscar soltó a Amanda y miró hacia la oscuridad que había más allá del jardín.

—¿Qué diablos está sucediendo?— preguntó furioso.

CAPÍTULO II

Por un momento Amanda y *Lord* Ravenscar se quedaron inmóviles. Era una noche cálida, sin el menor soplo de viento y el sonido de los disparos retumbó sacudiendo el ambiente. En eso, a la distancia, oyeron voces masculinas que gritaban juramentos.

—¡Santo cielo, Ravenscar! ¿Ya empezó la invasión?—preguntó un hombre desde una ventana.

Una de las mujeres, que había escuchado, lanzó un grito histérico—. ¡Es Napoleón! ¡Ya ha desembarcado!

Amanda pareció salir de la inercia en que había estado hasta ese momento. Con un ágil movimiento, se zafó de *Lord* Ravenscar y corriendo bajó la terraza, hacia el sendero de grava que serpenteaba entre los prados.

Conocía tan bien el camino que hubiera podido recorrerlo en medio de la más completa oscuridad, pero en ese momento la luna aparecía brillando entre las nubes y con su luz plateada inundaba los jardines.

Como un fantasma, Amanda huyó aprovechando las sombras de los arbustos, sólo en los intervalos entre cada uno, su figura se iluminaba con el reflejo lunar. El jardín empezaba a descender en una suave ladera. Construido en un terreno elevado, el jardín tenía al oeste el río, que en ese punto se ensanchaba para juntarse con el arroyo que desembocaba en el mar.

De ahí había llegado el ruido de los disparos y al acercarse más, Amanda pudo escuchar con claridad a alguien que daba órdenes, a hombres que gritaban blasfemias, juramentos. Era evidente que alguien maldecía a otro por una razón al parecer muy seria.

Se detuvo en lo alto de una larga escalinata de piedra que descendía hasta la casa de los botes. Había una puerta de hierro forjado y Amanda la

abrió. En ese preciso instante aparecieron en lo alto tres hombres frente a ella.

A la luz de la luna reconoció a dos de ellos. Uno era Ned Hart, mozo de la posada local, conocido como un hombre alocado e irresponsable. El otro era Ben Oakes, un joven labrador que andaba en malas compañías por ser débil de carácter, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa que se le ordenara.

Ambos hombres la miraron llenos de sorpresa y vio que entre los dos sostenían a un desconocido. Al verlo Amanda contuvo la respiración; la sangre estaba manando de una herida que tenía en la frente y corría por su rostro.

—¿Qué pasa, Ned?— preguntó Amanda—. ¿Qué ha sucedido?

—Son los soldados, señorita. Nos tomaron desprevenidos. Todos escapamos, menos este caballero.

Al oír "caballero", Amanda observó con mayor detenimiento al hombre herido. Notó, por su ropa y por el elegante corte de su cabello, que era de una clase muy diferente a la de los otros dos hombres. Iba a decir algo, cuando Ned volvió la cabeza de forma temerosa, mirando hacia atrás.

—Vienen tras nosotros, señorita— declaró con sencillez.

Amanda se hizo a un lado de la entrada.

—Vayan al laberinto, Ned— ordenó ella—. Ustedes conocen su secreto, pero los extraños no.

Los dos hombres la obedecieron y con su carga, se dirigieron a los arbustos que bordeaban la entrada del laberinto, en eso Ned preguntó en un susurro:

—¿Adónde lo llevaremos después, señorita? Es seguro que los soldados registrarán nuestras casas.

Amanda titubeó. Estuvo a punto de ofrecer la vicaría, pero eso involucraría a su padre.

—EI *Templo*, Ned… llévenlo al *Templo*— dijo en voz muy baja tratando que sólo él la oyera.

—Sí, señorita.

Ned acababa de responderle, cuando Amanda oyó respiraciones jadeantes y los pasos de los hombres que subían la escalera. Se adelantó

quedando de pie frente a la entrada. Un segundo más tarde apareció un Sargento, agitado y sudoroso, seguido por dos soldados del *Cuerpo de Dragones,* portando mosquetes. Cuando vieron a Amanda impidiéndoles el paso, se detuvieron.

—¿Qué significa toda esta conmoción?-— preguntó ella con severidad, tratando de hablar con calma, aunque su corazón parecía golpear su pecho.

—Son contrabandistas, señorita— informó el Sargento—. Debe haberlos visto porque vinieron aquí.

—Me temo que está equivocado, sargento. Acabo de salir del Castillo y no he visto a nadie. Y no hay otro camino más que éste.

—Deben estar escondidos en el jardín —murmuró uno de los soldados —. Los vimos subiendo esta escalera… eran tres y uno estaba herido.

—¡Contrabandistas! ¿Dijo usted contrabandistas? —exclamó Amanda asombrada, dirigiéndose al Sargento y haciendo caso omiso al comentario del soldado.

—Sí, señorita— contestó el Sargento—. Los hubiéramos aprehendido si uno de mis hombres, grandísimo torpe, no hubiera disparado demasiado pronto. Eso los previno y se lanzaron al agua en la oscuridad. Ahora, si usted nos permite, entraremos en el Jardín y les daremos alcance. No irán muy lejos, cargando un hombre herido.

Dio un paso adelante, Amanda reconoció con desesperación que ya no había argumentos para distraerlos por más tiempo.

Entonces, para su alivio, oyó pasos detrás de ella y vio que *Lord* Ravenscar se acercaba acompañado de algunos Invitados.

—¡Ah, pero si es Su Señoría que ha llegado! Deben pedirle permiso, antes de entrar en el Jardín.

—¿Qué pasa aquí?— preguntó *Lord* Ravenscar con gran irritación—. ¿Te están molestando estos hombres, Amanda?

—No, milord— le contestó—. Sólo son los responsables de los disparos que escuchamos.

—¡Dragones!— exclamó *Lord* Ravenscar, observando al Sargento—. ¿Qué hace usted aquí, señor mío?

—Estamos tras unos contrabandistas, milord. Con instrucciones de detener o matar a cualquier hombre involucrado en negocios ilícitos.

—¿Y con órdenes de quién están ustedes en mis terrenos, sin mi autorización?— preguntó *Lord* Ravenscar.

El Sargento pareció sorprenderse.

—No es usual pedir permiso a nadie, milord . La gente de toda la Costa coopera gustosa con los guardacostas.

—La gente de la Costa puede hacer lo que quiera—contestó *Lord* Ravenscar—, pero yo no voy a permitir que nadie dispare sus armas en mis terrenos, sin mi autorización. Regrese con su Comandante y dígale que venga a verme en la mañana.

—Pero, milord… — insistió—, hay tres contrabandistas… escondidos en su jardín.

—¡Déjelos ahí!— ordenó *Lord* Ravenscar—. Sargento, ya tiene mis instrucciones. Diga a su Oficial, quienquiera que sea, que deseo hablar con él. ¡Habráse visto impertinencia igual!— añadió, volviéndose a sus invitados—, se creen que pueden hacer de una propiedad privada un campo de tiro. Antes que los descubriéramos hubieran revuelto el Castillo, en busca de fugitivos. A mi regreso a Londres veré al Secretario de Guerra y le pediré que mantenga en orden a sus soldados.

—¡Muy bien dicho, Ravenscar!— exclamó alguien—. He oído a mucha gente decir que los soldados son un fastidio, y todavía nadie se ha quejado de los contrabandistas. Mucho menos cuando dejan un barrilito de buen coñac en la puerta de uno, ¿verdad?

El comentario produjo una risa general y *Lord* Ravenscar, ofreciendo su brazo a Amanda, dijo:

—Vamos, Amanda, permíteme conducirte al Castillo. Tus padres deben estar preguntándose qué te ha sucedido.

—Gracias, milord— contestó Amanda—. Me alegra que usted no haya consentido un derramamiento de sangre.

—¿Vio usted a alguno de los contrabandistas, señorita Burke? preguntó alguien.

—No, no vi a nadie, Es posible que hayan sido contrabandistas dijo ella, implorando perdón a Dios por su mentira—, pero la oscuridad, puede haber alimentado la imaginación de los soldados.

—Además… — intervino *Lord* Ravenscar—, “el hogar de un inglés es su Castillo”. No voy a permitir que nadie se introduzca en mi propiedad, sin una buena razón para ello.

Amanda no pudo menos que sentirse agradecida con él. De haber actuado de otra manera, se hubieran aumentado las probabilidades de que los soldados, encontraran a los fugitivos, en los intrincados vericuetos del laberinto.

Volvieron a la sala, encontrando a las damas llenas de expectación y curiosidad.

—No eran Napoleón y sus soldados— anunció *Lord* Ravenscar, sólo unos cuantos dragones ingleses demasiado entusiastas y poco respetuosos de la propiedad privada, que perseguían a unos contrabandistas locales. Por lo visto, son, tan malos tiradores que los delincuentes lograron escapar casi sin un rasguño.

Amanda miró hacia su padre y vio el alivio de su rostro. Él sabía muy bien que variosfeligreses suyos, se dedicaban de vez en cuando al contrabando para complementar los ingresos de la familia.

—Creo que es tiempo de regresar a casa— dijo el vicario.

La señora Burke de inmediato se puso de pie.

Lord Ravenscar trató de oponerse, pero Amanda apoyó la sugerencia de su padre, aduciendo estar muy cansada. Cuando él los acompañaba a la puerta, Amanda oyó a uno de los invitados decir:

—¿Qué mosca le habrá picado a Ravenscar? ¡Invitar a un clérigo a cenar! ¡Aún no puedo creerlo!

Alguien más contestó al comentario, pero Amanda ya no pudo escuchar nada, excepto las carcajadas que siguieron.

Sentía que le ardían las mejillas de humillación, como una autómata extendió la mano a *Lord* Ravenscar y sintió que éste se la llevaba a los labios.

—Eres encantadora, Perséfone— dijo con suavidad—. Iré por mi respuesta mañana.

—No, milord… —trató de protestar Amanda, pero él ya se había vuelto en dirección al edificio y los lacayos los ayudaban a subir el carruaje

dispuesto para ellos por *Lord* Ravenscar. La señora Burke se hundió en los cojines.

—No tenía idea de que *Lord* Ravenscar pudiera ser tan encantador— exclamó—. Tal vez, Arthur, lo hemos juzgado mal. Es típico de la gente hablar mal de una persona que casi nunca ven o porque no los invita a su casa.

—Fue en verdad una velada agradable— asintió el vicario con prudencia —. ¿Aprehendieron a alguien los soldados? ¿Hubo alguien herido, hija?

Amanda estuvo a punto de decir la verdad, pero decidió no comprometer a su padre en el asunto del fugitivo herido, por eso le contó la mitad de la verdad:

—El Sargento de los *Dragones* dijo que no habían aprehendido a nadie.

—Me alegra saberlo— comentó el vicario—. Tiemblo por los muchachos del pueblo. Me mortificaría mucho que deportaran a alguno de ellos.

—¡Son tan torpes!— exclamó la señora Burke—, creo que debes hablar con ellos, Arthur. No vale la pena correr esos riesgos por unas cuantas guineas.

—Sólo me contestarían que no me metiera en asuntos que no son de mi incumbencia, querida mía.

El carruaje se detuvo.

—Otra vez en casa— continuó el vicario—, aunque fue una velada muy agradable, creo que lo que estamos deseando con más intensidad es irnos a la cama.

En el vestíbulo de la casa, la señora Burke encendió tres velas dispuestas para ellos y a cada uno entregó un candelabro.

—Acuéstate ya, querida Amanda— dijo—, y trata de dormir. Yo sé qué pensarás mucho sobre esta decisión tan importante, pero debes dejar que Dios te guíe y ayude a hacer lo que más te conviene.

—Sí, mamá— contestó Amanda.

Besó a sus padres y, con su vela en la mano, los siguió escalera arriba. Entró en su dormitorio, pero no se desvistió. En cambio, buscó en su cómoda las cosas que necesitaba: una venda, una botella de aceite de

almendras, tijeras y una toalla limpia. Puso todo en un maletín, lo único que le faltaba era una botella de brandy.

Con mucho cuidado abrió la puerta. Sus padres se habían acostado ya-. Los oía charlar, pero su luz estaba apagada. Con mucho cuidado, procurando no pisar las tablas que crujían, bajó la escalera. Hubiera querido esperar un poco más; pero el recuerdo de la sangre corriendo por la cara del desconocido le producía una sensación de urgencia.

Entró en el Comedor y abrió un anaquel. Como lo esperaba, adentro de éste había una botella de brandy, usada en contadas ocasiones con algún enfermo o un visitante muy distinguido. No quedaba mucho contenido, pero era suficiente.

Guardó la botella en su maletín y de puntillas salió por la puerta que daba al jardín. Una vez más la luz de la luna le facilitó la caminata en medio del sendero que conocía con los ojos cerrados. Cruzó el Jardín, se introdujo entre los arbustos que había en un extremo de él y salió a un pequeño bosque en cuyo centro se encontraba el *Templo.*

Era un edificio cerrado de estilo griego, que había sido construida por un excéntrico ancestro de *Lord* Ravenscar, a principio de siglo. Este hombre tenía obsesión por la antigüedad clásica y la gente del pueblo recordaba que en vida era capaz de pasar días enteros en el *Templo*, vestido con toga. Después de su muerte, nadie del Castillo visitaba al lugar. Estaba ubicado más cerca de la Vicaría que del Castillo y poco a poco, había sido olvidado.

Eran los chicos de los Burke los que lo consideraban como de su propiedad. Para ellos constituía el escondite donde nadie los molestaba, el lugar ideal para divertirse los días de lluvia y donde podían jugar a su libre albedrío.

Ahora, mientras se encaminaba al *Templo,* Amanda pensaba que era en verdad un escondite perfecto. La maleza había crecido desmesuradamente alrededor del *Templo*, haciéndolo casi inaccesible, excepto desde la Vicaría, aunque el camino era difícil, debido a los árboles y arbustos silvestres que lo ocultaban. Una vez adentro resultaba una verdadera Fortaleza. La pintura de sus paredes estaba descascarada por la humedad; pero los pilares que sostenían el friso tallado eran fuertes.

Después de un instante de vacilación, Amanda abrió la puerta. Por unos segundos, pensó que no había nadie ahí. El lugar estaba a oscuras. Entonces oyó un gemido y Ned dijo:

—¡Ah, es usted, señorita Amanda! Hemos estado en la oscuridad, porque pensamos que si encendíamos alguna luz, los soldados nos descubrirían.

—No hay peligro ya —contestó Amanda—. Su Señoría no los dejó entrar en su propiedad.

—¿De veras? ¡Vaya, es lo primero bueno que oigo de él! —exclamó Ned.

—Enciende, una vela —dijo Amanda—. Encontrarás dos sobre la repisa de la chimenea. Y será mejor que Ben traiga leña y encienda el fuego.

Se quedó inmóvil mientras los hombres la obedecían. Cuando la vela inundó de luz el lugar vio que el herido estaba sobre el diván. Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco de miedo. El hombre se veía inmóvil y rígido; el tono escarlata de su sangre daba un dramático contraste con la palidez de su piel.

—¿No está… muerto?— preguntó.

—No… está vivo, por traerlo tan rápido fue un poco maltratado, pero no podíamos abandonarlo a su suerte como si fuéramos franceses, ¿no cree usted?

—No, por supuesto que no… dense prisa para encender el fuego. El hombre debe tener mucho frío.

Mientras tanto, Amanda sacó frazadas y una manta que siempre se guardaban en un viejo arcón, para las tardes lluviosas y frías cuando jugaban ahí.

Cubrió al herido y levantó una pequeña fuente de porcelana, que formaba parte de una vajilla infantil.

—Llena esto con agua— dijo a Ned—. Hay un pequeño pozo atrás del *Templo.* No es profundo, pero el agua es limpia, de manantial.

—Sí, lo conozco bien, señorita— contestó Ned.

Mientras él iba por el agua, Ben volvía con los brazos cargados de leña.

Amanda se inclinó y tomó la mano del herido. Tenía la piel muy fría, y blanca, era muy bien formada, daba la impresión de ser una mano fuerte.

También había un aspecto de fortaleza en la figura inmóvil tendida en el sofá.

Ned trajo el agua, y la sostenía mientras Amanda limpiaba parte de la sangre coagulada de la frente del hombre y que aún salía en un hilillo oscuro.

—Si tiene una bala en la cabeza, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—No hay bala— contestó Ned—. Si la hubiera, ya estaría muerto. Yo vi que el disparo sólo le pasó rozando. Claro, lo apagó como a una vela, pero lo levanté del agua, me lo eché a las espaldas y corrimos a escondernos entre los árboles. Era difícil divisarnos con la oscuridad que empezaba y la luna que aún no había aparecido.

—Fue valeroso de tu parte salvarlo— dijo Amanda.

—No queríamos dejar prisioneros, que pudieran hablar —respondió Ned con una sonrisa audaz, pero Amanda comprendió que no lo decía en verdad.

—Sostén la vela para que yo pueda ver— ordenó.

A la luz de la vela pudo comprobar que tenía razón. La bala había rozado la frente del caballero, haciéndole una herida bastante notable y quemándole parte del cabello, pero no había quedado incrustada.

—Sí, tenías razón, Ned, gracias a Dios. Y ahora, dame el brandy. Está en el maletín.

—¡*Brandy!*— exclamó Ben.

—Lo va a ahogar si trata de darle a beber, señorita—comentó Ned.

—No lo va a beber— explicó Amanda—. Tengo que limpiar la herida. He sabido que los hombres siempre mueren cuando sus heridas sucias se infectan. El *brandy* limpia, como cualquier otra bebida.

—A mí sin embargo me parece un desperdicio— protestó Ned.

—Pero no te pido tu opinión— dijo Amanda con severidad—. Ten la luz firme. Necesito ver con claridad lo que hago.

Volcó un poco de *brandy* sobre la herida y el ardor que probablemente le produjo lo sacó un poco de su inconsciencia.

Empezó a murmurar, palabras extrañas en una voz ronca, que hizo a Ned exclamar:

—Está delirando. Tiene fiebre… eso es lo que tiene.

—Se aliviará— dijo Amanda con voz tranquilizadora—. Pásame la venda.

Hizo una pequeña compresa suave con un pedazo de tela limpia y la colocó sobre la frente del hombre. Entonces, con la ayuda de Ned logró vendarlo, dándole vueltas y vueltas a la venda, para terminar insertando las puntas en el mismo vendaje.

—El propio médico no podía haberlo hecho mejor, se lo aseguro— observó Ned con admiración—. Ya sé a quién recurrir, señorita, si me llega a tocar una bala.

—Y si te toca por seguir en estas andanzas, no te curaré, te lo juro— contestó Amanda con voz aguda—. ¿Sabes lo que te hubiera pasado, si los soldados te hubieran dado alcance esta noche?

—Sí, lo sé. Pero, de todos modos, señorita, el riesgo vale la pena.

Amanda comprendió que era inútil hablar con él. En ese momento el hombre con la cabeza vendada dejó de murmurar y abrió los ojos.

—¿En dónde… estoy:?— preguntó.

—Está usted a salvo— lo tranquilizó Amanda.

A la luz de la vela apareció con claridad el rostro del hombre, Amanda se dio cuenta de que por primera vez en verdad lo distinguía a él y no sólo su cabeza herida.

Era muy bien parecido, pensó… no podía tener más de veinticinco años. Sus facciones eran muy delineadas, de ojos gris intenso, hundidos bajo las cejas oscuras.

No había duda de que era un caballero, como Ned había afirmado. No cabía duda, a juzgar por la calidad y buen corte de su ropa, que era un hombre de posición social acomodada. Había un anillo de oro en su dedo; una leontina de oro en el bolsillo de su chaleco que, sin duda, terminaría en un reloj costoso.

—¿Qué… sucedió?— preguntó con aire atontado—. No puedo… recordar. Pero, espere… ahora recuerdo. Hubo un… disparo.

Fueron los soldados, señor— le dijo Ned—, nos estaban esperando. Alguien debe habernos traicionado. Si supiera quién fue el miserable delator lo ahorcaría con estas manos…

—No creo que haya sido nadie del pueblo— dijo Amanda a toda prisa, tratando de aliviar las sospechas que sólo causarían rencillas entre la gente de la aldea—. El Sargento informó que los guardacostas estaban vigilando toda la zona y que habían avistado botes acercándose al río.

—Por aquí se mantendrán alertas, después de lo que ha sucedido— dijo Ben—. Van a vigilar todo el tiempo.

—Sin duda alguna— aseguró Amanda con firmeza—, si es que les queda algo de sentido común, dejarán de contrabandear… todos ustedes.

—¡Contrabandistas! Sí… eso estaban… haciendo— dijo el hombre del diván—. Eran… contrabandistas. Y se ofrecieron a… traerme.

Cerró los ojos con cansancio, como si le hubiera costado mucha energía hablar.

—¿Quién es?— preguntó Amanda en voz baja.

—No sé, señorita. Llegó en el momento de cargar y nos pidió que lo trajéramos de Inglaterra. Nos contó una extraña historia de que había caído al mar, desde un barco inglés, durante una tormenta. Dijo además que unos pescadores franceses lo habían ayudado a esconderse en la costa.

El hombre abrió los ojos y sonrió.

—Me llamo Peter Harvey— dijo—. Siento mucho no poder levantarme… para presentarme.

Ella le sonrió también.

—Quédese quieto— le advirtió—. Ha recibido usted una seria herida en la cabeza y si no hubiera sido por Ned, los *Dragones* lo habrían capturado.

—Estoy muy agradecido, Ned— dijo Peter Harvey—. Procuraré recompensarlo… por esto.

—No lo he hecho por una recompensa— aclaró Ned con visible turbación—. Lo que quería era que los soldados, no le pusieran sus cochinas manos encima.

—Quiero darles las gracias, de todos modos— dijo Peter Harvey.

Trató de volver la cabeza y se estremeció.

—Quédese quieto— ordenó Amanda—. Perdió mucha sangre. Está muy débil y si no tiene cuidado, le dará fiebre.

Los ojos de Peter Harvey se detuvieron en la botella de brandy que se encontraba en la mesa.

—¿Puedo tomar un trago?— preguntó—, después, trataré de no moverme.

—No necesita hacerlo— dijo Amanda—. Sería una imprudencia de su parte. *Los Dragones* están en el pueblo. Deben estar revisando las casas e interrogando a todos. El único lugar seguro es éste porque está dentro del parque de *Lord* Ravenscar. El les negó la entrada a su propiedad. Ned y Ben permanecerán también aquí. Por la mañana irán a trabajar como si nada hubiera sucedido.

Se volvió hacia los hombres para comprobar que sus instrucciones habían sido comprendidas y continuó diciendo:

—Usted no debe ser visto por ningún motivo. Los soldados saben que alguien ha sido herido, y lo esperarán. Usted debe permanecer aquí hasta que nos aseguremos de que no hay peligro.

Mientras hablaba, servía al desconocido un poco de brandy. Este lo bebió con prisa y un poco de color volvió a su rostro. Amanda notó que sin duda se había sentido muy débil.

—Haré lo que usted ordena— murmuró el hombre—. No creo que haya otra alternativa.

—Le traeré algo de comer por la mañana— dijo Amanda. Empezó a reunir sus cosas y a guardarlas en el maletín.

—¿Cómo se llama?— preguntó él.

—Amanda… Amanda Burke— contestó ella—. Soy la hija del Vicario.

—Me gustaría darle las gracias.

—La mejor manera de demostrarlo será recuperándose lo más rápido posible para abandonar este lugar sin demora—contestó Amanda—. Nos veríamos en muy serios problemas si lo descubrieran aquí.

—Comprendo todo el significado de sus palabras y por eso les estoy más agradecido— dijo Peter Harvey.

—Ned dice que viene usted de Francia— le dijo Amanda—. ¿Es eso cierto?

—Muy cierto. Los hombres de Ravensrye fueron lo bastante bondadosos como para traerme de regreso a casa—contestó él.

—¿No era peligroso que estuviera usted en un puerto francés?

—Mucho. A mi alrededor había preparativos para la invasión… barcas, soldados esperando marea y viento favorable, los Generales de Bonaparte estaban impacientes por recibir la orden de partir.

—Debe haber sido muy listo para que no lo sorprendieran.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de él.

—No soy tan listo como afortunado— respondió—. ¿No fue muy buena suerte que no me mataran? ¿No lo fue acaso, haberla encontrado a usted?

Nadie podía refutarlo, luego como si hubiera llegado al límite de sus fuerzas, cerró los ojos y cayó en el profundo sueño del agotamiento. Amanda lo cubrió un poco más con las frazadas.

—Procuren que no se mueva, para que la herida no le sangre— dijo a Ned.

—Sí, señorita, yo lo cuidaré— contestó el hombre—. ¿No cree que debía dejarnos el brandy, por si lo necesita?

Amanda comprendió, que la oculta intención de Ned, era bebérselo.

—No, Ned. No puedo hacerlo— contestó—. Tengo que regresar la botella a su lugar, para que mi padre, no descubra que me la he llevado. Si tienen hambre, acompáñenme hasta la Vicaría y trataré de buscarles algo de comer.

—No, señorita… nos la pasaremos bien así— contestó Ned.

—¡Buenas noches, entonces!

Miró a su alrededor, el fuego crepitaba en la chimenea, el lugar estaba tibio y acogedor. Las únicas dos ventanas, cuyos vidrios se habían caído tiempo atrás, estaban cubiertas por espesos cortinajes para aislar el frío.

—Procuren que nadie vez luz aquí— advirtió Amanda—. De inmediato cierren la puerta, cuando haya salido.

Ned obedeció y Amanda regresó a la Vicaría a toda prisa. Todo estaba silencioso y tranquilo.

Sólo se escuchaba el distante chillido de una lechuza, el aleteo de algún pájaro caído de su nido y, dentro de la casa, el solitario tic-tac del reloj de pie ubicado en el vestíbulo.

Colocó la botella de brandy en su lugar y subió la escalera con el mismo sigilo con que la había bajado. Ya en su habitación, se quedó contemplando su imagen en el espejo. A la luz de la vela podía reconocer el cansancio reflejado en su semblante.

Mientras se quitaba el vestido, recordó con disgusto los abrazos de *Lord* Ravenscar y el pánico que la invadía cuando comprendió que iba a besarla. Pensó en los labios gruesos buscando los suyos, la lujuria de su mirada, su abrazo autoritario.

Entonces lanzó un pequeño grito y se llevó las manos a los ojos.

«¡No puedo casarme con él! ¡No puedo!», se afirmó para sí. «Eso le diré por la mañana. Papá y mamá comprenderán. Él no me… tocará jamás».

CAPÍTULO III

Amanda despertó poco después de las seis. En realidad había dormido muy poco; despertando varias veces esa noche de sueños persecutorios teñidos de sangre. Se levantó, se vistió a toda prisa, cubrió sus hombros con un chal grueso y bajó de puntillas a la cocina. Ahí, llenó una cesta con pan, huevos, mantequilla y un pedazo de panal de miel de abeja. También se llevó una venda limpia.

Salió al jardín donde aspiró una gratificante bocanada de aire, la belleza de la mañana la emocionaba. El sol aparecía en medio de un resplandor dorado, tiñendo el cielo de un color rosa intenso. Algunas estrellas todavía brillaban en el cielo, pero el jardín parecía renacer de pronto, palpitar con el canto de los pájaros. ¡La primavera está aquí!

Sintió un repentino sentimiento de felicidad. No sabía porque le sucedía eso, ya que en el fondo de su ser la acechaba la oscuridad y la obsesionaba el miedo a *Lord* Ravenscar y la decisión que debía comunicarle.

Al menos por el momento disfrutaría esa insólita felicidad de sentirse joven, alegre, vital. Corrió hacia el bosquecillo, con la grácil rapidez de un gamo, como si sus pies no tocaran el suelo.

Esperaba encontrar a todos dormidos en el *Templo*, pero al llamar con suavidad a la puerta, la voz de Peter Harvey le ordenó que entrara, estaba solo.

Las cortinas habían sido descorridas de las ventanas y aunque seguía ardiendo el fuego en la chimenea, fue a la luz del sol que ella lo vio con claridad por primera vez.

Estaba tendido en el diván, seguía pálido; pero ahora sonreía. Amanda pensó que era el hombre más apuesto que había visto en su vida.

Llegó a su lado. Los ojos profundos de Peter se elevaron hacia ella que notó a su vez que él se había afeitado y arreglado la corbata. Había tratado

de lavar la sangre de su chaqueta, lo que había logrado en parte, y sólo quedaban unos leves rastros de ella.

Amanda se quedó inmóvil, contemplándolo, entonces preguntó:

—¿En dónde están los otros?

—Se fueron tan pronto como hubo luz suficiente para orientarse— contestó Peter Harvey—. Ned, quien me dijo que vivía muy cerca de aquí, fue muy amable al traerme su navaja de afeitar. No necesitará regresar por ella, ya que es peligroso. A cambio he hecho posible que pueda comprarse otra.

—No debió darle dinero— dijo Amanda a toda prisa.

—¿Por qué no?

—Ned está obsesionado por el dinero— contestó Amanda—, por eso es que se ha vuelto contrabandista. Quiere ser rico, lucirse ante sus amigos, poder invitarlos en la Taberna de Las Cuatro Campanas.

Peter Harvey echó hacia atrás la cabeza y rió.

—¿Conoce usted las debilidades de toda la gente del pueblo? Amanda se ruborizó.

—No quiero que me considere una chismosa— se disculpó—, he vivido aquí toda mi vida y he visto crecer a muchachos como Ned y Ben. Es por eso que los conozco bastante. Mi padre ha tratado de hacerlos corteses y generosos con los forasteros. Por eso no debió haber recibido dinero de usted.

—Hizo por mí algo más que prestarme su navaja— sonrió Peter Harvey —. ¿Ha olvidado que me salvó la vida?

—No, no lo he olvidado— contestó Amanda—, y por eso debe tener mucho cuidado. Los soldados aún deben estar en el pueblo, y usted permanecerá aquí hasta que se hayan ido.

—Pero, no quiero abusar de su hospitalidad— insistió Peter Harvey.

—Me temo que no puede hacer otra cosa más que esperar.

Le sonrió y otra vez sus ojos se encontraron. A ella le pareció como si algo desconocido sucediera entre ellos, algo inexplicable que le hizo volver la cabeza hacia otro lado, y apresurarla a decir:

—Yo… debo cambiarle la venda. He traído conmigo una limpia.

—Déjeme traerle el agua— sugirió él.

—No. No está todavía lo bastante repuesto para eso. En cambio puede sacar las cosas del desayuno, que traigo en la cesta, también hay una sartén en el rincón, platos y tazas que mis hermanas y yo guardamos para cuando hacemos un picnic.

Tomó la fuente que había usado la noche anterior para lavar su herida y dijo riendo:

—La sartén va a necesitar una buena limpieza.

Salió a traer agua al arroyo, llenó su fuente y en eso estaba cuando vio primaveras que crecían junto a la orilla. Cortó un ramito y con las flores en una mano y el agua en la otra, regresó al templo.

Peter Harvey, que se veía muy pálido y tembloroso, estaba colocando sobre la mesa las cosas que había traído ella para el desayuno. Lo miró y exclamó con voz aguda:

—¡Siéntese ahora mismo! Sabe muy bien lo débil y mareado que está. Fue muy tonto de mi parte sugerir que se levantara, antes de comer algo. Siéntese por favor.

El la obedeció, con una sonrisa triste.

—Es absurdo que un simple rasguño de una bala me haga sentir así.

—Perdió mucha sangre.

Amanda colocó la fuente con agua sobre la mesa, encontró la sartén, la limpió y cocinó unos huevos en pocos minutos. Luego los sirvió a su paciente. El los miró para luego preguntar:

—¿No va usted a comer, también?

—No tengo hambre— contestó ella—. Anoche cené demasiado.

Su rostro se ensombreció al recordar dónde había cenado. Peter Harvey, sin discutir más comenzó a comer con avidez. Estaba muy hambriento, pensó Amanda mientras cubría con mantequilla varios trozos de pan casero y le servía una taza de leche de la jarra que reposaba en su cesta.

—Siento decirle que no he podido traerle nada más. Mi madre, tiene la llave de la despensa.

—¿Qué más puedo pedir?! Todo está delicioso. Creo que uno no aprecia lo que come, hasta que no conoce lo que es el hambre.

—¿Cuándo es que usted, comió por última vez?— preguntó Amanda—, debe haber sido ayer muy temprano. Tuvimos que salir antes del almuerzo,

porque los hombres dijeron que su bote era muy lento.

Me olvidé del asunto, pensando que llegaría a tiempo para cenar.

—¿Adónde se dirigía usted?— preguntó Amanda.

Le pareció que una leve chispa se encendía en los ojos de Peter Harvey y hubo una pausa perceptible antes que él contestara:

—A Londres.

—¿Vive usted allá?

Hubo una nueva pausa antes que contestara:

—No tengo hogar. Mis padres murieron.

—Lo siento mucho— dijo Amanda.

—Yo también— añadió él con gravedad—, aunque físicamente no se parezcan, usted me recuerda a mi madre. Ella también era gentil, comprensiva y muy hermosa.

Las palabras de él le recordaron a Amanda su deber, por eso se levantó.

—Si ya ha terminado— dijo—, comenzaré a cambiarle el vendaje. Él se mantuvo sentado mientras ella lo atendía y comprobaba que la herida no se había infectado.

—La cicatriz no se verá muy estética— dijo ella—, pero al menos está limpia. No tendrá mucho problema.

—¿Cómo puedo darle las gracias? ¿Se da cuenta de todo lo que le debo? No me gustaría retribuirle metiéndola en dificultades por mi causa. Creo que lo mejor sería que me fuera.

—No, no, ¡no puede hacer eso!— exclamó Amanda—. Los soldados están esperando en los alrededores. Con esa venda en la cabeza, lo descubrirán sin remedio. Quédese aquí hasta que ellos se cansen de buscarlo y se vayan. *Lord* Ravenscar se ha negado a permitir que registren los terrenos del Castillo. Mientras él no retire su oposición, no hay nada que puedan hacer. Debe usted esconderse aquí. Le traeré comida con tanta frecuencia como pueda. Y en cuanto sea posible reiniciar su viaje a Londres, se lo haré saber.

—Es usted tan pequeña… parece una niña… una niña muy dulce, muy atractiva— dijo Peter Harvey en forma inesperada—. Y es usted una de las personas más sensatas que he conocido. ¿Es siempre así?

—Cuando es necesario— respondió.

Amanda es un nombre muy bonito. Tiene un toque mágico… una magia relacionada, tal vez, con su cabello rubio, sus ojos azules y esa ridícula naricilla respingada.

Amanda no contestó y, ruborizada, empezó a recoger las cosas que había sobre la mesa.

—¿Está enfadada conmigo?— preguntó Peter Harvey, lleno de ansiedad.

—No— contestó ella—. Pero supongo que no estoy acostumbrada a los cumplidos.

—No eran cumplidos, en realidad— contestó él—. Los ingleses nunca saben aceptar cumplidos… sobre todo, las inglesas. Sólo estaba pensando en voz alta.

—Supongo que debía sentirme halagada— dijo Amanda con una leve sonrisa—. Pero, en verdad, estoy preocupada. Esto no es nada para tomar a la ligera.

—No lo estoy tomando a la ligera— la contradijo Peter Harvey con su voz profunda—, más aún… estoy decidido a hacer todo lo que usted me indique. ¿Eso la satisface?

—Por el momento, al menos— sonrió ella—. Ahora, ¿hay algo en especial que desee que le traiga?

—Me alegro que Ned le haya cedido su navaja, porque papá no se habría explicado la desaparición de la suya.

—No necesito nada— respondió Peter Harvey—, a menos que, cuando tenga la bondad de visitarme, pudiera traerme algo para leer. Tenía un libro conmigo al subir al bote de los contrabandistas, pero debe haberse quedado junto con mi sobretodo.

—Le traeré alguno, aunque me temo que los libros que tiene papá son bastante tediosos.

—No importa. Me ayudarán mucho a matar el tiempo que voy a tener— respondió Peter Harvey. Cerró los ojos de pronto—, me duele la cabeza de manera constante e intensa— exclamó—, tal vez sea mejor que hoy no intente salir del pueblo. Sería lamentable que me encontraran desmayado en el camino.

—No lo intentará hasta estar completamente bien— le dijo Amanda.

—¡Ravensrye!— exclamó Peter Harvey con aire muy reflexivo—, es un nombre encantador. Supongo que Ravenscar se derivó de él. Por cierto, ¿qué piensa de Su Señoría?

Las mejillas de Amanda se colorearon de repentino rubor. Se volvió para echar más leña en el fuego.

—He visto a Su Señoría… muy pocas veces— contestó.

—Pero, anoche estaba cenando con él, me contó Ned.

—Sí, mis padres fueron invitados al Castillo y yo los acompañé.

—¿Y qué piensa de él?

—No creo conveniente que yo opine sobre Su Señoría.

—¿Por qué no? La mayor parte de la gente está muy bien dispuesta a hacerlo. Creo que es uno de los hombres más odiados de nuestra alta sociedad. ¡Pero el Príncipe disfruta de su compañía!

—¿Por qué es odiado *Lord* Ravenscar?— preguntó Amanda volviéndose hacia él.

—No creo que la respuesta sea adecuada para sus oídos. Digamos que no es un hombre muy recomendable. Usted, que vive casi a las puertas de su casa, sin duda alguna debe saberlo.

—Y, sin embargo, puede llegar a ser bondadoso— comentó Amanda en voz baja—. Fue generoso de su parte no permitir a los soldados, que continuaran la búsqueda en su propiedad. Estoy segura que él sabía que usted estaba aquí… al menos, sabía que alguien herido se había refugiado en sus jardines. Y se negó a dejarlos entrar.

—Tiene razón. Debo sentirme agradecido con Su Señoría, al menos en ese punto. Pero es un hombre malo, pequeña Amanda, de eso no le quepa la menor duda. Créame y procure no acercarse nunca a él. Según sé, viene aquí muy poco.

—Viene de vez en cuando… siempre con grupos de amigos. Harriet, mi hermana menor, observa pasar a los invitados. Es muy curiosa de todo lo que sucede en el Castillo.

—Usted debe aconsejar a Harriet que no sea curiosa. Sin importar lo que *Lord* Ravenscar haga, no debe llegar a oídos de niñas inocentes, de criaturas tan encantadoras como usted.

Amanda se puso de pie.

—Creo que debo irme ya.

Sin levantarse del diván, él extendió la mano y tomó la de ella, que aún estaba cerca de él.

—¿Qué la está preocupando?— preguntó en voz baja—. ¿La alteró algo que dije? Perdóneme si fue así. Supongo que *Lord* Ravenscar es un tema de conversación acostumbrado en este pueblo. Su padre mantendrá contacto con él durante sus deberes pastorales. Por lo demás, no creo que ni usted ni su hermana tengan nada que saber sobre él.

—Ya le he dicho que pocas veces lo vemos. De hecho, hasta ayer…

Amanda se detuvo y Peter Harvey, que continuaba sosteniendo su mano, dijo:

—Continúe. ¿Qué sucedió ayer?

—Yo nunca había estado dentro del Castillo— confesó Amanda.

—¿No era lo que usted iba a decirme, o si?— insistió Peter Harvey—. ¿No sería que hasta ayer *Lord* Ravenscar nunca se había interesado en usted?

Su voz fue más aguda en ese momento.

—Eso no es cierto, ¿verdad, Amanda? Dígame que no es cierto… y no puede irse sin decirme qué he dicho de malo…

—Usted no tiene la culpa. No podía saber… y yo quería oír la verdad.

—¿Qué es lo que no podía saber? Amanda, contésteme, por favor.

Amanda suspiró con profundidad.

—*Lord* Ravensca— dijo con una voz casi inaudible—, ha pedido mi mano en matrimonio. Por eso fuimos anoche al Castillo.

—¡Que la ha pedido en matrimonio!— la voz de Peter Harvey se había vuelto también un murmullo—, ¡Nom de Dieu! ¡No puede ser cierto! Pero… ¿Por qué? ¿Por qué… si él está tan íntimamente ligado a *Lady* Isabel…?

Se detuvo de pronto.

—No me haga caso. ¿Cuál va a ser su respuesta, Amanda? ¡Dígame qué respuesta va a darle!

Amanda irguió la cabeza de pronto.

—Voy a decir que no— afirmó—. Eso significa que papá no será vicario de Frackenbury. Significa que Harriet, Caroline y Roland se sentirán desilusionados. Pero, no puedo evitarlo. Jamás podría casarme con él… jamás!

—Por supuesto que no puede— opinó Peter Harvey en tono consolador. Entonces de pronto, para su sorpresa, estaba de pie junto a ella. Extendió los brazos y en forma espontánea, sin pensarlo, ella escondió su rostro en el hombro de él.

—¡No puedo hacerlo! ¡No puedo!— exclamó Amanda en un quejido.

—Lo sé— contestó Peter—, y nadie debe obligarla. Sea muy firme en su decisión. Dígale que no puede casarse con él y le aseguro que su padre no necesitará explicaciones al respecto. El comprenderá.

Amanda estaba temblando, a pesar de que los brazos de él le transmitían una seguridad que nunca antes había sentido. La detuvo con un brazo alrededor de sus hombros, se inclinó y, con mucha gentileza, tomó la barbilla de ella para levantar su rostro hacia él. Vio sus ojos azules cuajados de lágrimas, su boca suave y trémula, sus mejillas pálidas que apenas poco antes eran sonrosadas.

—Escuche, Amanda— le dijo con ternura—. Un día usted encontrará a un hombre a quién amar y que la ame… un hombre decente, en quien pueda confiar y del que pueda sentirse orgullosa, un hombre de su propia edad. Ravenscar es viejo, y se ha hundido en la degradación. Si quiere casarse ahora con usted, sólo sería por dos razones; una, que por lujuria desea poseer su inocente belleza; la otra, que por alguna razón especial necesita tener esposa en este momento particular. En conclusión; usted debe rechazarlo.

—Yo… eso intento… pero, le tengo miedo— tartamudeó Amanda—, hay algo que me hace temer que nunca… escaparé de él.

—¡Claro que escapará!— le aseguró Peter Harvey—. Yo me encargaré de ello.

Su tono le hizo abrir los ojos, sorprendida.

—¿Cómo?— preguntó.

—No lo sé en este momento— confesó—, pero usted no se va a casar con él, de ninguna manera. ¿Está eso claro?

Amanda lanzó otro suspiro.

—Se lo diré esta mañana.

—¡Así se habla!

Peter Harvey la oprimió con su brazo, en un gesto que podía haber sido el de un hermano mayor. Entonces la soltó.

—Debo irme— dijo Amanda, enjugándose los ojos.

Se volvió hacia la puerta. De pronto, Peter Harvey se puso sobre una rodilla junto a ella, tomó la orilla de su vestido de muselina blanca y la besó.

—Amanda— dijo—, así es como un hombre, cualquiera que sea, debe acercarse a usted. Nadie, menos Ravenscar, merece hacer nada más que besar el ruedo de su vestido. ¿Recordará eso?

Había algo en el tono de su voz, así como en su actitud, que la sorprendió y le hizo bajar la vista con timidez.

—Lo recordaré— murmuró con suavidad, antes de salir corriendo del *Templo.*

Encontró a Harriet llena de agitación.

—¡Amanda! ¿En dónde estabas? ¡Te estaba buscando, porque debes darte prisa! ¡Oh, hay tantas cosas que tengo que decirte! Ve ahora mismo al salón. *Lord* Ravenscar está ahí y pregunta por ti.

Amanda sintió como si alguien le oprimiera el corazón con una mano helada.

—¡*Lord* Ravenscar! ¿A esta hora?

—Sí. Había salido a cabalgar, y otro caballero viene con -él. ¿No imaginas qué me ha dicho?— empezó con tanta rapidez que las palabras parecían atropellarse unas a otras—. Dice que me brindará un baile, en su casa de Londres el año próximo, al cumplir mis diecisiete años... que me llevará a la *Casa Carlton* y me presentará con el Príncipe de Gales. ¡Imagínate! Y asegura que será el baile más espléndido que haya visto jamás Londres. Imagínate, Amanda… ¿comprendes todo lo que eso significará para mí?

—¿Cuándo te prometió tal cosa?— preguntó, Amanda.

—Hace unos momentos, al llegar. No había nadie para recibirlo. papá tiene un servicio en la Iglesia, ¿no lo recuerdas? Y mamá lo acompañó. Por eso no había nadie en la casa, más que yo… y, por supuesto, Caroline y Roland, que apenas se están levantando. Lo invité a pasar al salón y le ofrecí un vaso de vino, aunque no sabía si lo hay en verdad. Por fortuna no lo aceptó. Pero el caballero que venía con él quiso una taza de chocolate, así que ordené a Nellie que se la preparara.

Se rió con excitación.

—*Lord* Ravenscar empezó a conversar conmigo, me preguntó cuántos años tenía y entonces fue cuando me prometió un baile en su casa de la Plaza Grosvenor. ¡Oh, Amanda! ¿No será maravilloso?

Amanda permanecía callada. Aquello constituía un cohecho de *Lord* Ravenscar, pensó. Mucho más difícil que comunicar su negativa a *Lord* Ravenscar, sería enfrentarse a los reproches de Harriet.

—Iré ahora mismo— dijo, encaminándose serena y digna al salón.

Y no olvides agradecerle su promesa —le gritó Harriet.

—No, no lo olvidaré— contestó Amanda.

Abrió la puerta del salón. *Lord* Ravenscar estaba de pie, de espaldas a la chimenea y junto a él se hallaba otro hombre, cuyo uniforme Amanda reconoció como de alto Oficial de la Guardia Inglesa de *Dragones*. *Lord* Ravenscar acudió a su encuentro.

—Buenos días, Amanda— dijo y se llevó los dedos de ella a los labios.

Antes que *Lord* Ravenscar inclinara la cabeza, Amanda notó una vez más que sus ojos la recorrían de arriba a abajo, como desnudándola, antes que el contacto de sus labios cálidos y lujuriosos la estremecieran de repulsión.

—¡Qué… madrugador es, milord!— logró expresar en una voz algo temblorosa.

—Estaba impaciente por verte— contestó él y volviéndose hacia el hombre que lo acompañaba, añadió— además, casi amanecía cuando el Coronel Dovercourt llamó a mi puerta.

—El asunto era muy urgente, milord— dijo el Coronel Dovercourt.

—Lo entiendo perfectamente — contestó calmamente *Lord* Ravenscar —, pero, permítame presentarle, Coronel Dovercourt, a la señorita Amanda

Burke, la dama, que espero me haga el gran honor de convertirse en mi esposa.

El Coronel hizo una reverencia, pero no antes que Amanda descubriera la incredulidad y la sorpresa en sus ojos.

—Felicidades, milord— murmuró.

—No, no, no debe usted felicitarme todavía— afirmó *Lord* Ravenscar—, sería prematuro, ¿verdad, Amanda? Todavía soy un humilde Pretendiente que espera ansioso una respuesta.

Antes que Amanda pudiera decir nada, se apresuró a agregar:

—Pero, olvidemos por el momento los temas personales. Debemos explicar a la señorita Burke la razón de nuestra presencia aquí.

—¿Es eso necesario, milord?— preguntó el Coronel.

—¡Claro que lo es! Siéntate, por favor, Amanda.

Ella hubiera preferido permanecer de pie, pero obedeció sentándose a la orilla de un sillón, muy erguida, como una alumna en la escuela.

—Y ahora permíteme explicarte cuál es la situación, Amanda— dijo *Lord* Ravenscar—. El Coronel me está solicitando de manera urgente e ineludible que se permita a sus *Dragones* registrar el parque y los terrenos del Castillo. Le aclaré que no estoy en situación de aceptar o negar, por la simple razón de que te he prometido… o más bien, he interpretado tu deseo de no permitir que sus soldados se lancen tras la presa que persigue. ¿Estoy en lo cierto?

Amanda sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—Sí… sí, milord. Usted… dijo anoche que… que no permitiría que los soldados invadieran su propiedad.

—Eso dije y lo sostengo— contestó *Lord* Ravenscar—. Al mismo tiempo, me pareció descortés rechazar la solicitud del Coronel, a menos que tuviéramos algo que esconder. Y no tenemos nada. ¿Verdad, Amanda?

Sus ojos la observaban fijamente, demostrándole que había descubierto el temor en sus ojos, el gesto instintivo al morderse el labio inferior, el temblor de sus manos que la obligó a entrelazar los dedos.

—Lo que he dicho al amable Coronel— continuó *Lord* Ravenscar—, es que si te ofende de algún modo que sus soldados maltraten las flores, registren los arbustos y los bosques, estando en la estación en que los

pájaros hacen sus nidos y las flores empiezan a abrirse, me ceñiré a mi promesa original de que la santidad de mis terrenos será preservada. Como mi futura esposa, no tienes más que ordenar, Amanda, y yo obedeceré.

"Como mi futura esposa". Aquellas palabras sonaron como las puertas de una trampa cerrándose tras ella. Estaba claro que no podía escapar jamás. La había atrapado, como ella había intuido desde un principio. Sería para siempre su prisionera, su cautiva.

Por un instante imaginó la posibilidad de negarse al casamiento y olvidarse de todo, dejar a los soldados registrar el parque y los jardines. Entonces recordó los ojos grises de Peter Harvey clavados en los suyos, sintió su brazo alrededor de ella, lo vio arrodillado a sus pies, besando el ruedo de su vestido.

Por un segundo, cerró los ojos, y con un sentimiento de profunda desolación, dijo con toda claridad:

—Me temo, milord, que como su fu… futura esposa, debo pedirle que cumpla su promesa de anoche, que no permita que los soldados pisoteen e invadan los jardines y el par… parque.

Vio la repentina expresión de triunfo en el rostro de *Lord* Ravenscar y ella se preguntó cuán pronto podía un ser humano dejar de sentir todo… hasta asco y temor.

CAPÍTULO IV

L*ord* Ravenscar fue el primero que habló.

—Entonces, Coronel— dijo—, ya tiene usted su respuesta.

El Coronel Dovercourt no lo miró. En cambio, con la vista fija en Amanda, dijo con suavidad:

—Espero me disculpe, señorita, si le ruego que no se precipite en este asunto. Por una parte debo respetar las instrucciones de Su Señoría respecto a la invasión de su propiedad, y por el otro, mi deber me indica llevar adelante este asunto.

—¿Qué diablos quieres usted decir con eso?— exclamó *Lord* Ravenscar.

—Quiero decir, milord— contestó el Coronel—, que tenemos razones para sospechar que el hombre que buscamos no es un contrabandista, sino alguien mucho más importante… a quien debo localizar, si me considero leal y fiel servidor de Su Majestad.

—Aún no entiendo lo que quiere usted decir— insistió *Lord* Ravenscar.

—De los informes de mis hombres y de las pruebas encontradas en el bote detenido, sabemos con certeza que anoche los Contrabandistas locales de Ravensrye tenía un pasajero acompañándolos.

—¿Cómo pueden estar seguros?— preguntó *Lord* Ravenscar con altivez —. Estaba muy oscuro. Usted mismo acepta que sus hombres dispararon demasiado pronto. Los Contrabandistas escaparon y si es usted inteligente, Coronel, sabrá olvidar el episodio, no es nada que enorgullezca a sus soldados ni a su organización.

El Coronel se ruborizó un poco ante el tono arrogante de *Lord* Ravenscar, pero contestó con rada cortesía:

Todo lo que afirma, milord, tiene su fondo de verdad. Lo que usted no sabe es que este pasajero dejó dos cosas en el bote. Una de ellas era un sobretodo de magnífica calidad, que no puede pertenecer a ninguno de los

pobres contrabandistas locales, la otra era un libro, que estaba en el bolsillo del sobretodo.

—¡Un libro!— exclamó *Lord* Ravenscar con incredulidad—. ¡Para cruzar el canal de noche! ¡Es ridículo!

—Está en mi poder —declaró el Coronel Dovercourt— y la razón por la que esto me tiene tan inquieto, milord, es que el libro está escrito en francés.

Por un momento se hizo el silencio, sólo interrumpido por una exclamación ahogada que Amanda no pudo contener. El significado del comentario del Coronel acababa de aclararse en su mente.

Quien tratara de entrar, a Inglaterra en forma secreta, con un libro en francés oculto en su bolsillo… procede de las costas enemigas… ¡sólo podía ser un espía, tal vez enviado por el propio Bonaparte!

Oprimió los dedos con mayor fuerza y levantó los ojos angustiados hacia *Lord* Ravenscar, suponiendo que de alguna manera milagrosa podía tranquilizarla.

—¡Un espía!— exclamó *Lord* Ravenscar, como recapacitando consigo mismo. Dirigió a Amanda una mirada de reojo—, eso cambia todo el asunto. Creo, Coronel, que me gustaría hablar en privado con mi futura esposa. No lo entretendremos demasiado, si sólo tiene la bondad de esperar en el vestíbulo.

Cruzó el salón al decir eso y abrió la puerta que daba al vestíbulo. El Coronel Dovercourt hizo una reverencia a Amanda.

—Le suplico, señorita, que recuerde que estamos en esta Isla luchando por sobrevivir. Se dice, como usted bien sabe, que Bonaparte ha construido centenares de barcos para invadir nuestro País.

—No lo olvidaré, señor— respondió Amanda en voz baja.

El Coronel hizo una nueva reverencia y salió de la sala. *Lord* Ravenscar cerró la puerta tras él.

—¡Amanda!— exclamó—. ¿Qué travesura ha hecho tu pequeña cabecita?—Amanda se puso de pie.

—Milord, el hombre al que hirieron… no es un espía como piensan— dijo—, es tan inglés como usted o como yo. Cayó al mar de un barco

británico y estaba oculto en la Costa francesa con unos pescadores, hasta que tuvo la oportunidad de escapar hacia aquí.

—¿Y cómo se llama?— preguntó *Lord* Ravenscar.

Había algo en la forma en que hizo la pregunta que advirtió a Amanda que debía tener cuidado con lo que iba a decir. No debía traicionar la confianza que Peter Harvey había depositado en ella.

—No lo sé— contestó—. El… no está en condiciones de hablar todavía. Lo que sé de él lo supe por los… contrabandistas. Ellos también estaban convencidos de que es inglés… como yo misma.

Amanda pensó lo que su padre le diría si supiera que había incurrido en el grave pecado de la mentira.

—¿En dónde está?— preguntó *Lord* Ravenscar.

Suponiendo con anticipación esa pregunta contestó con ligereza, obligándose a sonreír un poco.

—Ese es mi secreto, milord. No es que no confíe en usted… pero no podría hacerlo sin la autorización de mi fugitivo. Además, aun las paredes pueden oír.

Los ojos de *Lord* Ravenscar se empequeñecieron por un momento y ella comprendió que estaba enfadado. Pero entonces se echó a reír.

—Haz lo que quieras. Niña, si eso te divierte. Me has prometido casarte conmigo, y eso es lo que importa. Creo que lo mejor será que informe al Coronel que por el momento estás aferrada a tu decisión; pero que si vuelve mañana, te habré convencido de entregarme a este supuesto espía o declarar dónde podemos hallarlo.

—¡Oh, no, no puede usted hacer eso!— exclamó Amanda desesperada.

—Espera… ¡no seas tan impetuosa! Lo que sugiero es que esta noche ayudemos a tu protegido a escapar. ¿Estará lo bastante bien como para montar esta noche?

—Creo… supongo que… sí— respondió Amanda.

—Entonces tendré un caballo ensillado y listo para él en el lugar que tú me indiques. Los soldados, no lo esperarán esta noche y no estarán a la expectativa de él. Por lo tanto, podrá escapar aprovechando esa situación.

—¡Oh, que bondadoso es usted! ¡Qué amable de su parte! exclamó Amanda.

Con un gesto de alivio extendió las manos hacia él y *Lord* Ravenscar las tomó en las suyas.

—Quiero una gratitud más demostrativa que ésa, querida mía dijo y sus ojos se posaron codicioso en los labios de Amanda.

Por un momento, ella titubeó, sintiendo que no podría resistir que la tocara. Pero el orgullo y la gratitud la obligaron a levantar su rostro, ofreciéndole los labios. Él la tomó en sus brazos, oprimiéndola con fuerza.

Amanda cerró los ojos, tratando de no forcejear. Sintió la lascivia de los labios del hombre, sus brazos que la apretaban hasta casi dejarla sin respiración.

Y, mientras el horror continuaba creciendo en su interior, sintió que la mano de él trataba de separar el fichú de muselina con que se cubría el pecho. Bruscamente se separó de él.

—Yo… debo irme, milord . Hay muchas cosas que debo hacer— dijo—, pero, de cualquier modo, muchas gracias.

—Me estás eludiendo— observó *Lord* Ravenscar con voz gruesa—. Eres como un pajarillo que escapa de mis manos cuando trato de acariciarlo. Pero no será por mucho tiempo. Nos casaremos y entonces serás mía, Amanda. ¿Me oyes? ¡Mía!

—Sí… sí… milord— asintió Amanda dirigiéndose a la puerta, pero comprendió que *Lord* Ravenscar la seguía con los brazos extendidos, y con intención de no dejarla escapar.

En un acceso de pánico, trató de salir pero los brazos masculinos, la habían rodeado. En ese momento, la puerta se abrió y su padre, entró en la habitación.

—¡Oh, papá!

Lanzó un leve sollozo de alivio y se volvió hacia él.

—¿Qué pasa, Amanda?— preguntó el vicario y ella comprendió, por el tono de su voz, que su padre estaba disgustado.

El vicario no esperó su respuesta, sino que se volvió hacia *Lord* Ravenscar:

—Hay un tal Coronel Dovercourt en el vestíbulo, milord, que me informa que mi hija, se ha comprometido en matrimonio con usted. Me sorprende en extremo recibir tal información de labios de un desconocido.

—Pues resulta que es verdad, mi querido vicario— dijo *Lord* Ravenscar. Amanda notó el tono insolente de su voz, como si resintiera que aún el padre de ella lo interrogara en esa forma.

El vicario no le hizo caso.

—¿Es cierto, Amanda?— preguntó—. Si es así, considero irrespetuoso de tu parte haber informado a este caballero, a quien nunca en mi vida había visto, de tus intenciones, sin hacérnoslas conocer primero a tu madre y a mí.

—Perdóname, padre— dijo Amanda—, es que…

Se detuvo y titubeó. ¿Cómo podía explicarle que *Lord* Ravenscar había forzado las cosas? ¿Que había tenido que prometerle casamiento para evitar que enviaran a los soldados sobre un hombre herido?

—Por… favor, padre ¿puedo retirarme?— murmuró.

—Si, por supuesto —contestó el vicario—. Su Señoría puede explicarme lo que ha ocurrido.

Dando las gracias, Amanda se volvió corriendo hacia la puerta. Pero al llegar a ella se detuvo y se volvió hacia Lord Ravenscar.

—¿Usted cumplirá su promesa respecto al caballo, si... *milord*?— preguntó.

—Será tal como te he prometido— contestó *Lord* Ravenscar y Amanda salió corriendo.

—¡Un caballo!— oyó la exclamación de sorpresa de su padre y se preguntó qué explicación le daría *Lord* Ravenscar.

Subió corriendo la escalera, pero no fue a buscar a su madre, sino que se dirigió a su propio cuarto y se dedicó a lavarse la cara, decidida a borrar hasta la última huella de la boca de *Lord* Ravenscar. Sin embargo, le pareció que su rastro jamás desaparecería.

Comprendió todo el horror de la promesa que había hecho, pero se dijo que no podía haber hecho otra cosa. Sus pensamientos, entonces, volvieron hacia Peter Harvey.

El sobretodo, el libro francés. ¿Cómo pudo Peter Harvey ser tan loco como para abandonarlos? Entonces, al pensar en ello, otros recuerdos acudieron a su mente.

Cuando él había estado delirante, no hablaba en inglés, sino en francés… en aquel momento de emergencia no le había prestado atención, ni le había concedido importancia.

Con repentino terror, se llevó las manos a las sienes y recordó algo más. "¡Nom de Dieu!" era la exclamación que había hecho, en francés, cuando le dijo que Ravenscar, quería casarse con ella. Y en otro momento, había dicho, que "los ingleses no saben aceptar cumplidos" ¿Era el comentario que habría hecho un inglés?

Amanda sintió que sus dudas la partían en dos. ¿Y si no era lo que parecía? ¿Si era realmente un espía de Napoleón Bonaparte?

No, no podía ser un espía. La conclusión de este pensamiento pareció quitarle un peso de encima. Siendo inocente no le resultaría difícil demostrar la verdad. Como al Coronel Dovercourt no le importaba el asunto del contrabando, Peter no tendría por qué temer que lo obligaran a denunciar a quienes lo habían traído a Inglaterra.

Amanda pensaba sugerirle esto tan pronto como fuera posible. Por otro lado, si él decidía escapar aprovechando la oferta de *Lord* Ravenscar, tendría que avisarle para que se preparara.

Bajó de su habitación y vio que el Coronel no estaba ya en el vestíbulo. Era muy probable que estuviera en el salón, con su padre y *Lord* Ravenscar. Se echó un chal en los hombros y salió por la puerta que daba al jardín.

Miró con cautela a su alrededor, antes de internarse a toda prisa en el sendero que conducía al *Templo*. Abrió la puerta y encontró a Peter Harvey tendido en el diván, adormilado, aunque despertó en cuanto escuchó su precipitada llegada.

—¡Amanda!— exclamó él—, no esperaba verla tan pronto. ¿Pasa algo malo?

—No sé si será bueno o malo— dijo ella sin aliento—. Cuando volví a casa encontré a *Lord* Ravenscar allí, con el Coronel Dovercourt, de los *Dragones.*

—¿Me buscan?— preguntó Peter Harvey.

—Querían autorización para buscarlo… había encontrado su sobretodo y el… libro que estaba leyendo.

El se levantó del diván y se dirigió hacia el fuego.

—Fui un tonto al traerlo conmigo…— dijo—, pero la historia estaba muy interesante y no lo había terminado. Me imagino que creen que soy un espía, ¿verdad?

—Sí— afirmó Amanda en tono miserable.

Se volvió hacia donde ella estaba, de pie en el centro de la pequeña habitación, con las dos manos en el pecho y sus ojos azules llenos de preocupación.

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

Sus ojos se encontraron para contemplarse fijamente. Amanda buscaba en el rostro de él y en su expresión algo que le revelara la verdad, que tranquilizara sus temores.

—Dígame, Amanda— habló él con suavidad—, ¿qué piensa usted?

—Yo sé— contestó ella en voz muy baja—, que usted no trabajaría para nuestros enemigos. No sé por qué, pero… confío en usted.

El lanzó un grito de alegría y su voz pareció retumbar en todo el *Templo.*

—¡Eso es lo que quería oír!— exclamó jubiloso—. ¡Oh, Amanda! ¡Amanda! Si tú me considerabas un traidor— añadió, tuteándola de pronto —, me habría entregado ahora mismo.

Ella sintió que la sangre subía a sus mejillas.

—Te creo, te creo— respondió, tuteándolo también con gran naturalidad —, pero, por favor, dime por qué tenías un libro francés, porqué, estando delirante hablabas en francés y por qué lanzaste una exclamación francesa cuando te dije que *Lord* Ravenscar quería casarse conmigo.

—¿Hice todo eso? No sería un Espía muy bueno que digamos, ¿verdad? ¡Mi pobrecita Amanda! Con razón te tenía tan preocupada… te juro que no estoy trabajando para Bonaparte; pero hablo francés… a la perfección. No habría podido vivir tan cómoda y libremente del otro lado del Canal, si sólo hablara inglés, ¿no crees?

—No, por supuesto que no— contestó Amanda con visible alivio—, fue tonto de mi parte no pensar en eso. Pero ahora, te tengo buenas noticias… esta noche, *Lord* Ravenscar va a tener un caballo listo para ti, en cualquier lugar que nosotros le indiquemos, para que puedas escapar. Y mañana, cuando ya no estés aquí, autorizará a los soldados a registrarlo todo.

Ella esperaba que Peter se sintiera complacido, pero la expresión de su rostro pareció oscurecerse al decir:

—Es en extremo bondadoso de parte de Su Señoría. ¿Por qué tendrá tanto interés en ayudarme?

—El… él lo hizo por mí…— dijo Amanda—. Sabe que estoy escondiéndote, aunque no sabe dónde, ni cómo te llamas.

—Y sólo por su corazón bondadoso se dispone a ayudar a alguien que los soldados, de Su Majestad, consideran un espía francés, ¿no? ¿Qué le prometiste a cambio?

Ella trató de no mirarlo; pero él, tomando su barbilla, le hizo volver la cabeza hacia sí, de modo que sus ojos quedaron enfrentados.

—Dímelo…—insistió con firmeza. Ella tembló y las lágrimas asomaron a sus ojos, mientras murmuraba:

—Le… prometí… casarme con él.

—¿Por mí? ¿Para salvarme? ¡Oh, Amanda! ¿Cómo pudiste hacer eso?

La soltó y caminó hacia la puerta.

—Voy a entregarme ahora mismo.

—¿Crees que eso resolvería algo?— preguntó ella, al tiempo que se detenía frente a él, y ella, de espaldas hacia la puerta—, escúchame, Peter. Él nunca me dejará ir. Le di mi promesa porque como su futura Esposa puedo prohibir a los soldados, que registren los Jardines y los terrenos de su propiedad. No me liberará de ella por el hecho de que te entregues en forma voluntaria. No creo que me liberaría bajo ninguna circunstancia. . . no ahora.

Su voz se quebró al decir eso y ocultó el rostro entre las manos. Entonces sintió los brazos de Peter a su alrededor y empezó a sollozar en su hombro.

—¡Amanda!¡Te lo suplico!— dijo él—. ¡No llores, Amanda… me estás haciendo pedazos el corazón!

Ella levantó la cabeza al escucharlo y a través de sus lágrimas vio que él la contemplaba con una ternura, que jamás imaginó descubrir en ningún hombre.

Ahí… entonces, repentinamente, en un segundo, comprendió todo… que lo amaba y que él también. Fue un momento de revelación, de profunda emoción, de gloria, en que descubrieron que sus corazones vibraban con el mismo amor.

CAPÍTULO V

Toda la habitación pareció girar en torno de Amanda. Estaba consciente sólo de una cosa: los ojos de Peter fijos en los suyos, sus brazos que la sostenían, una sensación de inagotable deleite que se encendía en su corazón como una llama repentina.

Con lentitud, y con una maravillosa ternura, los labios de él encontraron los de ella. Sólo por un momento, sus bocas se tocaron, como el pétalo de una flor contra el pétalo de otra. Y entonces los brazos de ella rodearon el cuello de Peter y él la oprimió contra su corazón.

—¡Amanda! ¡Amanda!— exclamó—. ¿Qué me has hecho? ¿Qué nos ha sucedido? ¡Oh, mi cielo, mi dulce y pequeño amor… yo creo que empecé a amarte cuando por primera vez pusiste tu mano sobre mi frente!..

La boca de él buscó una vez más la de ella y a Amanda le pareció como si el mundo entero se desvaneciera y ellos dos ascendieran hacia las nubes.

—Te amo— dijo él—. ¡Te amo, Amanda! Dime que no estoy soñando, dime que esto es la realidad.

—Yo te amo, también, Peter— contestó ella—. Desde el primer momento, creo.

—¡Oh, mi amor! ¡La mujer que he buscado toda mi vida!

Su voz temblaba de emoción mientras la besaba con más pasión cada vez. Le besó los labios, los ojos, las mejillas, el cuello; ambos vibraban de una emoción creciente.

—¡Te amo! ¡Te amo! —repitió una y otra vez. Amanda se estremecía, presa de un éxtasis que recorría su cuerpo como un mágico elixir.

Su respiración era jadeante y sus ojos brillaban como estrellas.

—¡Oh… Peter… Peter!

Un leño quemado que cayó con estrépito en la chimenea, les hizo recordar el peligro en que se encontraban. De manera instintiva se

separaron, pero Amanda aún sostenía la mano de Peter.

—¿Qué vamos a hacer?— preguntó ella en un murmullo.

El no contestó, por lo que Amanda continuó diciendo:

—¿Por qué no vas con el Coronel y le dices todo lo que ha sucedido? No necesitas delatar a los hombres que te trajeron. El Coronel es un caballero y creo que comprendería que te negaras a darle sus nombres.

—Ese, desde luego, debiera ser el camino lógico— dijo Peter—. Pero no puedo tomarlo… ni puedo decirte las razones.

Lo interrogó con los ojos. Sin soltarle la mano, Peter la hizo sentar en la silla que había junto al fuego, y se hincó a su lado.

—Mírame, Amanda— le rogó—, estoy arrodillado aquí, junto a ti, porque quiero que pongas tus manos en las mías y me mires a los ojos. Júrame que confiarás en mí. No será fácil, pero debes creerme y yo debo suplicarte una vez más que me tengas confianza, simplemente porque no hay nada más que yo pueda hacer.

—¿No puedes decirle la verdad al Coronel?— preguntó ella.

El negó moviendo la cabeza.

—No y tengo que irme de aquí en secreto. Tú no lo entenderás y como no puedo explicarte nada más, sólo ruego al *Cielo*, que nuestro amor sea lo bastante grande como para que tú aceptes esta situación.

—¡Lo es! ¡Lo es!— exclamó Amanda—. Te amo… confío en ti.

Él tomó la mano de ella y besó su palma, con dulzura y pasión a la vez. Entonces, temblando bajo el contacto de él, Amanda extendió la otra mano para acariciar el cabello oscuro de Peter.

—Nunca creí en el amor a primera vista— dijo él—. Creo, Amanda, que te he amado, no desde el momento en que te vi por primera vez, sino desde que nací. Tal vez a lo largo de toda la eternidad nos hemos esperado uno al otro.

—¿Qué haré ahora que te vayas?— preguntó Amanda con voz angustiada.

—No lo sé— contestó él—. Pero debes prometerme una cosa. Sin importar lo que suceda, sin importar cuánto tarde yo… no te casarás con Ravenscar. Si no puedes rechazarlo, trata de ganar tiempo de algún modo.

Prolonga el compromiso… inventa excusas que pospongan la fecha de la boda, haz todo lo que sea posible.

—Tengo la impresión de que él desea casarse muy pronto— murmuró Amanda, estremeciéndose.

—Nunca se casará contigo— dijo Peter con firmeza—. ¿Lo entiendes, Amanda? No se casará contigo, mientras yo viva para impedirlo. Por el momento, no puedo aparecer en público a hacerle frente. ¡Oh, mi pobre amorcito, si sólo pudiera decirte lo que traigo oculto en el corazón, todo sería mucho más fácil!

Con un orgullo infinitamente patético, Amanda se irguió.

—No te lo preguntaré— afirmó—. Yo sé que me lo dirías si pudieras. Como no es posible, esperaré el tiempo necesario.

Su voz era la de una mujer, aunque el grito que siguió fue el de una niña:

—¡Oh, Peter, procura que sea pronto… tengo tanto miedo!

El la abrazó con fuerza y besó su frente.

—Confía en mí— dijo—. Confía en mí, Amanda, no tardaré un segundo más de lo necesario.

Se puso de pie.

—Cuando pienso que ese cerdo tratará de tocarte— dijo con voz ronca —, desearía matarlo. Prométeme que nunca te quedarás a solas con él.

Amanda hubiera querido confesarle las dos ocasiones en que había permanecido a solas y que la había besado contra su voluntad; pero reconoció que su confesión sólo lo impulsaría a cometer un error irreparable.

Fue, tal vez, en ese momento, que Amanda maduró. . . que dejó de ser niña para convertirse en mujer.

—No te preocupes por mí— le dijo—. Yo te esperaré. Pero, por favor, vuelve lo más pronto posible.

Una vez más la besó, y Amanda tuvo la impresión de que él comenzaba a ausentarse en recónditos pensamientos que le preocupaban.

—¿En dónde sugieres que me espere el caballo?— preguntó él.

—Podría ser cualquier lugar del parque. Con un caballo puedes ir a campo traviesa. Yo tengo un mapa del país y te indicaré el mejor camino a seguir. Es un viejo mapa que usaba mi hermano Roland para sus estudios.

Le gustaba venir aquí, porque en la casa Caroline y Harriet hacía mucho ruido.

Buscó el mapa entre varios libros que había acumulado en una repisa y no tardó en encontrarlo. Lo extendió y dio a Peter las explicaciones necesarias.

—¿Y en cuanto al caballo?— preguntó Peter cuando terminaron de mirar el mapa.

—Hay una pequeña hondonada al Norte de la vicaría —contestó Amanda—, desciende abruptamente al terminar el Bosque, sería imposible que alguien que cruzara el parque viera si un caballo o una persona se ocultan ahí. Ese me parece un buen lugar.

—¿Y hay manera de acercarse a la hondonada sin ser vistos?— preguntó Peter.

—¿Piensas que alguien podría seguir al caballo?—preguntó Amanda—. Sí, será fácil. Si procuramos mantenernos en la orilla alta, podemos acercarnos a la hondonada a través del Bosque. Escondidos entre los árboles, podríamos ver sin ser descubiertos.

—A eso me refiero —dijo Peter—. Di a *Lord* Ravenscar que tenga el caballo listo en la hondonada a las nueve y media de esta noche. No habrá oscurecido tanto a esa hora y podré avanzar un poco antes que caiga la noche.

—Se lo diré— contestó Amanda.

—¡Cómo detesto pedirte que hagas esto por mí!— exclamó Peter, Amanda notó que el tono de su voz trasmitía profunda tristeza.

—Estaba dispuesta a hacerlo antes de saber que tú me amabas..

—Y ahora sólo hace las cosas más difíciles— exclamó él—. Te he encontrado, Amanda. Te amo y, sin embargo, tengo que dejarte, abandonarte en las garras de esa bestia. ¡Te quiero, Amanda!

Abrió los brazos y ella acudió a él como un pájaro a su nido. Por un momento permanecieron abrazados.

—Vete— dijo él por fin—. Y no vuelvas hasta que comience a oscurecer cerca de la hora de mi partida. De otro modo, sería peligroso.

—Vendré tan pronto como pueda y te traeré de comer. Peter, ¿no necesitas dinero?

Por fortuna traigo suficiente oro en el bolsillo— aseguró—. Trata de no preocuparte, Amanda. Todo saldrá bien.

—¿Me prometes que descansarás?— preguntó ella.

—Te lo prometo— contestó él.

Sus ojos la siguieron hasta que se perdió de vista entre los arbustos. Entonces dejó caer la cabeza entre las manos, en una actitud de profunda desolación.

Amanda regresó corriendo a la vicaría. Por fortuna, vio que los caballos ya no estaban frente a la casa. *Lord* Ravenscar y el Coronel se habían marchado.

Durante todo el día anduvo como sonámbula. Los comentarios un poco bruscos de su padre, las preguntas preocupadas de su madre, el júbilo de Harriet por el compromiso matrimonial y las flores enviadas desde el Castillo fueron hechos que no lograban inquietarla ya. Todo eso le parecía ajeno.

Ordenó al mozo, que traía las flores, que la esperara. Escribió una nota a *Lord* Ravenscar pidiendo que enviara el caballo prometido a la hondonada, mencionando la hora concertada con Peter, y se la entregó para que la entregara a su amo.

Viviendo en secreto su amor por Peter, Amanda parecía andar en las nubes.

—Nunca te había visto tan feliz— comentó su madre, cuando subió a cambiarse de vestido, antes de la cena—. *Lord* Ravenscar nos comunicó esta mañana que desea anunciar el matrimonio a la brevedad.

Esas palabras parecieron despertar de sus ensueños a Amanda.

—No hay ninguna prisa, mamá— dijo.

Lord Ravenscar quiere que estén en Londres para la temporada social de este año.

—Pero yo quiero casarme en invierno— insistió Arnanda en voz baja—, tendrás que hablar de eso con él— contestó la señora Burke.

—Sí, sí, eso haré.

La cena de esa noche le pareció eterna. La animada conversación de Harriet y la solemnidad de la voz de su padre parecían llegarle desde una distancia lejana.

Tan pronto como terminaron el postre, Amanda dijo con suavidad:

—Tengo jaqueca, mamá. ¿Puedo irme a acostar?

—Subiré y te frotaré la cabeza con agua de lavanda— propuso Harriet.

—No, no—se apresuró a protestar Amanda—. Quiero estar sola.

—¿Por qué no nos invitaría *Lord* Ravenscar a cenar esta noche?— preguntó de pronto Harriet.

—Es un poco extraño— convino la señora Burke—. Desde luego, estuvimos en su casa anoche, pero era diferente. Amanda no estaba todavía comprometida con Su Señoría.

—Supongo que lo veremos mañana— contestó Amanda. Al mismo tiempo, se preguntó con ansiedad si la ausencia de *Lord* Ravenscar y su repentino silencio no serían mal presagio para Peter. ¿Estaría el Coronel cenando en el Castillo esa noche?

Su preocupación la decidió a acudir lo más pronto posible al lado de Peter, sin importar lo que la familia pudiera pensar. Avisó a todos que no quería ser molestada y después salió de su habitación, sin ser vista. Cerró la puerta con llave y guardó ésta en su bolsillo. Si llamaban y no contestaba, pensarían que dormía.

Había reunido algo de comida en una cesta esa tarde, mientras la cocinera batía la mantequilla. Guardó el pollo frío que quedara del almuerzo, varias rebanadas de jamón, pan, y hasta una botella de vino que tomó del sótano, aprovechando que su padre había olvidado la llave en su escritorio.

Corrió al *Templo* y encontró que Peter había corrido las cortinas de las ventanas y había encendido la vela.

—Temí que no llegaras nunca— dijo, abrazándola y quitándole la pesada cesta de las manos, en un solo gesto.

—¡Oh, Peter… ¿harás bien en huir de este modo?— preguntó Amanda —, he estado pensando en ello durante toda la tarde.

—Yo también— contestó él—. Eso demuestra que pensamos igual. Pero tengo que irme. No puedo hacer otra cosa.

—¿Vas a Londres?

—Sí, voy a Londres.

Ella hubiera querido preguntarle más cosas, pero él la calló con besos.

—Tenemos que ser sensatos— dijo Amanda—. Es tarde ya.

El sacó un reloj del bolsillo de su chaleco.

—Faltan veinte minutos para las nueve— dijo.

Ella lo obligó a comer algo y a beber un poco de vino. Insistió en que se llevara lo demás, pero él no aceptó y la cesta quedó sobre la mesa. Ya de pie, se dieron un último beso prolongado, antes de salir del *Templo.*

Amanda encabezó la marcha, moviéndose entre las sombras de los árboles hacia el parque, para entrar en un pequeño matorral.

—La hondonada está del otro lado— dijo a Peter en un susurro—. ¿Son necesarias todas estas precauciones?— preguntó.

—Creo que sí— contestó él, muy serio—. Dime en qué dirección debo ir y yo me adelantaré. Ten cuidado al caminar, no quiero que nadie oiga el crujir de los pasos sobre las hojas secas. Si alguien ha seguido al caballo, debe estar oculto entre estos árboles.

Caminaron en silencio, siempre bajo la sombra de los árboles. Peter no volvió a hablar y ella lo siguió también sin decir nada. Con mucha frecuencia, él se detenía para captar algún sonido sospechoso.

Unos minutos más tarde llegaron a la orilla del bosque y pudieron ver la hondonada frente a ellos. El caballo estaba bajo un árbol, con un chico de la caballeriza deteniéndolo. Amanda iba a señalarlo, cuando la mano de Peter tomó la suya y la oprimió como ordenándole que se quedara quieta.

Fue entonces, con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, que Amanda vio frente a ellos el contorno de dos cabezas.

Por un momento pensó que estaba equivocada, entonces reconoció que dos soldados aguardaban tendidos boca abajo en la orilla del bosque. Podía ver sus mosquetes, apuntando en dirección al caballo.

Amanda contuvo el aliento. Se sintió petrificada. Por varios minutos permanecieron ahí, sin moverse, contemplando las cabezas de los soldados, hasta que Amanda empezó a preguntarse a qué horas pensaría Peter hacer algún movimiento.

Uno de los soldados ahogó un estornudo.

—¡Cuidado!— dijo el otro en un susurro, aunque su voz llegó a los oídos de Amanda con perfecta claridad—. No quieres que él se dé cuenta de

que estamos aquí, ¿verdad?

—No podría oírnos, desde aquí— contestó su compañero—. El Coronel dijo que tenía que venir por el lado de la vicaría

—¿Sabe el Coronel dónde está, entonces?

—No, pero supongo que Su Señoría se lo dijo. Él estaba presente cuando nos dieron las instrucciones, ¿recuerdas? A mí no me parece correcto que disparemos sin advertir nada, ni darle tiempo a defenderse.

—Ordenes son órdenes— contestó el otro.

Peter tomó a Amanda de la mano. En silencio, pero moviéndose con toda la rapidez y sigilo que les era posible, empezaron a retroceder sobre sus pasos, en la dirección por la que habían llegado.

CAPÍTULO VI

Se detuvieron a la sombra de un roble, ya afuera del bosque. Amanda temblaba, no tanto de miedo, como de ira, de indignación.

—¿Cómo se atrevió?— exclamó—. ¿Cómo se atrevió a una traición así? Me había dado su palabra… Peter movió la cabeza de un lado a otro.

—Sé justa— dijo—. *Lord* Ravenscar te prometió que no permitiría a los soldados, registrar sus jardines y terrenos. No están buscando en ellos. Están sólo esperando, con la certidumbre de tener un blanco seguro.

Amanda se cubrió el rostro con las manos.

—¡Asesinarte a sangre fría!— exclamó—. ¡Hacer eso… es monstruoso! Ese hombre es una bestia. Todo lo que me habían dicho de él es cierto— con voz llena de horror añadió—. ¡Y yo estoy comprometida con él! ¿Qué voy a hacer?

—Esperar… tratar de ganar tiempo— contestó Peter—, le has dado tu palabra y romperla de un día para otro tendría desagradables consecuencias para tu familia. Confía en mí, Amanda. Yo encontraré la solución, te lo juro. Pero debo tener más tiempo.

—¿Cuánto?— preguntó ella.

—No puedo contestar esa pregunta— respondió él—. No puedo decirte nada. Sólo vuelvo a suplicarte que confíes en mí.

Ella levantó la vista hacia él y los primeros rayos de luz de luna que asomaban por entre las ramas de los árboles iluminaron de plata su bello rostro. Se veía muy hermosa en ese momento.

Lo escuchó aspirar una gran bocanada de aire antes de decir:

—Debo irme ahora.

—Pero, ¿adónde? ¿Adónde vas a ir, Peter? Te buscarán en cuanto amanezca.

—Pero no antes— contestó—. Eso me da seis horas de ventaja.

—No puedes llegar lejos sin un caballo.

—Entonces, debo conseguir uno— contestó casi en tono alegre. Extendió la mano y tocó sus labios con los dedos, como si quisiera detener así las preguntas de ella. Sin embargo, Amanda logró decir:

—Pero, ¿cómo sabré qué ha sido de ti? ¿Cómo sabré que estás a salvo?

—Creo— dijo él—, que nuestro amor tiene alas. Cuando estemos pensando uno en el otro, aún separados, mi corazón volará hacia el tuyo y, con certeza, sabremos si el otro está bien… y que el amor no ha muerto entre nosotros.

—Yo nunca amaré a nadie más— juró Amanda.

El la miró y entonces se arrodilló ante ella como lo había hecho en otra ocasión.

—Te adoro, Amanda— dijo, en el tono en que se hace un juramento. Sin embargo, no la tocó.

—Cuando se levantó, su expresión era sombría—. Regresa ahora a la casa. Camina rápido y no vuelvas la vista atrás, o me harás flaquear, Amanda. Al llegar al *Templo,* borra de ahí toda huella de mi presencia, para que cuando revisen no sepan dónde me oculté. Entonces, ve a tu casa y acuéstate. En la mañana, dirás que no sabes nada. Recuérdalo… no sabes nada.

—Lo recordaré— repitió ella, a través de las lágrimas.

—¡Oh, mi amor!— la voz de él, también le pareció quebrarse—, vete pronto, o no podré dejarte ir, y me encontrarán aquí al amanecer, contigo en mis brazos.

Ella comprendió que él estaba perdiendo el control sobre sí mismo. La deseaba tanto como ella a él. Pero, porque lo amaba y sabía que lo que le pedía era por el bien de ambos, se marchó sin decir más, cumpliendo con exactitud lo que él le recomendara.

Amanda pensaba que esa noche no lograría dormirse, pero su llanto terminó por agotarla. Cayó en un sueño profundo, del que sólo despertó al oír las pisadas de un caballo galopando a la distancia. Se incorporó y se quedó escuchando, pero no oyó más. Pensó que se había equivocado y unos minutos más tarde se quedó dormida nuevamente.

Despertó cuando la puerta se abrió de pronto y Harriet entró corriendo en la habitación.

—¡Despierta, Amanda!— exclamó—. ¡Despierta! ¿Qué te pasó que dormiste tantas horas?

—¿Sí? ¿Qué hora es?— preguntó Amanda.

—Son casi las once— contestó Harriet—, mamá dijo que te dejara dormir, pero ahora *Lord* Ravenscar está aquí y desea verte ahora mis…

—¡Las once!— repitió Amanda.

«¿Cómo pude dormir tanto?», se preguntó, estando Peter en peligro y corriendo cualquier riesgo?

Harriet estaba descorriendo las cortinas.

—Es un día precioso— dijo—, te traje un vaso de leche. mamá dijo que no apetecerías nada más —mientras Amanda se sentaba en la cama y bebía la leche, Harriet continuó muy excitada:

—¡Hay tantas novedades, Amanda! Todo mundo dice que el fugitivo escapó anoche en uno de los mejores caballos de Su Señoría.

—¿El fugitivo?— preguntó Amanda, mientras bajaba temblorosa el vaso de leche.

—Sí, Harry, el jardinero, me lo contó todo. Dice que un hombre llegó anoche a las caballerizas y gritó que Su Señoría estaba siendo atacado en la hondonada del Norte. Todos los hombres que allí estaban corrieron en su auxilio, abandonando las caballerizas. Entonces el hombre debe haber ensillado uno de los mejores caballos grises de *Lord* Ravenscar y se marchó en él.

Harriet casi había perdido el aliento por la excitación.

—Nadie lo vio por supuesto— continuó—, pero la caballeriza estaba vacía, faltaba un caballo y una silla. Desde luego, Su Señoría no estaba en la hondonada, sino cenando muy tranquilo en el Castillo,

—¿Saben cómo era… el hombre que dio la alarma?—preguntó Amanda.

—Le pregunté eso a Harry, pero dice que nadie parece tener una imagen clara de él y los que lo vieron no se ponen de acuerdo en su aspecto. Se contradicen entre ellos. Ahora que se ha ido, nunca sabremos quién fue en verdad.

Harriet lanzó un suspiro.

—¡Oh, Amanda, cuántas cosas emocionantes están sucediendo ahora por aquí! Pero… date prisa. Te están esperando abajo papá, mamá y *Lord* Ravenscar.

Amanda hubiera querido contagiarse del entusiasmo de su hermana. Cuando bajó la escalera poco tiempo después, iba llena de preocupación. ¿De qué podría estar hablando *Lord* Ravenscar con sus padres?

Al entrar en el salón los encontró agrupados alrededor de la chimenea. Su padre le pareció más serio que de costumbre. Hizo a *Lord* Ravenscar una profunda reverencia, sin mirarlo a los ojos, acercó la cara a su padre, para que le diera el beso matutino, para luego besar la mejilla de su madre.

—No pensé que una chica como tú durmiera hasta tan tarde— comentó *Lord* Ravenscar en tono jocoso—. ¿O es que te acostaste muy tarde?— Amanda comprendió la intención de la pregunta.

—Mi madre podrá decirle, milord, que me fui a la cama temprano— contestó Amanda—. Tantas cosas sucedieron ayer, que me sentía extenuada.

—Por eso te dejé dormir hasta ahora, mi amor— dijo la señora Burke.

—Sin embargo, sospecho que me debes un caballo y una silla nueva— dijo *Lord* Ravenscar sonriendo.

Habló como si Amanda estuviera sola, pero ella levantó la barbilla y se enfrentó a él con valor.

—Me temo no saber de qué habla Su Señoría.

Lord Ravenscar movió los labios, demostrando que su desafío lo divertía.

—No llegará muy lejos— dijo amenazador—. Puedes estar segura.

—¿Se refiere, milord, a ese tipo que los soldados buscaban? Oí un rumor vago de que había escapado.

—No ha escapado— contestó *Lord* Ravenscar—. Digamos que sólo ha pospuesto su captura.

—Pero, ¿qué tiene Amanda que ver con eso?— preguntó la señora Burke.

Hubo un momento de silencio antes que *Lord* Ravenscar dijera:

—No debemos perder tiempo discutiendo sobre alguien que está a sueldo del enemigo. Hablemos de cosas más agradables, como los planes que estábamos concertando— se volvió hacia Amanda—. Estaba hablando de nuestro matrimonio con tus padres.

—No hay prisa— respondió Amanda—. Tenemos muy poco tiempo de conocernos, milord.

—Pero no hay razón para que pospongamos la boda—insistió *Lord* Ravenscar—. Como explicaba a tus padres, una boda celebrada en la temporada social, estando el príncipe en Londres, contaría con la asistencia de todo el bello mundo.

—No, no— se apresuró Amanda—. Este verano es imposible, milord. No podría estar lista a tiempo. Tengo que preparar mi… ajuar de novia, entre otras cosas.

—Eso es algo, sobre lo que hablábamos también— dijo *Lord* Ravenscar.

—Dijimos a Su Señoría que estábamos deseosos de hacer por ti cuanto estuviera a nuestro alcance, pero que…— comenzó a explicar la señora Burke.

—¿Y qué han ustedes decidido?— preguntó Amanda, interrumpiéndola.

—Algo que espero tú aceptes y te gustes— contestó *Lord* Ravenscar—. Como explicaba a tus padres, siendo mi esposa, deberás vestirte a la última moda. Competirás con todas las bellezas de St. James y con la élite social que frecuenta la *Casa Carlton.*

—Si piensa que yo permitiré que sea usted quien pague mi ropa— respondió Amanda—, entonces milord, está muy equivocado.

Habló a toda prisa y tan orgullosa que su protesta sonó violenta. *Lord* Ravenscar levantó una mano en un gesto de extrañeza algo teatral.

—¡Mi querida Amanda, yo jamás pensaría en cometer tal indiscreción! Como les he explicado a tus padre s, mi hermana Charlotte, la Condesa de Standon, recientemente viuda, ha sugerido comprar tu ajuar de novia su regalo de bodas.

Se detuvo y un momento después continuó diciendo:

—Me pareció una sugerencia muy práctica y, como he hecho notar a tus padres, ¿qué caso tendría forzar su presupuesto, sobre todo

cuando aquí no hay nada posible de adquirir y usarse en Londres?

Sus ojos, de párpados pesados, brillaban divertidos y Amanda comprendió que él disfrutaba del predicamento en que, sola, se había metido. Rechazar la generosa oferta de la hermana de Su Señoría habría resultado tan grosero como innecesario. Al mismo tiempo, estaba convencida de que sería Lord Ravenscar quien pagaría la ropa que Lady Standon comprara.

Desesperada, reconoció que esa generosidad era como una cadena de oro que la rodeaba, haciéndola su prisionera, y cada vez con mayor efectividad.

—Es muy generoso de parte de Lady Standon— murmuró con precaución—. Aunque no me imagino porqué está dispuesta a hacerme un regalo tan magnífico, cuando todavía no tengo el honor de conocerla.

—Eso es algo que remediaremos muy pronto— observó Lord Ravenscar con el aire de quien saca una carta de triunfo—. Mi hermana está aquí en el Castillo. Llegó anoche y he sugerido a tus padre s que salgamos esta misma tarde para Londres.

—¿Para Londres?— exclamó Amanda—. Pero, ¿por qué?

—Para comprar tu ajuar de novia, desde luego— contestó Lord Ravenscar—, o tenemos mucho tiempo si es que nos casamos a principios de junio, como he sugerido.

—¡Es muy pronto… demasiado pronto!— exclamó Amanda.

—Querida mía— intervino su padre—, aunque siento que no debemos precipitarnos en algo tan serio, Lord Ravenscar me ha dado razones muy sensatas para que la boda se celebre pronto, por sus obligaciones con el Príncipe de Gales.

—Pero… junio está a menos de dos meses— protestó Amanda.

—Debemos, desde luego, consultar al Príncipe, ya que él asistirá a la ceremonia. Tal vez desee que la ceremonia se realice antes— dijo Lord Ravenscar con suavidad.

—¡No, no… que sea en junio, entonces!— exclamó Amanda.

Comprendió que él la estaba acorralando, con sutileza obligándola a aceptar lo que él deseaba. Reconoció también que, aunque lo odiaba

con intensidad, era un hombre muy listo y, en consecuencia un oponente peligroso. Ya había convencido a sus padre s y ahora la hacía aparecer caprichosa y pueril ante sus ojos.

—Tus padres han aceptado— afirmó Lord Ravenscar—, que bajo la responsabilidad de mi hermana pases una temporada en mi casa de la Plaza Grosvenor. No es un arreglo ideal, pero bajo las actuales circunstancias, no creo que la gente haga críticas indebidas. Alquilaré una casa para mi hermana, para que no se alojen bajo mi propio techo, así ella comprará tu ajuar de novia y te presentará a la sociedad londinense.

—Pero, mamá, ¿no puedes venir tú también?— preguntó Amanda, desolada.

Corrió junto a su madre, para arrodillarse a su lado. La señora Burke extendió la mano y acarició el cabello de Amanda.

—Ojalá pudiera, queridita— dijo—. Pero sabes muy bien que tu padre, no me permitiría dejarlo solo. Además tus hermanos son muy jóvenes, y aún me necesitan. No, mi amor, me temo que no te acompañaré a Londres, aunque deseara hacerlo.

Había una nota triste en la voz de la señora Burke.

—Pero, tú podrías ir por mí, mamá— insistió Amanda—. Yo cuidaré de mi padre y hermanos. Tú podrías escoger la ropa, con Lady Standon. Conoces muy bien mis medidas.

Antes que la señora Burke pudiera contestar, Lord Ravenscar dijo: —¿Tienes miedo, Amancla? No me impresionaste así la otra noche, al desafiar a los soldados a las puertas de mi Jardín. Entonces me pareciste una muchacha de carácter.

—Espero no desilusionarlo, milord— respondió Amanda, incorporándose con gesto desolado.

El miró la carita preocupada de Amanda y hubiera dicho algo si el Vicario no hubiera avanzado para tomar la mano de su hija en la de él.

—Entiendo, querida niña— dijo—, que éste es un gran paso para ti. Significa que vas a salir al mundo; significa que dejarás atrás a tu

madre y a mí. Pero debes recordar que a tu lado tienes al hombre que te ama, el que en corto tiempo se convertirá en tu esposo.

—Sí, lo sé— reconoció Amanda en voz muy baja.

—Entonces, todo quedara arreglado— dijo Lord Ravenscar—, mi hermana vendrá aquí esta tarde y mi carruaje de viaje las llevará a ambas a la Casa Ravenscar en Londres. Yo no iré con ustedes, pero las alcanzaré con mi calesín, que es más rápido.

Sin esperar respuesta, hizo una inclinación de cabeza ante la señora Burke, y después se llevó a los labios la mano de Amanda.

—Nos veremos en Londres— dijo.

El Vicario lo acompañó a la puerta y tan pronto como se alejaron lo suficiente, Amanda se volvió a su madre.

—¡Mamá, estoy asombrada!— exclamó—. ¿Cómo puedes dejarme ir a Londres con una perfecta desconocida, como es Lady Standon?

— ¡Claro que no es desconocida!— la contradijo la señora Burke —. La recuerdo cuando era jovencita, y nosotros llegamos aquí por vez primera. Era una persona muy dulce y la echamos de menos cuando se casó y se fue. Volvió muy pocas veces al Castillo. Creo que su esposo vivía en Dorset o en Wiltshire, no recuerdo dónde.

—¿Por qué se interesaría en mí? ¿Por qué me obsequiará mi ajuar de novia? ¿No te das cuenta de que el astuto *Lord* Ravenscar te ha convencido de cosas que no habrías aceptado en otras circunstancias? Es muy listo para mostrar las cosas malas como buenas y las buenas como malas.

Se detuvo de pronto. La señora Burke se había levantado de su silla con una expresión preocupada en el rostro.

—¡Amanda! ¿Por qué dices esas cosas?— preguntó asombrada—. ¿Será que no te quieres casar en realidad con Lord Ravenscar? Porque si es así, tú padre y yo entenderíamos. Debes rechazar su ofrecimiento si no lo amas y piensas que serás infeliz a su lado. Después de todo, hijita, te hemos enseñado que el dinero y la posición no tienen importancia cuando del matrimonio se trata. Ni tu padre, ni yo, queremos que te cases con alguien a quien no amas.

Amanda guardó silencio. Se preguntó qué pensaría su madre, si le confiara la verdad.

—De cualquier modo— continuó la señora Burke—, sería maravilloso pensar que estás casada, feliz y en una posición económica que te liberará de contar cada penique gastado. Ha sido difícil criarlos a ustedes con lo poco que gana tu padre.

Suspiró.

—Habría sido diferente si yo hubiera tenido dinero propio. Si bien mi padre era un Terrateniente acomodado, con tres hermanos varones entre los cuales distribuir la propiedad, no quedó nada para mi hermana y para mí. Con mucha frecuencia he deseado que ustedes hubieran tenido la mitad de las cosas que yo disfruté de niña.

Amanda se volvió y abrazó a su madre, apoyando su mejilla contra la de ella.

—Yo sé lo difícil que ha sido para ti, mamá… sé los sacrificios que han tenido que hacer por nosotros.

La señora, Burke sonrió:

—Por eso, mi amor, me parece tan maravilloso que todo vaya a ser diferente a partir de ahora. *Lord* Ravenscar está ofreciendo a tu padre la vicaría de Frackenbury y ha prometido que el año próximo enviará a Roland a Eton, donde él mismo estudió. Nosotros jamás hubiéramos podido hacerlo.

«¡Me está comprando! ¡Me está comprando!», hubiera querido gritar a su madre, pero las palabras quedaron presas en sus labios.

—Iré arriba a prepararme madre— dijo, con voz tranquila y amable.

—Yo te ayudaré— ofreció la señora Burke—. ¿En dónde se habrá metido Harriet? Debe buscar al viejo Harry para que baje los baúles del Desván. Tenemos muy poco tiempo.

En verdad hubo tan poco tiempo que la señora Burke estaba guardando las últimas cosas en el baúl de cuero de Amanda, cuando llegó el carruaje del Castillo.

—¡Ya llegó, mamá!— gritó Harriet. Corrió a la ventana para añadir llena de excitación

—¡Cuatro caballos y un jinete acompañante! ¡Sin duda mi hermana viajará en forma elegante! ¡Y el carruaje tiene un escudo de armas pintado en la puerta!

—¡Pronto, Amanda, ponte el sombrero!— ordenó la señora Burke con agitación—. ¿Y dónde está la banda de tu vestido azul?

—El lacayo está abriendo la puerta de la carroza—informó Harriet desde la ventana—, hay una dama bajando. ¡Oh, viene toda de negro! ¡Yo que la imaginaba con un vestido alegre y bonito…!

—*Lady* Standon enviudó hace muy poco tiempo— explicó la señora Burke—, déjame recordar… deben ser cerca de nueve meses. Bueno, creo que he terminado y debo bajar, Harriet.

La señora Burke, que estaba de rodillas, se levantó.

—Busca a Harry para que cierre el baúl y lo baje… ¿Estás lista, Amanda?

—Sí, mamá— contestó. Se volvió a Harriet—. Cuida de mamá y de papá— al ver que su madre se había marchado para recibir a *Lady* Standon, añadió:

Son tan buenos y tan poco mundanos, que alguien con espíritu práctico debe cuidar de ellos.

—Haré lo mejor que pueda— contestó Harriet, poniéndose seria de repente.

—¡Oh, Harriet… no me olvides, por favor!— suplicó Amanda—. Detesto irme de aquí.

—¡Amanda! ¡Amanda! Te echaré de menos a cada instante— gritó Harriet, echando los brazos al cuello de su hermana—, pero, piensa en lo mucho que vas a divertirte en Londres… ¡Bailes, recepciones, reuniones! ¡Qué emocionante! Escríbeme contándome todo lo que conozcas. .

—Te escribiré páginas enteras todos los días— prometió Amanda. Abrazó a Harriet y dijo:

—Debo bajar, o mamá se enfadará conmigo. Busca a Harry como te ordenó.

—Lo haré ahora mismo.

Cuando Amanda bajó al salón y fue presentada a *Lady* Standon tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa. Por las palabras de su madre ,

esperaba a alguien joven; pero tuvo la impresión de que era una anciana la que acababa de entrar… una mujer de rostro gris y duro, con labios apretados, cuyo vestido de crepé negro y tocado de viuda, le daba una apariencia austera, impresionante.

—¡Esta es mi hija mayor, Amanda!— dijo la señora Burke, a modo de presentación y Amanda hizo una prolongada reverencia.

Lady Standon, por su parte, no disimuló la sorpresa.

—¡Qué joven es!— exclamó—. Yo esperaba a alguien mayor.

—Cumpliré dieciocho años dentro de tres meses— contestó Amanda.

—Mi hermano tendrá cuarenta el próximo octubre— dijo *Lady* Standon, con voz agria.

—No me había dado cuenta de que había tanta diferencia de edad entre ellos— comentó la señora Burke como queriendo disimular aquel momento difícil.

—Hubo un hermano y una hermana entre nosotros. Yo era la más pequeña de la familia— continuó *Lady* Standon—. Mi hermano murió en la guerra y mi hermana, como tal vez usted recuerde, señora Burke, murió poco después que ustedes llegaron a la vicaría.

—Sí, lo recuerdo muy bien— dijo la señora Burke—, fue una tragedia. ¡Ella era tan joven y atractiva!

—¡Algunas veces pienso que fue muy afortunada!—exclamó *Lady* Standon. Nadie encontró qué contestar a aquella extraña declaración y después de un embarazoso silencio, *Lady* Standon habló con visible esfuerzo:

—Creo que debemos irnos. Mi hermano se molestará si no llegamos a Londres a la hora exacta.

—Si me perdonan, iré a ver si han bajado ya el baúl— dijo la señora Burke y salió a toda prisa de la habitación.

—Debo agradecerle, señora— dijo Amanda dirigiéndose a *Lady* Standon —, su generoso regalo de bodas. Tengo entendido que va usted a darme mi ajuar de novia y le doy las más profundas gracias.

Lady Standon abrió los labios como para decir algo, pero cambiando de opinión, dijo:

—Espero que encontremos algo adecuado para ti.

Pocos momentos después entró Harriet, con su acostumbrado entusiasmo, comentando excitada que había llegado otro Jinete acompañante. Amanda la presentó con *Lady* Standon, que hizo algunos comentarios convencionales, en actitud muy rígida.

La señora Burke volvió acompañada de su esposo y todos se dirigieron a la puerta del frente. En el vestíbulo, Amanda se detuvo al ver que sus hermanos menores, Caroline y Roland, bajaban corriendo la escalera para despedirse de ella, en eso Harriet murmuró:

—No te vas a divertir mucho con *Lady* Standon.

—¡Silencio!— exclamó Amanda.

Abrazó a Harriet y después extendió los brazos hacia Caroline y Roland.

—¡Adiós, Amanda! ¡No te olvides de nosotros! ¡Escríbenos muchas cartas!

Se habían reunido con las personas mayores en la entrada de la casa. Sus vocecitas agudas se mezclaban con las voces profundas de sus padres hasta que con un pañuelo en la mano ondeando como despedida, Amanda notó que el carruaje daba la vuelta y su Familia se perdía a lo lejos.

Amanda se apoyó en el mullido respaldo del carruaje y enjugando de manera discreta las lágrimas que habían asomado a sus ojos, dijo:

—Es horrible decir adiós a la gente que se ama.

—Eso mismo pensé al alejarme por este camino, hace quince años.

—¿También iba a Londres?

—Iba a casarme…— contestó *Lady* Standon.

—¿Y… no iba… feliz?

—¡Feliz!— exclamó *Lady* Standon y su velo negro pareció estremecerse—. En esos días no tenía idea de lo que significaba la infelicidad. No conocía la tortura, desventura y degradación que representaba el estar casada con un hombre al que no se ama.

Habló con profunda amargura. Entonces, volviéndose hacia Aman-da, dijo:

—Grandísima tonta! ¿Por qué te casas con mi hermano? ¿Lo haces por su dinero?

CAPÍTULO VII

Amanda, se alegró mucho cuando en las primeras horas de la tarde siguiente, el carruaje entró en Londres. Se inclinó hacia adelante, para mirar por la ventana las calles con sus tiendas de ventanas salientes y su multitud de gente bien vestida.

Para ella todo era fascinante, porque muy pocas veces había visitado las poblaciones más grandes, cercanas a Ravensrye. Esta metrópoli pujante y bulliciosa la hacía sentirse espectadora, en un Teatro.

Había carretas, carrozas tiradas por cuatro caballos, rápidos *cabriolets*, y faetones conducidos por jóvenes caballeros con la chistera ladeada a la última moda. Los vendedores ambulantes ofrecían a gritos su mercadería y otros asaban castañas en braseros que lanzaban rojos destellos. Todo era tan diferente a cuanto había conocido hasta entonces, que no podía evitar el comentar con exclamaciones entusiastas ante cada nuevo espectáculo, olvidando la tensión existente entre ella y *Lady* Standon.

Después de aquel primer exabrupto, al alejarse del Castillo, *Lady* Standon se había hundido en un silencio sombrío y desdeñoso. Amanda, que no podía explicarle las razones por las que había aceptado a *Lord* Ravenscar, sólo permaneció sentada en el carruaje, con las mejillas encendidas, sintiendo que su visita a Londres tenía malos presagios.

Pasaron la noche en una hostería en el camino y tan pronto como terminaron una cena mediocre, servida en un salón privado, *Lady* Standon se retiró a dormir. Cuando cenaban, Amanda la había observado con cierta curiosidad.

Era difícil creer que esta mujer de rostro pálido, que parecía vieja y cansada de la vida, pudiera haber sido la muchacha alegre y atractiva que su madre había conocido al llegar a Ravensrye. ¿Qué había sucedido para

transformarla así?, se preguntaba Amanda, pero tuvo miedo de adivinar la respuesta.

Ahora había olvidado el triste incidente y sólo sentía la emoción y el interés de lo que estaba viendo.

—¡Oh, mire ese organillero con un mono pidiendo dinero con una taza! ¿Ha visto antes usted un calesín tan elegante como ése? Y el caballero que lleva las riendas luce en el ojal una orquídea tan grande como un plato.

Lady Standon no comentó nada. A Amanda no le preocupaba eso… estaba ya planeando mentalmente la carta que escribiría a Harriet describiéndole todo.

Los caballos salieron de la zona comercial para entrar en la sección residencial, donde las casas eran altas e imponentes. Amanda pudo observar lacayos de empolvadas pelucas que abrían grandes puertas de caoba o que extendían tramos de alfombra sobre el pavimento, para que las damas al bajar de sus carruajes no se ensuciaran sus zapatos.

—Fue una sorpresa descubrir la enorme mansión, cuando los caballos se detuvieron. Varios lacayos, con librea vino y oro de la servidumbre de *Lord* Ravenscar, bajaron a toda prisa, dejando abierta la gran puerta doble que conducía a un enorme vestíbulo de mármol, con pilares de piedra e impresionantes estatuas decorando el ambiente.

Un mayordomo se inclinó ante *Lady* Standon.

—¡Buenas tardes, milady! Espero que usted y la señorita Burke hayan tenido un buen viaje. Recibimos instrucciones de Su Señoría y todo está listo para ustedes.

—Gracias— respondió Standon con frialdad y mucha indiferencia. Amanda sonrió al hombre.

—Llegamos muy bien, porque los caballos eran magníficos— comentó.

—Su Señoría es muy exigente respecto a sus animales, les concede mucha atención— contestó el mayordomo.

Las condujo a un salón con una chimenea donde ardía un fuego crepitante. Era una habitación amplia, de techo alto, magnífica, en la que colgaban numerosos retratos que a Amanda le parecieron espléndidos.

—El ama de llaves ya está aquí— dijo el mayordomo, haciendo una reverencia—, ustedes ordenarán lo que deseen.

Amanda se volvió y vio a una mujer madura, de vestido negro, con un gran delantal de raso del mismo color, parada en el umbral. De su cinturón pendía un enorme llavero. Hizo una reverencia y dijo:

—Les suplico me acompañen. Las conduciré a sus habitaciones.

Por primera vez, el rostro de *Lady* Standon pareció suavizarse.

—¡Pero… si es la señora Hewitt! ¡Me alegro tanto de verla! No ha cambiado usted un ápice.

—Milady es muy amable— contestó el ama de llaves.

Empezaron a subir la escalera. Para sorpresa de Amanda, una vez roto el hielo, *Lady* Standon empezó a conversar.

—Veo que la casa ha sido redecorada— dijo—. No la habría reconocido.. .

—Su Señoría ha gastado una gran cantidad de dinero en ello— contestó el ama de llaves—. *Lady* Isa…— se detuvo de pronto.

Amanda adivinó el nombre completo y se preguntó qué misterio rodearía a *Lady* Isabel. Era la segunda vez que escuchaba aquel nombre.

Lady Standon fue conducida a una amplia habitación en lo alto de la escalera, mientras que Amanda recibía una contigua y más pequeña. Ya a solas, Amanda observó a su alrededor y se asombró del lujo del dormitorio.

La cama, con una alegre cubierta de brocado, era una preciosidad, como lo eran también los muebles, los cuadros y la fina alfombra de Aubusson que cubría el piso.

«¡Qué rico debe ser *Lord* Ravenscar!», pensó y por un momento se preguntó si tanto lujo podría dar la felicidad a quienes disfrutaban de él. Pensando esto notó con más intensidad el dolor que había sentido en el corazón durante todo el viaje.

¿En dónde estaba Peter? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué le había sucedido? Había permanecido despierta la noche anterior, en la hostería, tratando de enviar volando su amor a él como había sugerido. Si sólo hubiera podido avisarle que viajaría a Londres… comprendía ahora que habían sido poco previsores al no concertar ningún lugar donde encontrarse, ni un intermediario para comunicarse.

«¡Peter! ¡Peter!», había gritado en la oscuridad, deseándolo con tal intensidad, que presentía que él ya estaba enterado cuánto lo necesitaba.

Después de lavarse y arreglarse un poco, Amanda bajó al salón donde esperaba el servicio de té, y apenas había intercambiado unas cuantas frases con el mayordomo cuando *Lady* Standon entró en la habitación.

—Discúlpame por hacerte esperar, Amanda— dijo con gran seriedad y se sentó frente a la mesa del té, entre el crujido de sus faldas negras.

Amanda se sentó junto a ella y el mayordomo se retiró.

—¿Te sirvo una taza de té?— le preguntó, ocupándose de las tazas.

—Sí, gracias— aceptó Amanda.

—Por favor, come algo— dijo, señalando la bandeja llena de bocadillos y golosinas.

Como niña obediente, Amanda tomó un pastelillo, pero aunque estaba suave y delicioso, sentía que cada bocado la ahogaba. El viaje había sido emocionante, pero ahora su ánimo había decaído. ¿Cuánto tiempo soportaría una atmósfera así?, se preguntó.

Observó a *Lady* Standon. Sin su tocado de viuda, su cabello mostraba varios mechones grises y estaba peinado hacia atrás, severamente estirado. De pronto sus ojos se encontraron y *Lady* Standon dijo de manera inesperada:

—Siento mucho lo que dije ayer. Sé que me estoy portando mal contigo… pero estoy bajo mucha tensión.

—Lo entiendo, no se preocupe— Amanda con suavidad.

—¿Crees entenderlo?— preguntó *Lady* Standon con una sonrisa triste—. No pienso que eso sea posible y no puedo explicártelo. Pero te prometo que trataré de no ser desagradable contigo. Trataré de hacer lo que se requiere de mí y comprarte un ajuar de novia digno de la futura *Lady* Ravenscar.

Había tanta amargura en su voz que Amanda se sintió llena de turbación. En ese momento, se abrió la puerta y de pronto entró *Lord* Ravenscar.

El corazón de Amanda dio un vuelco de temor, al cabo de un instante de vacilación, se puso de pie. Se dio cuenta de que *Lady* Standon se había levantado también.

—¡Así que llegaron a la hora prevista!— exclamó él.

Cruzó la habitación. Llevaba puesto su abrigo de viaje, de varias capas superpuestas y el mayordomo corrió tras él para tomar su sombrero y sus guantes. Amanda le hizo una reverencia y él tomó su mano besándola.

—¿Tuviste un buen viaje?— le preguntó.

—Fue un viaje muy cómodo, gracias— contestó la joven usando toda su fuerza de voluntad para sobreponerse al miedo y responder con dignidad.

—¿Y qué piensas de mi casa?— preguntó él, todavía deteniéndole la mano aunque ella tratara de retirarla.

—No… no he tenido tiempo de conocerla. Pero me parece magnífica.

—Me alegro que te guste.

Amanda bajó la vista y para su alivio, él la soltó para quitarse el abrigo de viaje.

—Tráeme *brandy*— ordenó *Lord* Ravenscar al mayordomo, entregándole su capa. Entonces se volvió a su hermana:

—¿No has tenido tiempo todavía de quitarte esa ropa monstruosa?— preguntó—. Te dije que no soportaría que te vistieras como ave de mal agüero. ¡Caramba, Charlotte! Muchas mujeres estarían felices de estar en tu lugar.

—Como ya te dije, no tengo nada más que ponerme. ¿No lo ves?— contestó *Lady* Standon.

—Pues entonces cómprate algo… y que sea pronto. Me pone nervioso verte con ese aire de mártir. Si sigues así, te enviaré de regreso a tu casa.

—Nada de lo que hagas o me digas, puede lastimarme ya— le contestó su hermana llena de desventura.

—Deja de quejarte por favor…— exclamó *Lord* Ravenscar con aspereza —. Dios sabe bien cuánto detesto a las mujeres respetables, con sus gemidos y lágrimas, sus reproches y acusaciones. Si quieres ser desventurada, sé desventurada, pero, por lo que más quieras, no nos obligues a sufrir por tu causa.

—Si sólo pudiera encontrar una forma de hacerte sufrir, Hugo— dijo *Lady* Standon—, la aprovecharía con gran placer.

Lord Ravenscar hizo la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Por fin estás demostrando algo de sentimiento—exclamó—, y eso es mejor que nada. Al menos, es mejor que tu insufrible resignación.

Había ahora lágrimas en los ojos de *Lady* Standon, pero él se echó a reír de nuevo cuando ella dijo:

—Eres intolerable, Hugo. Siempre lo has sido y lo serás.

—Supongo que estás evocando fantasmas del pasado— le dijo burlón—. ¿Recuerdas cuando me desafiaste, en este mismo lugar?

—Déjame recordar… fue hace dieciséis años. Me deseaste el infierno, por lo que te había hecho. Pero no fue así… ¡Aquí estoy todavía! Tú eres la que parece estar pudriéndose.

—Di lo que quieras— murmuró *Lady* Standon en voz baja—, nada de lo que digas puede perturbarme siquiera.

Cruzó la habitación y el sonido de la risa cruel y burlona de su hermano, la siguió por el vestíbulo y la escalera.

Amanda había permanecido petrificada escuchándolos, pero ahora pareció salir de su inmovilidad y se dispuso a seguir a *Lady* Standon.

—¡Espera!— exclamó *Lord Ravenscar.*

—Debo ir con ella— dijo Amanda—. ¿Cómo… cómo pudo… usted hablarle de ese modo?

Fue la expresión de su rostro pálido, más que sus palabras, lo que impresionó a *Lord* Ravenscar.

—¿Te asusté? Perdóname, Amanda, pero Charlotte me enfurece… siempre ha sido así. Pero, no hablemos más de ella. Es un tema que me aburre. Prefiero hablar de ti.

Hizo un intento de acercarse a ella, pero esta vez Amanda fue más rápida que él y corrió hacia la puerta.

—Lo siento, milord. Debo ir con *Lady* Standon— contestó casi sin aliento. Y antes que él pudiera detenerla, había llegado a la seguridad del vestíbulo y subía a toda prisa la escalera.

No estaba muy segura de consolar a *Lady* Standon, y si recibiría de buen grado su apoyo. Se detuvo titubeante ante la puerta de *Lady* Standon y entonces oyó que ésta hablaba con la señora Hewitt. Comprendió que su presencia ahí no sería bien recibida y decidió ir a su cuarto.

Notó que sus cosas habían sido ya acomodadas, y que su baúl había sido retirado. Pensó que era la oportunidad de empezar a escribir una carta a sus padres, y tal vez a Harriet. Se preguntó si se atrevería a decirles lo que

estaba sucediendo ahí. Nunca podría poner en palabras la rudeza de *Lord* Ravenscar, ni la insolencia de su voz.

«¡Oh, Peter, Peter!», gritaba su corazón. «¿Cuándo vendrás a salvarme de esto? ¿Cuándo me llevarás contigo?».

Con pasos lentos se dirigió al escritorio de su dormitorio. Encontró una pluma recién cortada y tinta en un pequeño y exquisito tintero de porcelana de *Sévres.* Pero no había papel de escribir. Aunque lo buscó en varios cajones, no encontró una sola hoja.

Recordó que había visto cuando subían por primera vez en dirección de sus habitaciones, que había un gran salón del otro lado del pasillo frente a sus dormitorios. Supuso que era el principal salón de la casa y pensó que debía haber algún escritorio ahí. Tomaría unas hojas de papel y volvería a su cuarto.

Abrió la puerta del salón, después de cruzar el pasillo y permaneció de pie a la entrada, asombrada y fascinada por lo que veía.

Los muros estaban cubiertos de brocado color rosa, del mismo material de los cortinajes. Había enormes y relucientes lámparas de cristal y candeleros de pared llenos de velas, para iluminar los grandes espejos que agrandaban aún más el ambiente. Los muebles eran dorados, adornados con ninfas y delfines.

Por todas partes había grandes fuentes con flores de invernadero que daban al salón una deliciosa fragancia. Era una habitación hermosa, pero impresionante.

Olvidando por un momento lo que estaba buscando, Amanda cruzó los tapetes persas, mirando asombrada a su alrededor. El salón cruzaba la casa de lado a lado. En el extremo más lejano había una enorme ventana saliente, con una puerta que comunicaba a una terraza frente a los formales jardines con una fuente de aguas cantarinas en el centro.

El pálido sol de la tarde se reflejaba en el agua y a Amanda le pareció ver un arco-iris entre el agua que danzaba. Se arrodilló en un asiento de brocado adosado a la ventana, como si fuera una niña, cuando oyó que alguien entraba a sus espaldas.

—Le diré a Su Señoría que está usted aquí— oyó decir al mayordomo y a toda prisa, casi sin pensar en lo que estaba haciendo, se ocultó tras los

largos cortinajes de brocado.

La ventana era tan ancha y el cortinaje tan voluminoso, que quedaba oculta a la vista de cualquier persona. Hubo un momento de silencio en el cual Amanda se debatió consigo misma sobre cómo revelar su presencia y qué excusa dar para explicarla, en eso oyó que se abría la puerta y la voz de *Lord* Ravenscar que decía:

—¡Wassell! No te esperaba.. .

—No sabía que habías vuelto hasta que alguien me dijo hace cinco minutos que te había visto en Picadilly— contestó una voz masculina.

—Acabo de llegar del campo— contestó *Lord* Ravenscar.

—El Príncipe ha estado preguntando por ti.

—Me lo imaginé. Iré ahora mismo hacia allá.

—Y yo iré contigo. Por cierto, Ravenscar… creo que tu mayordomo se ha vuelto loco. Me dijo que tu hermana, estaba aquí y que venía acompañada de una tal señorita Burke con la que te vas a casar. ¿Es cierto o lo soñé?

Amanda oyó reír a *Lord* Ravenscar.

—Como ves, no puedo guardar un secreto por más de cinco minutos— dijo—. Sí, es cierto, Wassell. Y tú serás el primero en felicitarme.

—Pero, ¡caramba, Ravenscar! ¿Es éste el momento para tales cosas?

—Este momento es mejor que cualquier otro, mi querido amigo— contestó *Lord* Ravenscar—, aparte de estas y otras consideraciones, piensa que eso eliminará la atención y el interés sobre cualquier otra actividad.

—No lo había pensado. Pero me había imaginado que de casarte lo harías con *Lady* Isabel— dijo el otro hombre.

—No— exclamó *Lord* Ravenscar con firmeza, después de una leve pausa—. No intento casarme con Isabel, sin importar lo que ella piense.

—Es que ella casi lo ha anunciado. Dejaste que ella decidiera cómo decorar esta casa. Todos daban por hecho que se casarían.

—Isabel es tan extravagante como curiosa, Wassell.

—¿Curiosa?— preguntó el otro con voz muy aguda.

—Sí, curiosa. No es conveniente subestimar la inteligencia de la esposa de uno.

—En tal caso, alabo tu previsión.

—Me imaginé que lo harías— respondió *Lord* Ravenscar con suavidad.

—¿Y esta nueva dama quién es?

—Es la hija de mi vicario local, en Ravensrye.

—¡La hija de un vicario! ¡Diablos, Ravenscar! Creo que a veces exageras las cosas. ¿Era realmente necesario un sacrificio así?

Lord Ravenscar se echó a reír.

—No va a ser un sacrificio que digamos. Es en extremo deseable y es una jovencita que, cuando la haya acostumbrado, resultará el tipo de esposa que prefiero. Empiezo a envejecer, Wassell. Es tiempo de que tenga un hijo, un heredero. Será todavía más importante, si todo sale de acuerdo con nuestro plan.

—¿Puedes ver así hacia el futuro?

—. Claro que sí! Pero, mientras tanto, ¿qué noticias tienes para nuestro alado amigo?

—Buenas noticias. Noticias que te deleitarán, Ravenscar. Supe de nuestro informante en el Almirantazgo que tres barcos…

La voz se interrumpió de pronto, como si una mano hubiera sido puesta en su brazo o un dedo hubiera sido llevado a los labios.

—¿Qué pasa?— preguntó el hombre llamado Wassell.

—No sé— contestó *Lord* Ravenscar—, me pareció oír un ruido… ¿o será mi imaginación? De cualquier modo, no hablemos aquí. Esta habitación es demasiado grande. Siempre pienso que alguien puede oírnos. Ven a mi dormitorio. Tengo que cambiarme antes de entrevistar al Príncipe. Pero ten cuidado con lo que dices frente a mi ayuda de cámara. Él sirvió en la Guardia Escocesa y nunca me permite olvidarlo.

—Iré contigo— fue la respuesta—. Pero, Ravenscar, quiero conocer a la hija del vicario.

—Hay mucho tiempo para eso. Y no trates de seducirla o quitármela. No me gustaría retarte a duelo.

—Era un chiste, que hizo reír a ambos, y Amanda pudo escuchar su risa alejándose por el pasillo, cuando abandonaron la habitación.

Permaneció de pie tras las cortinas, temblando hasta que sintió que sus piernas no podían sostenerla más. Se dejó caer en el asiento de la ventana.

No estaba enfadada por la forma en que *Lord* Ravenscar había hablado de ella.

Sólo se sentía disgustada y escandalizada. Nunca había pensado que pudieran existir hombres como él. Aunque le repugnaba, en su inocencia había creído que *Lord* Ravenscar la amaba. ¿Por qué otra razón desearía casarse con ella? Pero ahora comprendía que lo que ella había creído que era amor podía describirse con una palabra denigrante.

Pero su mente se desvió de estos pensamientos para meditar sobre la forma enigmática con que habían hablado *Lord* Ravenscar y el señor Wassell. ¿Qué secretos tenían? ¿Qué significaba todo aquello que habían dicho? ¿Por qué se ocultaban de hablar frente a alguien que había pertenecido a un cuerpo tan patriótico como la Guardia Escocesa?

¿Por qué temía *Lord* Ravenscar la curiosidad de *Lady* Isabel? Sintió con creciente impaciencia que estaba frente a demasiados misterios para alguien tan inexperto como ella.

Se sintió muy sola y desdichada. La invadió un deseo intenso de apoyar la cabeza en el hombro de Peter, de sentir la seguridad de los brazos, protegiéndola.

Cerró los ojos, imaginando que estaba ahí. Casi podía sentir que la abrazaba, escuchar su voz profunda diciéndole que la amaba.

«¡Te amo! ¡Oh, Peter, te amo!», trató de decirle. Entonces sintió que el cortinaje que la ocultaba era retirado con brusquedad y al abrir los ojos se encontró mirando el rostro oscuro y convulsionado de ira… ¡de *Lord* Ravenscar!

CAPÍTULO VIII

Asi que me estabas espiando!

Las palabras de *Lord* Ravenscar, combinadas con la expresión iracunda de su rostro, enmudecieron a Amanda.

—Yo… no sabía que…— empezó, sólo para ser interrumpida por la voz de *Lord* Ravenscar, furiosa y acusadora, que decía:

—¿Quién te dijo que me espiaras? ¿Fue ese fugitivo al que ayudaste a escapar?

Como ella no contestara, casi paralizada de temor, él la tomó por los hombros y la sacudió.

—¡Contéstame! Me vas a contestar, aunque tenga que matarte para lograrlo.

Amanda sintió cómo su cabeza era sacudida hacia atrás y adelante. Entonces, con un movimiento brusco, *Lord* Ravenscar la soltó diciendo:

—No, no puede ser. Este tipo no tenía ninguna importancia y ya debe haber sido capturado.

Con el cabello desordenado cayendo sobre su frente, los ojos agrandados de temor y la respiración jadeante, Amanda dijo:

—Yo… yo no estaba… espiando, milord. ¡Se lo juro… por favor, créame! Estaba solamente sentada en la ventana cuando su… su invitado entró. Me sentí temerosa… muy tímida… así que me escondí tras la cortina. Fue torpe y descortés de mi parte, lo reconozco, pero no había… ninguna otra razón… fue la simple timidez la que me impidió de revelar mi presencia.

—¿Pero que estaba usted pensando?

—Perdone-me… fue un error… muy incorrecto de mi parte y debo ofrecerle mis más profundas disculpas.

Mientras hablaba, comprendió que *Lord* Ravenscar la estaba observando con ojos entrecerrados. Entonces el rostro de él se tranquilizó.

—Te creo— dijo—. Sólo que me disgusta en extremo que me espíen.

—Yo… lo entiendo— regreso Amanda—. Y, por favor, milord, créame cuando le digo que me siento avergonzada por mi torpeza.

—Lo fue— dijo él y las comisuras de sus labios se levantaron en una sonrisa burlona—. Y te he perdonado… pero ahora debes pagar por tu tontería.

Amanda se llevó las manos al pecho y se puso muy rígida.

—Tus labios deben demostrarme la sinceridad de tus palabras. Ven, acércate, Amanda. Eres demasiado honrada como para negarte a pagar tus deudas.

Comprendió que él la estaba esperando, de pie junto a la ventana, con una expresión divertida en el rostro y sus gruesos labios entreabiertos.

Con lentitud, como si sus pies fueran de plomo, Amanda se acercó. Aunque sentía deseos de huir, comprendió que debía acceder a sus requerimientos. Más y más cerca de él… ahora estaba ya tan cerca, que él podía notar cómo palpitaba su pecho, lleno de agitación, cómo sus ojos se agrandaban de horror y su respiración jadeaba entre sus labios palidecidos como su rostro.

—¿Tanto detestas mis besos?— preguntó él.

—Milord… yo… no deseo besar a nadie— respondió Amanda con un ligero gesto convulsivo.

Aun al decirlo comprendió que eso era una mentira. Sintió un deseo intenso y repentino de Peter, del santuario de sus brazos, del consuelo de su mejilla contra la de ella.

—Tal vez eso sea lo que me atrae tanto de ti— estaba diciendo *Lord* Ravenscar—. La mayor parte de las mujeres buscan mis caricias… de hecho, nunca se hartan de ellas. Pero tú aprenderás. Sí, Amanda, te prometo que aprenderás… a desear que te bese. Y entonces, sólo entonces, habrá una posibilidad de que me aburra de ti.

Lanzó una risotada.

—Por ahora, eres muy deseable… eres como un animalito salvaje que debe ser domesticado por el hábil cazador que lo atrapó.

La rodeó con sus brazos, Amanda cerró los ojos. Estaba llegando el momento tan temido… la sensación de sus labios lujuriosos oprimiéndola. Era una degradación que jamás había imaginado.

Cuando esperaba, como el sentenciado aguarda el golpe del verdugo que segará su vida, fueron interrumpidos. La puerta se abrió y un lacayo anunció a toda prisa:

—¡*Lady* Isabel Mannering, milord!

Lord Ravenscar lanzó una exclamación y soltó a Amanda. Esta se volvió a tiempo para ver entrar en el Salón a una mujer muy hermosa.

Lady Isabel estaba en la cúspide de su belleza. Era alta, con cabello negrísimo, sobre el cual los galanes de St. James habían escrito media docena de poemas; un rostro ovalado, perfecto y facciones delicadas, elegantes. Llevaba un vestido atrevidamente transparente, con un seductor escote bajo. Lucía resplandecientes brillantes alrededor de su cuello blanco y en los dedos, y sobre sus hombros llevaba una capa bordeada con piel.

Apareció en el salón con la impetuosidad de la marea alta entrando en la bahía. Entonces, enfrentándose a *Lord* Ravenscar, dijo con brusquedad:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no me informaste que habías regresado?

Lord Ravenscar se adelantó para tomarle la mano y llevársela a los labios.

—Mi querida Isabel— dijo—, estoy encantado de verte. Acabo de llegar y no esperaba el honor de verte aquí dándome la bienvenida.

—¡Mentiroso!— exclamó ella con voz aguda—, no me esperabas porque tuviste buen cuidado de no avisarme tu llegada. Por fortuna vi tu carruaje al entrar en la caballeriza. ¿Quién es ésta?

Señaló con un dedo de Amanda, quien procedió a hacer una reverencia.

—Creo, Isabel— dijo *Lord* Ravenscar con expresión astuta—, que ya te has enterado de que la señorita Burke me ha hecho el honor de prometerme casamiento.

—¡Es cierto, entonces!— exclamó *Lady* Isabel—. ¿Y te imaginas, Hugo, que puedes hacer eso?

—Hasta donde puedo darme cuenta, no hay nadie que me lo impida— contestó él.

—Exageras tu propio poder— repuso ella—. ¡Yo te lo impediré!

—Aunque eres una mujer deliciosa, Isabel y aunque siempre he estado muy encariñado contigo, me reservo el derecho de casarme cuando y con quien yo decida.

Los labios de *Lady* Isabel se curvaron en un rictus de helado desprecio.

—¿Así que has escogido a esta miserable muchachita campesina?— murmuró—. ¿Por qué razón? ¿Qué poder tiene sobre ti? ¡Caramba, Hugo! No había la menor razón para que ofrecieras Matrimonio a una mujer de esa condición.

Con el rostro encendido, Amanda se volvió para dirigirse a la puerta, pero *Lady* Isabel se lo impidió, enfrentándola.

—¿Adónde va?— preguntó.

—Creo, señora, que es innecesario que me quede a escuchar sus insultos — contestó Amanda en una voz temblorosa a pesar de la dignidad que deseaba trasmitir.

—¡Yo quiero que los oiga!— exclamó *Lady* Isabel—. Quiero que sepa, de una vez por todas, que *Lord* Ravenscar y yo teníamos un entendimiento que, él no puede pasar por alto. Todo Londres espera que anunciemos nuestro compromiso esta temporada. La ciudad entera sabe que yo escogí la decoración de esta casa y que él y yo hemos sido inseparables en los últimos seis meses. El Príncipe mismo me preguntó la semana pasada cuándo sería nuestra boda.

—Como hombre que soy, tengo el derecho de proponerle matrimonio a quien yo quiera— exclamó *Lord* Ravenscar.

—¿Proponer matrimonio tú— dijo *Lady* Isabel en tono despreciativo—. ¿Crees que una proposición de matrimonio saldría bien de tus labios, Hugo? Tú tomas lo que se te antoja. Por alguna razón que no descubro en estos momentos, quieres a esta jovencita. No puede ser sólo lujuria. Si lo fuera, no habría necesidad de matrimonio. ¿Qué es? ¡Dímelo!

Estaba blanca de ira y Amanda la observó con una combinación de angustia y fascinación. Nunca en su vida había visto a una mujer tan hermosa. Nunca había visto, tampoco, a una mujer tan iracunda.

—No puedes hacer nada en mi contra— contestó Lord Ravenscar.

—Puedo y no haré— rugió *Lady* Isabel—. Pagarás por esto, Hugo, y a final de cuentas regresarás a mí arrastrándote.

Se volvió hacia Amanda y continuó diciendo:

—En cuanto a esta esmirriada y anémica lecherita, la haré elhazmerreír de St. James. Para empezar, no será aceptada por ninguna persona decente, cuando todos sepan que está aquí, bajo tú mismo techo.

—Creo que en ese sentido se ha olvidado usted de mí—dijo una voz desde el umbral.

Todos se volvieron con sorpresa hacia la puerta que ahora cruzaba *Lady* Standon, cuyo sobrio traje negro contrastaba en forma extraña con la elegancia colorida de *Lady* Isabel.

—¿Y quién es ésta?— preguntó *Lady* Isabel.

—¿Me permites presentarte a mi hermana, Charlotte, Condesa de Standon?— preguntó *Lord* Ravenscar—. Te aseguro, Isabel, que se están siguiendo todos los convencionalismos. Amanda está bajo su protección y cuidado.

—Tú piensas en todo, ¿verdad, Hugo?— recriminó ella, con ojos relampagueantes—. Bueno, te dejo con el cuervo negro y la palomita blanca. Supongo que las agregarás a tu colección de aves raras.

Se volvió dándole la espalda a *Lord* Ravenscar, miró a *Lady* Standon de arriba a abajo con insolencia y entonces, con los ojos fijos en Amanda, dijo con voz autoritaria:

—Regrese al campo, Jovencita, que es el lugar al que pertenece. Había tanto odio y veneno en su voz que Amanda retrocedió en forma instintiva, para dejar pasar a *Lady* Isabel.

Para sorpresa de Amanda, *Lord* Ravenscar estaba visiblemente alterado por la entrevista. Sacó su pañuelo, se enjugó la frente y luego se volvió irritado hacia su hermana:

—Ten siempre a Amanda contigo. Si ella no hubiera estado aquí, esto no habría ocurrido.

Se marchó y Amanda, con un suspiro de profundo alivio, se volvió a *Lady* Standon.

—Gracias— dijo—, no me imagino qué habría sucedido, si no llega usted.

—Así que ésa es la notoria *Lady* Isabel— murmuró *Lady* Standon con aire reflexivo.

—Es muy hermosa— comentó Amanda.

—Y muy perversa— añadió *Lady* Standon—. Me asombra que mi hermano se atreva a desafiarla.

A Amanda también le asombraba eso, y reconoció que aquella mujer le infundía miedo. Comprendió con desaliento, que crecía el número de personas a las que tenía, *Lady* Isabel, *Lord* Ravenscar y aún *Lady* Standon, aunque ésta parecía suavizarse con ella poco a poco.

Esa noche, Amanda permaneció despierta en su cama pensando en todo lo que había sucedido, tratando de unir las piezas de lo que parecía un rompecabezas, para ver cuál era lo que a final de cuentas resultaría. Pero todo le parecía confuso aún.

Sólo se había sentido muy aliviada cuando el mayordomo les entregara un mensaje diciendo que *Lord* Ravenscar, cenaría en la Casa Carlton .

Lady Standon al saberlo, había dicho que se sentía muy fatigada y prefería tomar una cena ligera, en su propio dormitorio. Amanda había decidido hacer lo mismo que ella y al terminar de cenar en la paz de su alcoba también se sintió cansada. Pero aún acostada no pudo conciliar el sueño y pasó varias horas meditando en todo lo sucedido y pensando en Peter.

Cuando *Lady* Standon y ella empezaron a comprar su ajuar de novia, al día siguiente, Amanda descubrió que sólo podía pensar en una cosa… ¿le gustaría a Peter cuando la viera vestida así?

Había vestidos de gasa y de raso de muselina salpicada con flores diminutas, sedas y terciopelos, de todos los colores, cintas, zapatos, guantes, sombreros, chales, abanicos y bolsos de mano.

Mucho antes de adquirir siquiera la mitad de las cosas que *Lady* Standon consideraba necesarias, la mente de Amanda había perdido la noción de la incalculable lista de accesorios que tenían comprado. Le parecía fantástico poder gastar dinero en esa forma, cuando antes sólo podía comprarse un vestido a la vez, y de la tela más barata que fuera posible encontrar.

Ordenaron vestido tras vestido, cada uno más costoso que el anterior. Cuando por fin regresaron a la *Plaza Grosvenor,* encontraron que muchas

de sus compras ya habían llegado.

Lady Standon entró en su dormitorio, y después de un momento de vacilación, Amanda la siguió.

—Qué quieres?— preguntó, mientras contemplaba su imagen reflejada en el espejo de su tocador.

—Quería darle las gracias— respondió Amanda—. Estoy, de veras, muy agradecida por su generosidad, aunque siento que ha gastado mucho más de lo necesario.

—No necesitas agradecerme nada, querida— contestó *Lady* Standon.

—No quiero que usted me considere desagradecida. No lo soy. Lo que pasa es que quisiera… — se detuvo de pronto.

—Aunque no te atrevas a decírmelo, sé que quisieras tener la ilusión de usar todas esas cosas, verdad.

Amanda desvió la vista.

—Por supuesto que me encantará ponerme tantas cosas bellas— dijo en un tono inexpresivo.

—Pero no para deleite de mi hermano— insistió *Lady* Standon.

—No he dicho tal cosa— exclamó Amanda.

—No, yo fui quien lo dije. ¿Supones que no he observado tu rostro cuando estás con él? ¿Crees que puedes disimular tus sentimientos hacia él? Amanda, no seas tonta. Huye de aquí antes que sea demasiado tarde. Haz lo que sugirió *Lady* Isabel y vuelve al campo. Serás más feliz allí, mucho, mucho más feliz de lo que podrías ser nunca aquí.

Lady Standon hablaba con pasión. Sus ojos miraron a Amanda con simpatía y bondad por primera vez desde que la conociera. Amanda volvió la cabeza.

—No puedo— murmuró—, y tampoco puedo explicarle porqué, tengo que seguir adelante con esto. Es demasiado tarde para hacer otra cosa.

Lady Standon se sentó frente al espejo.

—Mírame— ordenó—. Mírame en este espejo. ¿Qué ves?

Amanda no contestó y ella continuó diciendo:

—Te diré lo que ves… una mujer envejecida de manera prematura. Una mujer a quien le arrebataron su juventud, su alegría de vivir, su felicidad, su amor… una mujer degradada y miserable. Ojalá hubiera dejado de sentir…

esperaba volverme inmune a todo. Pero no es verdad. Hoy he revivido todas las cosas que creía muertas y olvidadas…

Su voz se quebró y las lágrimas contenidas en sus ojos descendieron por sus pálidas mejillas. Amanda, siempre conmovida por el sufrimiento ajeno, corrió a arrodillarse a los pies de *Lady* Standon, para tomar entre sus manos las de ella.

—Debe usted ser muy desdichada— dijo—. Oh, por favor, ¿no la puedo ayudar de alguna forma?

—Ninguna de las dos podemos ayudarnos, Amanda. Pero mírame y piensa en lo que estás haciendo, antes que cambies como yo. Una vez fui joven y el mundo me parecía lleno de belleza y excitación. Ahora sólo hay oscuridad, soledad y fealdad.

—Pero… ¿Por qué? ¿Por qué?

Lady Standon bajó la vista hacia Amanda.

—Porque obedecí las órdenes de mi hermano. Porque fui obligada a casarme con un hombre al que no amaba. No, eso no es decir la verdad… a un hombre al que odiaba y al que despreciaba. Si sólo pudiera relatarte la degradación que fueron para mí esos años a su lado, comprenderías.

—Pero, ¿por qué tuvo que casarse con él?— preguntó Amanda.

—Porque mi hermano insistió y porque alejó de mí para siempre al hombre amado, al único hombre que amaré siempre.

—¿Lo alejó? ¿Y qué ha sido de él?

—No lo sé. Antes solía preguntarme con desesperación qué le habría sucedido… solía pasar las noches en vela, imaginándolo muerto, o herido en algún país remoto. Pero, ¿qué sentido tenía? Ya estaba casada, por órdenes de mi hermano, con el Conde de Standon. Un matrimonio brillante, según él, para una chiquilla de diecisiete años. Era un hombre de grandes propiedades y enormes riquezas… pero tan perverso y hundido en la ignominia, que me asombra que mi cabello no se haya emblanquecido por completo.

Lanzó un suspiro sollozante.

—Le rogaba a Dios morir— continúo—. Pero Él no escuchó mis plegarias y continué viviendo… para convertirme en lo que soy… una mujer marchita y seca.

—Pero, no debe hablar así, no debe hacerlo— protestó Amanda—. Todavía es usted joven. Todavía tiene muchos años por delante…

—¿Para qué?— preguntó *Lady* Standon—. ¿Para vivir con mi suegra, una mujer de más de ochenta años, quisquillosa y desagradable? ¿Crees tú que tengo amigos? ¡Por supuesto que no! La gente decente me rehúye sólo porque llevo su nombre. Y sus amigos a los que siempre agasajó regiamente no se vuelve siquiera a mirarme, ahora que él ha muerto. Lo cual, después de todo, me agrada.

Se enjugó las lágrimas y añadió con amargura.

—Una vez anhelé tener hijos. Pero ahora me alegro que el Título y la familia desaparezcan. Tal vez con el tiempo la gente llegue a olvidar la maldad que representaron.

—Oh, lo siento tanto por usted. Si sólo pudiera ayudarla.. .

—Nadie puede hacerlo. Pero, ¿no comprendes? ¿No te das cuenta de por qué te estoy confiando esto? Mi esposo y mi hermano eran grandes amigos.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron y Amanda se puso de pie, un poco temblorosa.

—Gracias por decírmelo— dijo con aire desolado—. Pero no hay nada que yo pueda cambiar… nada.

Sintió que la recorría un repentino escalofrío y sus manos temblaban cuando añadió a toda prisa:

—Por qué no me dice un poco más del hombre que usted amó? ¿Cómo logró *Lord* Ravenscar alejarlo de usted?

—El Capitán Graham Munro estaba en el Regimiento de Fusileros Reales— dijo *Lady* Standon con voz inexpresiva—. Y Hugo tenía influencias. Hizo que el Batallón de Graham fuera enviado al extranjero. Hugo hasta impidió que nos despidiéramos. Él lo vio y le dijo que yo me casaría con el Conde de Standon. Confiscó todas nuestras cartas… las mías a Graham y las de él a mí.

Se cubrió los ojos con las manos.

—Sólo con posterioridad a lo sucedido me enteré de todo por mi doncella. Tú no sabes las agonías por las que pasé… esperando, aguardando una carta que nunca llegó. Cuando supe la verdad, era demasiado tarde. Para entonces estaba casada y no había nada que pudiera hacer.

—¿Nunca trató de averiguar dónde estaba él?

—¿Cómo hubiera podido lograrlo? Además, me sentía avergonzada de que él pudiera saber la clase de vida que llevaba.

—¿Por qué fue tan cruel su hermano? ¿Es que usted no le importaba?

—Hugo no ha amado a nadie más que a sí mismo, y nadie más le importa. Su amigo me deseaba. Recuerdo los ojos de *Lord* Standon ahora, aquel primer día en que me vio. Fue en el Castillo y yo había bajado a saludar a los amigos de Hugo que acababan de llegar de Londres. Alguien debía haberme advertido. Debí haber huido, me debí haber encerrado en mi dormitorio, diciendo que estaba enferma. Pero tal vez aun así era demasiado tarde.

—Ahora está usted libre— exclamó Amanda.

—Pero, tal vez Graham haya muerto— regreso *Lady* Standon con una voz transformada—. ¿Y crees que permitiría que me viera como estoy? Por otra parte, tal vez se haya casado y tenga familia. No soportaría enterarme de eso. No, algunas cosas deben quedar enterradas en el pasado, para siempre.

Se levantó del banquillo del tocador al ver que entraba el ama de llaves, anunciando que habían llegado cajas con vestidos para ambas. *Lady* Standon ordenó que fueran subidos y Amanda se dirigió a su habitación, sintiéndose más deprimida que nunca.

Ni siquiera la posibilidad de ir esa noche a la Casa Carlton y conocer al Príncipe de Gales la animaba y habría cambiado toda la temporada social que la esperaba por unos minutos en el *Templo* con Peter.

No obstante, cuando estuvo vestida para la fiesta un par de horas después, no pudo evitar el sentirse conforme y emocionada con su apariencia. Había seleccionado un hermoso vestido de satén blanco bordado con ramilletes de no-me-olvides. Había una guirnalda de *no-me-olvides* para su cabello rubio y zapatos de raso blanco, con hebillas de pedrería, para sus pies.

El vestido ceñía a la perfección su figura y aunque acentuaba su juventud, le daba un aire de elegancia y distinción inimitables.

Se dirigió a la habitación de *Lady* Standon, para descubrir que una transformación muy parecida se había realizado en ella. Los pesados

ropajes negros habían desaparecido y en su lugar *Lady* Standon llevaba un vestido de un tono muy suave de gris paloma, con cintas de color malva pálido, con una estola forrada del mismo tono para cubrir con elegancia sus hombros y brazos.

Pero lo que era sorprendente era que al descartar el luto, *Lady* Standon había descartado también muchos años de edad. Parecía mucho, más joven. Por el momento hasta se veía más feliz y un poco más animada.

—¡Se ve usted preciosa!— exclamó Amanda.

—Es un lindo vestido, en realidad— reconoció *Lady* Standon sin mucho entusiasmo—. Y el tuyo, querida mía, es encantador. Causarás verdadera admiración en la Casa Carlton, sin importar los presentes.

Ambas mujeres sabían que se estaban refiriendo a *Lady* Isabel, pero el nombre no fue mencionado y cuando un lacayo les anunció que *Lord* Ravenscar las esperaba, cruzaron el pasillo hacia el salón donde se reunían los invitados que asistirían con ellos, a la Casa Carlton.

Todas las velas de los candelabros estaban encendidas. La habitación olía a flores de invernadero. Amanda tuvo una repentina visión de damas enjoyadas y de hombres con pantalones a la rodilla.

De pronto, *Lord* Ravenscar estuvo a su lado, con sus ojos recorriéndola de arriba a abajo, examinando todo, su nuevo vestido, la blancura de su piel, el arreglo de su cabello, la forma en que sus pestañas oscuras bajaban ante su insistente mirada. Sintió que los labios de él se acercaban candentes a su mano.

—Eres deseable a un grado enloquecedor.

Le habló en voz baja, casi al oído. Sin darse cuenta de lo que hacía, ella se alejó de él precipitadamente.

—¿Todavía me tienes miedo?

Sus palabras eran hirientes, Amanda sabía que se estaba burlando. Por eso no contestó y después de un silencio *Lord* Ravenscar agregó:

—Antes que te presente a mis amigos, que están, por supuesto, ansiosos de conocerte, tengo noticias para ti.

—¿Noticias?

Amanda se puso rígida al hacer la pregunta. Aunque se había retirado de él todo lo posible,*Lord* Ravenscar retenía su mano, sintiendo como ella

temblaba.

—Sí, noticias— contestó, con sus ojos observándola como un gato observa a un ratón antes de darle un zarpazo—. Sé que te interesará saber que el fugitivo que escapó de los *Dragones* de Su Majestad ha sido aprehendido.

—¿Le… dieron alcance?— preguntó Amanda.

Era como si por un momento las luces se apagaran y la oscuridad la invadiera.

—Sí, le dieron alcance— afirmó *Lord* Ravenscar todavía con los ojos clavados en ella—. Pero, por desgracia, no pudieron descubrir mucho sobre él. ¿Sabes? Como se resistió al arresto… ¡lo mataron!

CAPÍTULO IXX

Amanda, permaneció sentada, en un estado de aturdimiento total, durante toda la cena. Miró sin ver los grandes adornos de oro macizo que cubrían la mesa, las orquídeas que rodeaban los candelabros cargados de velas. Comió, sin sentir sabores y bebió los vinos servidos en copas de cristal con los monogramas grabados.

No tuvo ni siquiera idea de quién se sentaba a su derecha o a su izquierda. Debe haber sonreído y fingido que participaba en la conversación, porque los caballeros parecían muy satisfechos con ella. Tenía una idea vaga de que le habían dirigido diversos cumplidos.

Pero todo lo que ella podía ver en realidad era una figura inmóvil, en el piso, con un balazo en la espalda, y un caballo galopando sin jinete.

«¡Peter! ¡Peter!» le gritaba en una agonía de desolación y comprendió que ahora su amor, que salía volando de su corazón, no encontraría jamás el nido dónde detenerse.

Sólo una cosa llamó su atención mientras estaba todavía bajo el techo de *Lord* Ravenscar. En el salón en el que se habían reunido antes de pasar a cenar había, en un extremo, una gran pajarera, construida entre los grandes ventanales estilo francés y el pequeño jardín, pavimentado y rodeado de estatuas. Estaba llena de todos los tipos imaginables de aves, desde modestos gorriones hasta bellas garzas y pavos reales.

El ver la pajarera sólo intensificó su dolor al recordar que Peter había dicho que su amor tenía alas. Su amor había quedado, como todas esas pobres criaturas, preso para siempre.

—¿En qué está pensando, preciosa?— le preguntó un caballero al pasar junto a ella.

—Estaba pensando en la muerte— contestó ella y se alejó, dejando al hombre mirándola estupefacto.

Tuvo la vaga impresión de que los caballeros al despedirse para subir a los carruajes, llevaban ya demasiado vino y muchas de las damas hablaban con voces en extremo chillonas.

Pero no le importaba nada de lo que había a su alrededor. Sólo sabía que su mundo privado era ahora desolado y vacío, un desierto en el que no creía flor ninguna, ni ningún pájaro cantaba.

Los carruajes se detuvieron frente al gran pórtico de estilo corintio y de columnas jónicas de la Casa Cariton. Una gran muchedumbre se había reunido afuera para ver llegar a los invitados del Príncipe.

Atontada y llena de desventura, Amanda se conducía como una autómata. No le importó estar en la Casa Carlton, ni se preocupó cómo describiría a Harriet el gran vestíbulo y la enorme escalera, o el salón de recepciones decorado con sedas chinas de color amarillo y amueblado al estilo oriental.

—Debo pedir al Príncipe autorización para presentarte a él— le dijo *Lord* Ravenscar al oído, pero ni eso logró despertar interés alguno en ella.

Pudo ver al Príncipe en un extremo del salón y sufrió una momentánea desilusión. Esperaba que fuera apuesto y aguerrido, el Príncipe de los *Cuentos de Hadas*. Al menos, esa impresión le habían dado los rumores que corrían sobre sus múltiples idilios, que habían desembocado en la señora Fitzherbert, de quien se decía estaba tan enamorado que hasta le había propuesto matrimonio.

¡Ahora tenía cuarenta y tres años, pero representaba cincuenta y tres! A pesar de sus mejillas empolvadas y sus rizos juveniles, el exceso de peso lo afectaba visiblemente.

Era evidente, por la forma en que se movía, que llevaba puesto un *corset,* aunque no lograba disimular del todo su voluminoso abdomen.

Como en un sueño, vio regresar a *Lord* Ravenscar a su lado, diciendo que el Príncipe los recibiría. En cualquiera otra ocasión, Amanda se habría sentido dominada por los nervios y la timidez. Pero en esos momentos le resultaba lo mismo hablar con el Príncipe de Gales o con un simple Barrendero.

Lord Ravenscar la condujo frente al Príncipe.

—¿Me permite, Señor, presentarle a la señorita Amanda Burke, que me ha hecho el honor de prometerme casarse conmigo?

Amanda hizo una profunda reverencia.

—¡Una niña! ¡Pero si es casi una niña, Ravenscar!— oyó exclamar al Príncipe—. ¡Al mismo tiempo, es una verdadera ninfa! No esperaba que tuvieras gustos tan simples.

—Su Alteza me ha juzgado mal— contestó *Lord* Ravenscar, muy risueño.

—Tú te propones algo— observó el Príncipe con expresión maliciosa—. Te conozco y exijo que confíes en mí. Vamos, no guardes secretos para tu viejo amigo.

—El secreto es muy sencillo— contestó *Lord* Ravenscar—. Me ha atacado un mal del que Su Alteza Real ha sufrido con frecuencia. Un flechazo de *Cupido* me ha alcanzado.

El Príncipe casi se dobló de risa.

—¡Vaya que dices cosas graciosas!— exclamó—. Mira que te haya atacado a ti, Ravenscar… pero no te culpo, no te culpo en modo alguno. Es encantadora, en verdad deliciosa.

Dio golpecitos a Amanda en el hombro y se volvió a hablar con alguien que estaba tratando de llamar su atención.

Amanda vio que *Lord* Ravenscar se mostraba satisfecho.

A su alrededor advertía muchas miradas curiosas. Eran inconfundible los celos, que revelaba la expresión de algunas de las mujeres o la desconfianza de sus ojos. Había también ciertas expresiones peculiares, cuyo significado prefería no averiguar.

Entonces, por primera vez, sintió que la invadía la timidez. Bajó la vista ante la multitud de rostros extraños, pero no antes de ver un rostro que le era familiar. Era un hermoso rostro de ojos oscuros que la miraba a través de aquel mar de joyas, plumas y ropas espléndidas.

Pensó en ese momento que nunca antes había creído que una mujer fuera capaz de mirar a otra con tal expresión de odio. Había tanta ira, tan cruel deseo de venganza en Lady Isabel, que Amanda se dirigió junto a *Lady* Standon, como si necesitara protección.

Para sorpresa suya, encontró a *Lady* Standon rodeada de numerosos viejos amigos de ambos sexos.

—¿En dónde has estado?

—¿Por qué no te hemos visto?

—¿Qué estás haciendo en Londres?

El aire de infelicidad, indiferencia de *Lady* Standon parecía haber desaparecido un poco y había un leve brillo en sus ojos, cuando se dio cuenta de que, después de todos estos años, no había sido olvidada.

Antes que Amanda lograra atraer la atención de *Lady* Standon, *Lord* Ravenscar estaba a su lado de nuevo.

—Quiero que conozcas a mis amigos— dijo, y la presentó a un considerable número de personas. Amanda sentía que la forma en que lo hacía semejaba a un granjero mostrando a sus amigas un becerro premiado.

Sólo una persona le resultó de interés a Amanda. Era un joven delgado, de nariz muy larga, que llevaba puesta una sombría chaqueta gris, sin ninguno de los adornos o condecoraciones de los demás caballeros.

—¿Quién es él?— preguntó con curiosidad, Amanda a *Lord* Ravenscar —. No alcancé a escuchar su nombre.

—Es *sir* Arthur Wellesley— contestó él—. Es un soldado y es un hombre que no tiene el menor interés para nosotros.

A Amanda no le había pasado por alto la expresión de desprecio, casi de disgusto, con que *sir* Arthur Wellesley había respondido al saludo de *Lord* Ravenscar. En realidad, no se hubieran hablado, de no ser por una dama, que conversaba con él y que vestida y pintada con exageración, había extendido las manos hacia *Lord* Ravenscar con una exclamación de placer también exagerado.

Lord Ravenscar se quedó conversando con una persona y, obedeciendo a un impulso repentino, Amanda cruzó la habitación, hacia donde *sir* Arthur se hallaba.

—Señor, necesito su ayuda— dijo Amanda, con visible nerviosidad.

—Estoy a sus órdenes, señorita— contestó él con una indiferencia que hubiera frenado hasta la persona más audaz.

—Soy Amanda Burke— dijo ella, segura de que él no le había prestado atención antes—, y acabo de ser presentada a usted por *Lord* Ravenscar.

El inclinó la cabeza, pero no dijo nada. A pesar de su ceño fruncido y de su aire severo, había en él una expresión de integridad, que contrastaba con los hombres presentes.

—Tengo un gran interés, señor— continuó ella—, en saber si un Oficial llamado Graham Munro vive todavía.

—¿Graham Munro?— repitió Arthur.

—Sí. Todo lo que sé de él es que sirvió en los Fusileros Reales en… bueno, no estoy segura del año, pero hace aproximadamente quince años.

—¿Era entonces Corneta?— preguntó sir Arthur.

—Me temo que no lo sé— contestó Amanda—. Fue enviado al extranjero y entonces no se supo más de él. Si usted pudiera informarme algo. .

—Investigaré sobre su paradero, por supuesto— contestó sir Arthur—, y será informada oportunamente.

Le habló como si ella fuera un soldado bajo su mando. Después de expresarle su agradecimiento, Amanda hizo una reverencia y se alejó.

Tal vez había hecho una solicitud ridícula, pero la tragedia de *Lady* Standon había despertado su más profunda simpatía y estaba decidida a tratar de ayudarla.

Tal vez había alguna posibilidad de que aquellos dos enamorados, separados en forma tan trágica, pudieran ser reunidos de algún modo. Para ella ya no había tal probabilidad.

Empezó a caminar de un lado a otro, tratando de interesarse en los numerosos objetos de arte que había en aquella casa fabulosa. A su alrededor la gente conversaba y reía, sin prestarle ninguna atención. Llegó a sentirse un fantasma que deambulaba entre los vivos y deseó estar muerta, para que sólo su espíritu vagara por ahí.

—Perdóneme, señorita— dijo una voz respetuosa, de pronto. Ella se volvió y se encontró que uno de los lacayos de librea real estaba a su lado.

—¿Es usted la señorita Burke?— le preguntó.

—Ese es mi nombre— contestó Amanda.

—Tengo un mensaje para usted— dijo el lacayo—. Milady Standon se siente mal. Dice que debe usted reunirse con ella ahora mismo. Hay un carruaje esperándola en la puerta del frente.

—¡Qué pena! Sí, por supuesto, claro que voy con ella ahora mismo— exclamó Amanda.

—Si me permite, yo le indicaré el camino.

—Sí, por favor— accedió Amanda, que no tenía idea de cómo llegar a la puerta del frente.

El lacayo se adelantó y ella lo siguió. En unos segundos se encontró en el vestíbulo de entrada. Otro lacayo le trajo su abrigo. Se lo puso sobre los hombros y bajó a toda prisa la escalinata, al pie de ésta, esperaba el carruaje.

Amanda subió a él, la puerta se cerró tras ella y un lacayo saltó al pescante. El carruaje se puso en movimiento y Amanda se apoyó en el respaldo acojinado, pensando en la pobre *Lady* Standon. Había sido demasiado para su frágil espíritu todas las agitaciones de los últimos días.

«Seré bondadosa con ella» decidió Amanda, «trataré de hacerla olvidar todo lo que ha sucedido».

Pensando en la tragedia de *Lady* Standon recordó la suya propia. Se llevó las manos al rostro, hundida en la más profunda desolación. Ni siquiera había lágrimas en sus ojos.

¡Peter estaba muerto y para ella no había ya la menor esperanza de salvación! El honor la obligaba a casarse con *Lord* Ravenscar y ahora se daba cuenta de la inutilidad de su sacrificio.

Con severidad, volvió su atención hacia *Lady* Standon. En esos momentos debía pensar en la pobre mujer y no en ella misma. Más tarde, en la oscuridad de la noche, en la negrura profunda de muchas, muchas noches, tendría tiempo para pensar en Peter, para llorar por él.

Para distraerse, se inclinó, tratando de mirar por la ventanilla. El carruaje corría rápido. Iban por una calle llena de comercios y de pronto dieron la vuelta por una callecita bastante angosta y sombría.

De pronto los caballos se detuvieron. Amanda se asomó. Se habían detenido ante una casa, pero no era la de *Lord* Ravenscar. Era baja y nada impresionante; había luz en todas las ventanas y se escuchaba el sonido de música muy alegre.

La puerta del carruaje fue abierta por un hombre de librea, pero con un aspecto que hizo comprender a Amanda que no era el de un sirviente de

Casa Noble.

—Creo que hay un error— dijo ella—. Busco a *Lady* Standon. Esperaba que me llevaran a la Casa de *Lord* Ravenscar.

—¿Es usted la señorita Burke?— preguntó el hombre.

—Sí, ése es mi nombre.

—La esperan. Baje— dijo.

Había algo casi insolente en la actitud del individuo, pero Amanda no pudo hacer otra cosa más que obedecerlo. Era un lugar algo extraño para que hubieran llevado hasta allí a *Lady* Standon, tal vez era la casa de una amiga y ella habría preferido ir ahí que a la casa de su hermano.

El vestíbulo de entrada estaba pintado de alegres colores, con extraños cuadros en las paredes. Con una rápida mirada desde la puerta que daba a una amplia habitación llena de gente, le pareció, ver mesas de juego, con gente sentada alrededor de ellas.

El lacayo empezó a subir una escalera y ella lo siguió. Un hombre y una mujer venían bajando. Él era sin duda alguna un caballero vestido a la última moda, aunque con la corbata un poco arrugada y el rostro encendido por exceso de vino. Pero la mujer era extraordinaria. Llevaba el rostro pintarrajeado y vestía en una forma tan indecente que hizo que Amanda desviara la vista con cierto pudor.

—¿Quién es ésa? —oyó preguntar al hombre cuando pasaron junto a ella en la escalera.

—Oh, otra novicia para la Abadesa, supongo —contestó la mujer y la risa de la pareja siguió a Amanda escalera arriba.

—¿Qué estaba haciendo *Lady* Standon en aquel extraño lugar? Sin embargo, no se atrevió a preguntar nada más al lacayo insolente. Se concretó a seguirlo por donde la conducía.

Una puerta se abrió de pronto y apareció una mujer. Era de edad madura, casi una vieja; pero tenía el cabello teñido y sus pestañas ennegrecidas por el rímel.

Su boca gruesa estaba pintada de rojo y el escote de su traje de noche era más bajo que el umbral de la decencia. Tenía, pensó Amanda, un aire de áspera vulgaridad.

—Aquí está, "Ma"— dijo el lacayo con aire muy alegre. La mujer madura se volvió hacia él.

—No me digas "Ma", tú, asno irrespetuoso… si vuelves a hacerlo te encontrarás mañana de patitas en la calle… y sin referencias.

—¿Adónde me llevaría una referencia de aquí?— preguntó el hombre con una sonrisa cínica.

Ella hizo un gesto amenazador, medio en serio y medio en broma, mientras el hombre se alejaba riendo. Amanda miró perpleja de uno a otro. Con un gran esfuerzo, hizo una leve reverencia a la mujer.

—Perdone, señora— dijo—, pero me informaron que la Condesa de Standon estaba aquí. ¿Se trata de algún error, tal vez?

—No, queridita, no es ningún error— contestó la mujer, mirándola de arriba a abajo con evidente vulgaridad—. Sube conmigo.

Caminó delante de ella, revelando a Amanda que su traje era prácticamente transparente y que había sido puesto con tanta precipitación que varios de los ganchos de la espalda estaban insertados en los lugares equivocados.

—¿Por qué está *Lady* Standon aquí?— preguntó Amanda, pero la mujer que iba delante de ella no contestó y consideró descortés insistir.

En el piso de arriba la mujer sacó una llave muy grande del bolsillo para abrir una puerta que estaba a la mitad del pasillo. Amanda la siguió, pero no vio señales de *Lady* Standon. Había una muchacha sentada en un sillón. Tenía puesta una sucia bata adornada con volantes rotos y de la expresión de su rostro pálido Amanda decidió que debía estar enferma.

—Hola, Rosie— dijo la mujer.

—¿Qué quieres, "Ma"?— preguntó la muchacha—. Me estoy sintiendo muy mal. No tiene caso que traigas a nadie aquí.

—Está bien, Rosie— contestó la mujer—. Te dije que podías tomarte la noche libre. Pero no tengo dónde ponerla—indicó con un pulgar a Amanda.

—Perdóneme— dijo Amanda con firmeza—, pero no entiendo lo que sucede aquí. Me dijeron que *Lady* Standon estaba aquí y quiero verla ahora mismo.

—Mira, Rosie, dile lo que puede esperar— dijo la mujer—. No tengo tiempo para escenitas. Está ya lleno abajo y habrá todavía más clientela

cuando salgan de la Casa Carlton.

—¿Qué sucede?— preguntó Amanda enfadada—. ¿En dónde está *Lady* Standon?

La mujer .se encogió de hombros y se volvió hacia la muchacha.

—¿Lo ves? Cuando me las mandan así, yo digo que necesitamos tiempo. Pero milady insistió mucho en que fuera esta misma noche y así tuvo que ser. No rehuyas la verdad y dísela con toda franqueza, Rosie. No tenemos tiempo para juegos de niñas en estos días.

Mientras Amanda la miraba boquiabierta, la mujer la empujó a un lado y antes que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, había salido de la habitación, cerrando la puerta con brusquedad tras ella. Amanda oyó cómo la llave giraba dentro de la cerradura.

Con pánico repentino, corrió hacia la puerta y sacudió con toda sus fuerzas el picaporte.

—¿Qué está haciendo? ¿Por qué me deja aquí?— gritó—. Déjeme salir. ¡Auxilio!

Tiró de la puerta, la golpeó, pero aun haciéndolo comprendió la inutilidad de sus esfuerzos.

—No vale la pena que hagas eso— dijo Rosie, desde su sillón—. Es más fácil todo, si no haces bulla. Ellos siempre salen ganando.

—¿Qué significa todo esto?— preguntó Amanda.

Estaba en verdad asustada, aunque comprendió que no había nada que temer de aquella muchacha pálida, de aire miserable, y enfermizo. Se acercó a ella.

—Por favor, explíqueme lo que está sucediendo, es que no lo entiendo— suplicó—, me aseguraron en la Casa Carlton que *Lady* Standon estaba aquí.

—¿Estabas en la Casa Carlton? ¡Vaya que anda volando alto ahora! Cualquier día de éstos se va a encontrar en serias dificultades.

—¿Quién?— preguntó Amanda.

—"Ma", por supuesto.

—¿Qué tiene ella que ver en esto? ¿Está *Lady* Standon aquí? ¿Está enferma?

—No, por supuesto que no está— contestó Rosie—. Eso fue una trampa, para hacerte venir aquí.

—¡Una trampa! —repitió Amanda—. ¿Por qué? ¿Para qué?

Rosie la miró como si pensara que estaba fingiendo no comprender. Entonces, al descubrir la inocencia del rostro de Amanda, lanzó un leve suspiro.

—Yo era como tú hace cuatro años— dijo—. Me dijeron que tenían un puesto magnífico para mí. Que sería doncella personal de una dama de la nobleza. Estaba muy emocionada, hasta que llegué aquí. No me llevó mucho tiempo comprender que no iba a ver a ninguna dama… pero sí, en cambio, a muchos caballeros.

—Yo… no entiendo todavía— dijo Amanda—. ¿Podría explicarme qué es con exactitud este lugar?

Rosie se lo dijo y después de lanzar un grito ahogado, de horror y asombro, Amanda guardó silencio. Empezó a palidecer, más y más, hasta que Rosie la guió hasta una silla cercana a su Sillón.

—No te preocupes— dijo con voz tranquilizadora—. Te acostumbrarás a esto, después de algún tiempo. Es horrible al principio. Recuerdo que yo lloraba como una Magdalena cuando estaba a solas… que no era con mucha frecuencia. Pero acabas por acostumbrarte.

—Pero… yo no… quiero decir… no podría imaginarme que me pasara esto— balbuceó por fin Amanda—, pero… ¿quién pudo… haberme hecho… esto? Esa mujer mencionó a alguien, refiriéndose a milady…

—No sé muy bien— contestó Rosie—. Por supuesto que aquí no vienen damas verdaderas, puedes estar segura de eso. Pero hay una de la que madame, habla mucho… una de esas mujeres que nacieron en buena cuna, pero que nos hacen la competencia nada más que a lo grande. ¿Cómo se llama? Déjame pensar… creo que *Lady* Irene… no, *Lady* Isabel o algo así.

—¡*Lady* Isabel!— exclamó Amanda y de pronto lo comprendió todo.

—Sí, ése es el nombre… *Lady* Isabel— afirmó Rosie—. Lo recuerdo bien.

—¡Pero, no puede hacerme esto a mí! ¿Como ha podido? ¡No puede!— protestó Amanda—. Debo hablar con alguien. Tienen que dejarme ir…

—Mira, nena— le advirtió Rosie—, no tienes la menor posibilidad de escapar. Nadie escapa de aquí. Una vez adentro, no puedes huir. Si lo

intentas, lo único que sacas es una buena paliza.

Amanda se sintió estremecer.

—No se atreverían.

Rosie se echó a reír.

—Dile eso a "Ma", cuando venga por aquí con su látigo. Oh, lo hace todo con gran habilidad… no deja muchas marcas que arruinarían tu aspecto y resistencia… pero duele mucho y sigue doliendo.

Amanda ocultó el rostro entre las manos y después de un momento Rosie continuó:

—Y tiene otros métodos peores que el látigo para dominarte. Te da a beber algo, No sé qué es, pero después de tomarlo, no puedes negarte a hacer lo que te ordene. Tu cerebro no parece funcionar. Haces todo lo que te mandan. Así que mejor cede desde un principio y saca el mejor partido que puedas a la situación.

—No puedo creer… que esto… me esté… sucediendo a mí. ¿Pero será posible?— logró tartamudear Amanda.

Pensó en sus padres, en la paz de su hogar y se sintió invadida de una repentina desesperación.

Con el grito agudo de un animal herido, Amanda se puso de pie y empezó a golpear con los puños la madera de la puerta, llorando y gritando que la dejaran salir.

Cuánto tiempo pasó así, no lo supo. Pero de pronto comprendió lo inútil que sus gritos y de su llanto. Volvió tambaleante a su silla y se dejó caer en ella, exhausta, al borde de un desmayo.

—¡Pobrecilla!— exclamó Rosie—, sigue mi consejo. No te opongas a este demonio hecho mujer. Si la desafías te golpeará hasta casi matarte, y no lograrás nada al fin.

—Debe haber algo que pueda hacer— logró murmurar Amanda.

—Está siempre la bebida… es un buen recurso para olvidar. Bebe cuanto te ofrezca un caballero. Ayuda mucho, de veras, y vale la pena hasta el dolor de cabeza que te produce al día siguiente.

Amanda aspiró una gran bocanada de aire. Con un esfuerzo casi sobrehumano, trató de controlarse, de detener el temblor de las manos y el castañeteo de los dientes.

—Gracias— logró decir a Rosie—. Yo sé que trata de ser bondadosa y se lo agradezco. Pero tengo que salir de aquí, de algún modo.

—Ya te lo dije, no tienes la menor posibilidad. Y sólo te buscarás problemas. Una muchacha trató de hacerlo, pero "Ma" le metió el pie cuando iba a bajar la escalera y lo único que logró fue romperse una pierna. Entonces "Ma" la envió a otra casa que hay, en el norte de Londres, con un tipo de clientela espantoso. Murió después de estar dos años allí. No, si vas a estar en este tipo de vida, no te puede ir mejor de lo que te iría aquí, en casa de Madame Barclay.

—¿Así se llama ella?— preguntó Amanda.

—Es el nombre que se da a sí misma— contestó Rosie—, pero podría ser cualquiera otro. A ninguno le importa, mientras proporcione buena mercancía.

De pronto, escuchó que la llave daba vuelta en la cerradura y se puso muy rígida, con una expresión de horror en el rostro.

Como esperaba, "Ma" entró en lá habitación. Para sorpresa de Amanda, parecía de muy buen humor.

—Bueno, queridita, ¿te ha dicho Rosie lo feliz que vas a ser aquí?— preguntó, en un tono meloso de voz.

—Usted sabe perfectamente… que no tengo intenciones de quedarme— contestó Amanda.

Rosie le dio un ligero codazo en el brazo.

—No la molestes— murmuró entre dientes.

—Vamos, vamos, no debes hablar así— dijo "Ma"—. Un día me agradecerás por lo que hice por ti. Ahora, escúchame y entra en razón.

Le dijo con determinación, como si quisiera convencerla que nada podría hacer, si no estar a su merced.

—Hay un caballero aquí que quiere verte. Preguntó por ti en especial y está dispuesto a pagar muy buen dinero por el privilegio. ¿Vas a venir a verlo como buena chica, o te daré algo de beber para que te sientas mejor?

El corazón de Amanda dio un vuelco repentino. ¡Un caballero había preguntado en forma especial por ella! ¿Sería alguien que la había visto salir de la Casa Carlton? ¿Podría ser, de hecho, *Lord* Ravenscar? Comprendió en ese momento que aún él sería bienvenido. Cualquier cosa

sería mejor que el horror de lo que había sabido por Rosie. Sin importar quién fuera, tendría la oportunidad de hablar con él, decidió a toda prisa, así como de decirle la verdad y pedirle su ayuda.

—Bueno, ¿vienes o no?— preguntó "Ma" con aire impertinente.

—Sí, ya voy— asintió Amanda.

—Vaya, ésta es una muchacha lista y sensata— comentó "Ma" sonriendo—, no con frecuencia tenemos alguien que se adapte tan pronto ¿verdad, Rosie?

—No, es cierto— contestó ésta.

Volvió a dar un codazo a Amanda.

—Ten cuidado— murmuró—, se desquita contigo, si ellos no quedan satisfechos.

Amanda caminó resuelta hacia la puerta.

—Estoy lista— dijo, con un valor que estaba muy lejos de sentir.

—Te veo un poco pálida— murmuró "Ma"—, pero tal vez sea mejor así.

Salió de la habitación, seguida por Amanda, y empezó a bajar la escalera.

Se detuvieron en el primer piso, que estaba mejor decorado y, por lo tanto, supuso Amanda, debía ser más caro. "Ma" puso la mano en el pomo de una puerta y entonces se detuvo.

—Pórtate bien— dijo en tono de advertencia—, si no lo haces, te haré desear, no haber nacido nunca. ¿Me entiendes?

Acercó su rostro amenazador al de Amanda. Su aliento, oloroso a vino, y su perfume barato resultaban nauseabundos. Sin esperar la respuesta de Amanda, abrió la puerta.

—Aquí está, Monsieur— dijo—. Si no es de su agrado, tengo muchas otras entre las cuales puede usted escoger.

Dio a Amanda un empujón arrojándola al centro de la habitación.

A la suave luz rosada que había en ella le resultó difícil ver con claridad al principio. Pero cuando pudo enfocar la vista, Amanda vio que la habitación estaba dominada por una cama de cortinajes drapeados y cubiertas por un dosel. Había una mesa en el centro de la habitación, en la

cual se veían dos botellas de vino y algunos vasos. De pie, más allá de la mesa, con la espalda hacia la puerta, estaba un hombre.

Por un momento, al mirarlo, sintió que su corazón se contraía de miedo. No era *Lord* Ravenscar. Era demasiado alto. Entonces el hombre se volvió. Sus labios se entreabrieron, pero no salió de ellos sonido alguno.

¡Era Peter quien se encontraba de pie frente a ella!

CAPÍTULO XX

Por un momento Amanda no pudo moverse y tuvo la impresión de que su corazón también se paralizaba. Cuando se disponía a lanzar un grito de intenso placer, ante la alegría de verlo, Peter se llevó los dedos a los labios.

Con toda rapidez, cruzó la habitación, se quitó la chaqueta y la colgó sobre el dintel de la entrada, a modo de cortina, para evitar que alguien pudiera espiarlos por el ojo de la cerradura o por alguna otra perforación de espionaje de la puerta.

Entonces se volvió y extendió los brazos. Ella corrió hacia él y ocultó el rostro sobre su hombro. No podía formular ni una palabra. Sólo reconocía el alivio y el asombro de saber que él estaba vivo ahí, en ese lugar donde ella esperaba padecer una situación horrible.

No la besó, sólo la estrechó contra su pecho. Y cuando, por fin, ella levantó el rostro, encontró que él la estaba contemplando con una expresión tan gentil, tierna y amorosa, que hizo aflorar las lágrimas en sus ojos.

—El… me dijo que estabas… muerto— logró decir por fin.

—Era una mentira, como puedes ver— dijo Peter con tranquilidad.

—¡Oh, llévame de aquí!— le suplicó Amanda y ahora el terror que la abrumaba la hizo temblar, presa de un pánico incontrolable.

—Mi pobrecito amor… si fuera tan fácil como lo dices.

—¿Por qué?— preguntó Amanda.

—Porque no nos dejarían salir— respondió él con tranquilidad.

Amanda recordó al arrogante lacayo que la había recibido. Recordó, también, haber visto media docena de tipos como él en la entrada y en el vestíbulo.

—Pero no pueden retenerme aquí— dijo ella en un susurro.

—Puesto que estás aquí, sería difícil demostrar que no tienen derecho a hacerlo— contestó Peter—, y cuando lográramos conseguir gente que

viniera a identificarte, sería demasiado tarde.

Ella comprendió lo que quería decir y la sangre se agolpó en sus mejillas. Levantó las manos hacia él en un gesto de desesperación.

—Pero no puedo quedarme aquí. No puedo. ¡Oh, Peter, Peter! Era una exclamación de intenso terror.

—No, por supuesto que no te quedarás. Yo te sacaré de aquí, pero tenemos que hacerlo con inteligencia. Si nos sorprenden, mañana apareceré en el río, con el cuello roto, y tú quedarás prisionera de por vida aquí.

—¿Cómo podríamos escapar?— preguntó Amanda.

El la oprimió por un momento, como si quisiera protegerla con su propio cuerpo. Entonces, con gesto resuelto, la soltó y retrocedió.

—Hay sólo una posibilidad— dijo con gentileza—. Y eso significa que tendrás que confiar en mí.

—¿De qué se trata?— preguntó Amanda a toda prisa.

—Asómate a la ventana— ordenó él.

Obedeció haciendo a un lado las vulgares cortinas de raso color rosa, para ver los cristales sucios y opacos de la ventana.

Tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad del exterior, para darse cuenta de que la ventana daba a un angosto callejón lateral a la casa. No había nadie en él.

En frente había sólo una larga pared perteneciente a una bodega o tienda, cerrada a esa hora

Estaban en el primer piso, pero a Amanda le pareció una enorme distancia hasta el suelo. Sin embargo, si ésa era su única posibilidad de escapar, la usaría aunque significara saltar en un horno encendido o en un caldero de aceite hirviendo.

Volvió la vista y vio que Peter estaba deshaciendo la cama. Estaba atando las sábanas y las mantas, pero como aquella improvisada cuerda no le pareciera lo bastante grande, añadió el cubrecama de seda y después las cortinas de la ventana. Hizo todo aquello sin hablar; y Amanda, comprendiendo también guardó silencio. Todo su cuerpo estaba en tensión por el temor de que llamaran a la puerta.

Por fin Peter pareció decidir que la cuerda era lo bastante larga. Probó todos los nudos y entonces ató un extremo a la pata de la pesada cama, tiró

de ella con todas sus fuerzas, para comprobar que no cedería. Entonces miró a Amanda.

—Te voy a tomar en mis brazos, mi amor— dijo él—. Cierra los ojos y reza porque la suerte nos acompañe.

—Yo haré todo lo que tú me digas— contestó Amanda.

Estaba muy pálida, pero había dejado de temblar. Nada podía asustarla, mientras estuviera con Peter.

El abrió la ventana y dejó caer la cuerda. Entonces la tomó en brazos y la llevó al alféizar de la ventana.

—Une tus manos con fuerza detrás de mi cuello— le ordenó—, y cierra los ojos. No mires hacia abajo. Trata de no moverte. Sin importar lo que suceda, amor mío, te quiero con toda mi alma.

—Yo te amo también. ¡Oh, gracias a Dios que llegaste a tiempo! Con las manos asidas a la cuerda y oprimiendo a Amanda con el interior de los brazos, Peter se lanzó fuera de la ventana.

Amanda cerró los ojos, como él le había ordenado. Sintió la repentina tensión de sus manos, asidas a la nuca de él.

Se dio cuenta, también, de que los brazos de Peter estaban tensos, resistiendo el peso conjunto de ambos. Mientras descendían con toda lentitud comprendió que aquella era una carrera contra el tiempo. Si alguien se asomaba a una ventana y los veía, estaban perdidos. Un sólo grito de alerta haría correr a todos los lacayos en su búsqueda.

Se balanceaban todavía muy por arriba del suelo. Amanda se daba cuenta de que su peso, por ligero que fuera, frenaba el avance de Peter y lo hacía muy lento. ¡Abajo! ¡Abajo! Amanda empezaba a sentir que sus dedos se iban a quebrar; de pronto, sintió que los pies de él tocaban el suelo.

No hubo tiempo para que ella sintiera alivio, ni nada más. Tomándola de la mano, Peter echó a correr a toda velocidad por el callejón, alejándose de la casa, para penetrar en una profunda oscuridad.

Las piedras de la calle resultaban un poco ásperas para las delicadas zapatillas de Amanda. Percibió la pestilencia de la basura y la mugre de los callejones por los que avanzaban y la humedad del ambiente pareció oprimirle la garganta.

Trató de mantenerse al paso de Peter. La guirnalda de flores azules cayó de su cabello, pero no se detuvo. Luego de dar varias vueltas, el callejón terminó y se hallaron en una amplia avenida comercial, llena de tiendas elegantes.

Peter se detuvo un momento, mirando a su alrededor. Había pocas personas a la vista. Un velador dormitaba de pie junto a la puerta de una tienda; un carruaje tirado por cuatro caballos acababa de salir de una callecita lateral. Y entonces, avanzando en dirección de ellos, Amanda vio otro carruaje tirado por un solo caballo, que avanzaba lentamente.

—¡Es un carruaje de alquiler!— oyó decir a Peter entre dientes—. Los dioses están de nuestra parte.

Hizo una señal con la mano y el cochero frenó.

—Ya voy a casa, señor— dijo.

—Si nos lleva a la *Plaza Grosvenor*, le doy una guinea, pero dése prisa por favor— le dijo Peter.

Amanda vio brillar los ojos del hombre a la luz de las velas de las linternas.

—Suban, señor— sugirió el cochero—. Daré a mi vieja yegua, un morral extra de avena por desvelarse.

Peter abrió la puerta y ayudó a Amanda a entrar. Cuando se sentó junto a ella y cerró la puerta. Amanda sintió como si hubieran entrado a un pequeño mundo sólo de los dos.

—¡Oh, Peter, me salvaste!— exclamó con voz trémula.

Apoyó la cabeza en el hombro de Peter y él la rodeó con su brazo.

—¿Cómo me encontraste?— preguntó con voz ahogada.

—Te vi por casualidad— contestó él—. ¡Cielos, cuando pienso lo que hubiera sucedido si no hubiera estado allí!

—¿Pero… cuándo me viste?

—Al salir de la Casa Carlton. Estaba entre la multitud que observaba a los invitados llegar y marcharse. Por un momento pensé que me había equivocado; pero entonces comprendí que eras tú y estabas tan hermosa, Amanda, que ansiaba poder adelantarme para reclamarte como mía.

—Si sólo lo hubieras hecho...— suspiró ella.

—Vi que estabas esperando un carruaje— continuó Peter—. Tenía casi un cuarto de hora allí y sabía que el carruaje estaba vacío. Por lo tanto, cuando te vi subir sola, sentí que algo malo sucedía.

—Así que me seguiste.

—Sí, te seguí y cuando vi adónde te llevaba, pensé que me había vuelto loco.

—Me dijeron que *Lady* Standon estaba enferma y me necesitaba.

—Comprendí que te habían tendido una trampa. Pero no pude imaginarme cómo o porqué alguien podía querer hacerte algo así.

—Fue *Lady* Isabel Mannering, sospecho. Sé que me odia.

—¡Sí, por supuesto!— exclamó Peter—. Pero no la creí capaz de descender a tales profundidades de iniquidad.

—Me odia— repitió Amanda—. Pero, ¿por qué me detesta tanto? Hay otros hombres en el mundo además de *Lord* Ravenscar.

—No para *Lady* Isabel— contestó Peter con aire sombrío y preocupado —. Ella se ha hecho muy notoria, Amanda. Tiene muy mala reputación entre la gente decente y respetable. Si Ravenscar no se casa con ella, no hay nadie capaz de animarse a darle la protección de su nombre.

—¿Ella lo ama?— preguntó Amanda.

—¿Amarlo?— preguntó Peter—. No creo que Isabel Mannering sepa siquiera lo que significa la palabra amor. No, no ama a Ravenscar, pero necesita su dinero. Dentro de unas semanas, si no es que antes, su padre, será llevado a la prisión por deudas y su casa será rematada, a menos que encuentre alguien que garantice el pago de los compromisos de él.

—Así que es por eso que me odia— murmuró Amanda—. Pero, no hablemos más de ella. ¡Oh, Peter, cuando supe que habías muerto, yo también hubiera querido morir! *Lord* Ravenscar me lo dijo esta noche cuando bajé a cenar. Hubiera querido llorar a gritos, pero supongo que el orgullo me lo impidió. No quería que él, ni nadie, supieran que mi vida había muerto contigo. ¡Estaba tan segura hasta ese momento de que te volvería a ver!

—Te dije que confiaras en mí.

—Pero él me dijo con tanta seguridad que los soldados te habían dado alcance y te habían matado, que le creí. ¿Cómo sigue tu herida?

—Ya está casi bien, como puedes ver— contestó—. No contribuirá mucho a mi belleza, pero, no importa, mi amor, tú tienes suficiente belleza para los dos.

—¿Llegaste a Londres sin problema?

—Sí, tuve mucha suerte… pués encontré amigos que me ayudaron— sonrió Peter.

—¿Y por qué, no me avisaste que estabas a salvo?

—No tenía manera de comunicarme contigo. Ni la tengo ahora, Amanda. Deberemos ser muy cuidadosos, o todo se habrá perdido.

—Yo soportaré cualquier cosa, mientras sepa que estás en algún lugar del mundo y que volveré a verte— declaró Amanda con sencillez.

—¡Claro que lo harás! Pero una vez más, mi amor, tengo que pedirte que confíes en mí. No puedo decirte nada, ni podré verte. ¡Amanda! ¡Amanda! Por lo que más quieras, cuídate.

—Trataré de hacerlo, pero yo no sabía que existían en el mundo lugares como ése, Peter. ¡Esas pobres muchachas! ¡Las tienen prisioneras!

—Olvídalas. No pienses en ellas. Tú no puedes hacer nada, excepto olvidar que has estado en un lugar así. Y, Amanda, por tu propia seguridad, no digas a nadie, absolutamente a nadie, ¿me entiendes?, lo que sucedió esta noche.

—¿Y cómo explicaré que volví a casa sola?

—Muy fácil. Te perdiste en la multitud que había en la Casa Carlton. No pudiste encontrar a *Lady* Standon, ni a *Lord* Ravenscar. Pensando que se habían ido a la casa sin ti, pediste un carruaje de alquiler a un lacayo y así regresaste. No hables de nada más.

—¿Y si vuelvo a encontrarme con *Lady* Isabel? ¿Qué hago? Seguramente me hará preguntas…

—Actúa como si nada hubiera sucedido. No te quedes sola con ella. No te quedes sola con nadie, si puedes evitarlo. Y, desde luego, nunca salgas sola de la casa. Si recibes un mensaje diciendo que acudas a algún lado a encontrarte con alguien, lleva a una doncella o a un lacayo contigo ¿entendido? No te quedes nunca sola. Es importante, Amanda, porque

resulta evidente que Lady Isabel no se detendrá ante nada para deshacerse de ti.

—Lo recordaré— repuso Amanda con humildad.

Se hizo el silencio por un momento y al mirar por la ventanilla Amanda vio que andaban por calles residenciales.

—Peter— dijo de pronto, en forma impulsiva.

—¿Qué pasa?

—¿Me quieres todavía tanto como antes?

—Tú sabes que sí— contestó él.

—Entonces… entonces, ¿por qué?...— su voz titubeó—. ¿Por qué no me has… besado?

—¡Oh, Amanda, niña mía! ¿No te das cuenta, nenita? No me atrevo a hacerlo. Te amo en forma tan abrumadora, que si tus labios tocaran los míos no respondería de las consecuencias. Te llevaría lejos, sin importar lo que sucediera. Me casaría contigo esta misma noche, para hacerte mía, y eso no debe ser.

—¿Por qué no?— suspiró Amanda.

—Porque no tengo nada que ofrecerte. Nada más que amargura y una vida en las sombras. ¡Confía en mí! ¡Créeme… que algún día podré ofrecerte todo lo que mereces!

Levantó la mano y tocó en la ventana de cristal. El carruaje se detuvo.

—Voy a dejarte aquí, Amanda— dijo él—. No debemos llegar juntos.

—¡Oh, no te vayas! ¡No me dejes!— suplicó ella—. Peter, llévame contigo. Haré cualquier cosa por estar a tu lado… no me importa lo que suceda.

Levantó las manos y se aferró a las solapas de la chaqueta de él. Con mucha gentileza, Peter las bajó.

—¿Has olvidado a tus padres? ¿Has olvidado lo que esto significa para ellos?

—Sí, lo he olvidado— aceptó ella con aire desafiante—. Sólo sé ahora que ninguna de las cosas que pensé que eran importantes, como dinero, posición, ropa y joyas, me interesan… lo único que me importa es que te amo y quiero estar contigo.

—Amanda, estás haciendo las cosas muy difíciles para mí, por favor… — exclamó él con voz ahogada.

—Tú no me quieres.

Ella vio que sus labios se retorcían.

—Un día haré que me pidas disculpas por decir eso. Un día te besaré hasta que pidas misericordia. Hasta entonces, y quiera Dios que ese día llegue prontos cuídate mucho, mi pequeña adorada.

Levantó sus manos y se las llevó a los labios. Amanda sintió cómo sus labios besaban las palmas con una verdadera reverencia y, al mismo tiempo, con una hambrienta pasión, que hizo estremecer todo su cuerpo de emoción.

Entonces se marchó. La puerta del carruaje se cerró, oyó que pagaba al cochero y le daba instrucciones para conducirla a la Casa de *Lord* Ravenscar, a poca distancia de ahí. El cansado caballo puso de nuevo en marcha. Ella vio a Peter unos segundos más, antes que la oscuridad de la noche pareciera tragárselo.

Hubiera querido bajar del carruaje en movimiento y lanzarse tras él, pero logró dominar el impulso. Cerró los ojos y se llevó las manos a los labios, para besar las palmas que la boca de él habían tocado.

Un lacayo somnoliento abrió la puerta del carruaje cuando éste se detuvo ante la entrada de la casa. Amanda notó su sorpresa al verla bajar de un vehículo de alquiler, pero estaba lo bastante bien entrenado como para disimularlo.

—Por favor, dele cinco chelines al cochero— dijo porque no traigo dinero conmigo.

—Muy bien, señorita— asintió el lacayo.

Esperaba que el cochero tuviera suficiente sentido común para no decir que ya le habían pagado. Entró en la casa y se disponía a subir la escalera, cuando se abrió de pronto la puerta de la biblioteca y apareció *Lord* Ravenscar. Detrás de él, con visible agitación, estaba *Lady* Standon.

—¿En dónde has estado?— rugió *Lord* Ravenscar.

Amanda pasó frente a él e hizo una reverencia a *Lady* Standon.

—Debo pedir disculpas por ser tan torpe, señora— dijo en su voz suave —, pero me temo que me perdí en la Casa Carlton.

—¿Ves, Hugo? ¡Yo te lo decía!— dijo a su hermano en tono agudo—. Te dije que estaba segura de que no podía haber salido sin nosotros.

—¿Cómo llegaste aquí?— preguntó *Lord* Ravenscar.

—Un lacayo me consiguió un carruaje de alquiler. Fue tonto de mi parte, pero me extravié contemplando cuadros y objetos de arte.

—Alguien me dijo que tú te habías ido con un hombre. ¿Es eso verdad? — observó Lord Ravenscar, empequeñeciendo los ojos.

Un día antes, Amanda habría preguntado con inocencia quién podía haberle dicho tal cosa. Ahora sabía que ésa era una explicación proveniente de *Lady* Isabel.

—No, milord— exclamó, riéndose con suavidad—. Nadie se ofreció a traerme a casa. Vine sola. Me temo que, como no traigo dinero, Su Señoría deberá pagar el coche.

Amanda vio que el hombre se tranquilizaba y la desconfianza desaparecía de su rostro. *Lady* Standon se volvió hacia Amanda.

—Lo siento mucho, queridita. No debimos ser tan desconsiderados como para dejarte sola, pero si Hugo no hubiera insistido tanto de que ya te habías ido, yo te hubiera buscado.

—No hay ningún problema— sonrió Amanda—, y no es de sorprender que nos hayamos perdido entre tanta gente.

—Tuve la impresión de que Isabel trataba de hacerme una jugarreta— oyó murmurar a *Lord* Ravenscar, mientras cruzaba la habitación y se servía un vaso de vino.

—No me gusta nada esa mujer— comentó *Lady* Standon—, y cuanto menos la veas, Hugo, creo que será mejor para ti.

—Esta vez estoy de acuerdo contigo, Charlotte. Pero hay mujeres que son como sanguijuelas… no es fácil quitárselas de encima.

—No es un tema del que me guste hablar— dijo *Lady* Standon con frialdad—. Ven, Amanda, es hora de dormir.

Se volvió hacia la puerta y entonces se detuvo.

—¿Qué sucedió con tu guirnalda? ¡Se veía tan bonita!...

La pregunta tomó a Amanda por sorpresa, pero se repuso de ella con rapidez. Sintió los ojos desconfiados de *Lord* Ravenscar clavados en ella.

—¿Mi guirnalda?— repitió con aire distraído—. ¡Oh, cielos! ¡Qué tonta soy! Me la quité en el carruaje, porque ya me molestaba y debí olvidarla en el asiento. ¿No podrá alcanzarlo un lacayo?

—No, debe estar ya muy lejos de aquí— dijo Lady Standon—. No vale la pena preocuparse por una cosa así.

Sin dar las buenas noches a su hermano, cruzó la puerta. Amanda se detuvo e hizo una leve reverencia.

—Hasta mañana, milord— dijo.

Lord Ravenscar bajó su vaso.

—¡Espera, Amanda! Quiero hablar contigo un poco— dijo, extendiendo la mano.

—Disculpe, milord, pero *Lady* Standon me espera...

Él se dirigió hacia ella, pero Amanda fue más rápida y en unos segundos estaba al lado de *Lady* Standon, que comenzaba a subir la escalera.

Estaban ya ante la puerta de los dormitorios, cuando *Lady* Standon murmuró en voz baja:

—¡Por lo que más quieras, Niña, ten cuidado! Si algo te sucediera, me mataría, como ya ha amenazado con hacerlo.

Amanda la contempló con ojos asombrados.

—Es cierto— le aseguró *Lady* Standon, mirándola a la cara—. Está encaprichado contigo, ¿te das cuenta? Y tiene otras razones… razones que no puedo mencionar.

—Por favor, dígamelas— suplicó Amanda.

—No, porque no estoy segura de ellas, pero…— contestó *Lady* Standon —, pero… hubo una repentina interrupción de abajo.

—¡Charlotte! ¡Amanda!— gritó *Lord* Ravenscar desde el vestíbulo—. ¡Vengan acá! ¡Vengan ahora mismo! Tengo algo que decirles.

Las dos mujeres se miraron. Por primera vez, le pareció a Amanda que había un brillo de travesura en los ojos de *Lady* Standon. Parecía mucho más joven, casi una muchacha.

—Demasiado tarde—´murmuró—. ¡Ya estamos dormidas!

Con increíble rapidez, las dos se movieron al mismo tiempo. Dos puertas se abrieron. Dos puertas se cerraron. Dos llaves giraron con un decidido clic.

—¡Amanda! ¡Charlotte!— gritó *Lord* Ravenscar de nuevo.

Pero no recibió respuesta. Sólo había el silencio de una casa dormida.

Ya en su dormitorio, Amanda se lanzó a la cama y se dedicó a pensar en Peter. Después de largo rato, de desvistió lentamente, para luego introducirse entre las frescas sábanas blancas y continuar pensando en él.

Cuando por fin la venció el sueño, sus labios estaban todavía entreabiertos, pronunciando su nombre.

Despertó por la mañana, con una nueva sensación de alegría. Hubiera querido gritar a pleno pulmón:

«¡Peter está vivo!».

Sin embargo, con un aspecto de absoluta serenidad se presentó a *Lady* Standon. Después de desayunar juntas, se dedicaron a una nueva expedición de compras. Resultó menos desconcertante para ella que la del día anterior, y pudo expresar ya sus opiniones y sus gustos personales.

Cuando se sintieron ya cansadas, emprendieron el regreso a casa.

—El vestido de gasa blanca que compramos esta mañana es lo más bonito que he visto en mi vida— comentó Amanda a modo de conversación.

—Es lo bastante bonito como para poder usarse como traje de novia— contestó *Lady* Standon.

Aquel comentario hizo que Amanda volviera a la cruda realidad.

—Falta mucho tiempo para la boda— observó a toda prisa.

—Mi hermano está hablando de junio— murmuró *Lady* Standon, con esa reserva, que Amanda notaba siempre que mencionaba el matrimonio de su hermano.

—Yo preferiría esperar— contestó ella.

Había llegado a la casa.

—Subiré a quitarme el chal y el sombrero— dijo *Lady* Standon al entrar.

Amanda estaba punto de seguirla cuando se acercó un lacayo a ella.

—Hay un caballero esperándola en la biblioteca, señorita.

El corazón le dio un vuelco, pensando que pudiera ser Peter. Pero entonces decidió que podía ser, también una trampa.

—¿Quién es? ¿Dio su nombre?

—Es el General *sir* Arthur Wellesley, señorita.

—¡Oh!— exclamó Amanda—. Lo veré ahora mismo, desde luego.

Sin esperar a que el lacayo la precediera, corrió hacia la Biblioteca, abrió la puerta y apareció ante el hombre que la esperaba apoyado contra la chimenea.

—¿Tiene usted noticias para mí, *sir* Arthur?— preguntó Amanda, pero entonces recordó las reglas de la cortesía y se apresuró a decir:

—¡Perdóneme! Fue grosero de mi parte ser tan impetuosa. Debí haberlo saludado primero.

Los ojos de *sir* Arthur Wellesley brillaron con expresión alegre, pero su rostro duro se mantuvo impávido. Hizo una reverencia formal.

—Anoche me pidió usted que hiciera algunas averiguaciones, señorita Burke— dijo—, y he venido a traerle el resultado de ellas.

—¿Ha descubierto usted que Graham Munro está vivo?

—Así es— contestó el General Wellesley—. No sólo está vivo, sino que ahora es ya Coronel. Me pareció que recordaba el nombre y ahora sé que es Comandante de un Batallón de los Guardias Granaderos.

—¡Oh, qué espléndido!— exclamó Amanda.

—Fue transferido algunos años atrás, al recibir una herencia— continuó el General Wellesley con voz muy seca, como si estuviera leyendo un informe militar—. El Coronel Munro está en la actualidad estacionado en el Cuartel Wellington, si deseara usted ponerse en contacto con él.

—¡Qué amable de su parte descubrir todo esto!— exclamó Amanda—. Pero, *sir* Arthur, hay una cosa más que quisiera saber.

—¿Cuál es?

—¿Está… el Coronel Munro… casado?

Sir Arthur pareció sorprendido.

—No— contestó después de un momento—, nunca se ha casado. Tengo entendido que tiene fama de ser misógino… rehúye a las mujeres.

Amanda unió las manos de un gesto de felicidad.

—¡Esa es una noticia maravillosa! Oh, *sir* Arthur, no sabe usted lo que me alegran estas noticias. Muchísimas gracias.

—¿Significan mucho para usted?— preguntó *sir* Arthur, con evidente sorpresa.

Amanda comprendió, divertida, que debía sorprenderle su interés en otro hombre, estando comprometida con *Lord* Ravenscar.

—Significa mucho para una amiga muy querida, que cree que el Coronel Munro está muerto— dijo, para tranquilizarlo.

—Ya comprendo— comentó *sir* Arthur—, y ahora, si me perdona, señorita Burke, debo retirarme porque tengo una cita importante.

—¿No gusta tomar un vaso de vino?— preguntó Amanda.

—No, gracias— contestó *sir* Arthur con brusquedad y ella tuvo la impresión de que no deseaba comer, ni beber nada en casa de *Lord* Ravenscar.

—Gracias de nuevo, *sir* Arthur— dijo Amanda, mientras lo acompañaba hasta la puerta.

Volvió a la biblioteca, y desde la ventana lo vio partir en su carruaje.

—¿Qué miras con tanto interés?

La voz de *Lord* Ravenscar a sus espaldas la hizo saltar. Se volvió y comprendió que había entrado en la habitación sin que ella lo notara. Aparecía resplandeciente en una nueva chaqueta de color ciruela, con adornos de terciopelo. Su color parecía reflejarse en su rostro y ella comprendió, por la ligera inseguridad de sus pasos, que había estado bebiendo.

—Vine a verte especialmente Amanda, porque tengo noticias importantes que comunicarte. Trate de explicarte anoche mismo mi idea, pero ni tú ni Charlotte acudieron. Así que esta mañana fui a la Casa Carlton a hablar con el Príncipe. Ha sido muy amable, de hecho, me ha prometido estar presente en un papel especial.

—¿Presente en qué?— preguntó Amanda desconcertada.

Lord Ravenscar guardó cierto silencio. Sus ojos la recorrieron de arriba a abajo, con expresión llena de deseo.

—Su Alteza Real— anunció *Lord* Ravenscar saboreando las palabras—, ha prometido, mi querida Amanda, ser él quien te entregue durante nuestro matrimonio… que se celebrará inmediatamente.

CAPÍTULO XI

Amanda lanzó un grito ahogado.

—¿Inmediatamente, milord? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Lo que has escuchado— contestó *Lord* Ravenscar—. Nos casaremos a hora mañana, al día siguiente… en cuanto tengas un vestido presentable y yo haya hecho los arreglos formales.

—Pero milord… ¿por qué tanta precipitación? ¡Cómo puedo casarme sin la presencia de mis padres? ¿Qué diría… la gente… por tanta premura sobre un hecho tan fundamental, que debe considerarse con la máxima prudencia?

A *Lord* Ravenscar le divertía la actitud agitada de Amanda.

—Son muchas excusas y muchas preguntas— dijo al concluir—, pero por fortuna, Amanda, puedo contestarlas todas. Ante todo, veamos la cuestión de tus padres. Desde luego, me gustaría mucho que ellos estuviesen presentes en nuestra boda. Yo habría enviado invitación para ellos, si no hubiera surgido algo que considerarás de suma importancia.

—¿Qué es?— preguntó Amanda en un susurro.

—Supe anoche que el Obispo de Frackenbury murió de una apoplejía. Recordando la devoción que tienes por tus padres, querida mía, y para complacerte, esta misma mañana, he informado al Príncipe que la silla episcopal está vacía. Él me ha prometido recomendar a tu padre, para que el Arzobispo de Canterbury, disponga su nombramiento en ese cargo.

—¡ Papá… Obispo!— exclamó Amanda, asombrada.

—¿Te sorprende la idea?— preguntó *Lord* Ravenscar—. Vas a aprender que cuando uno tiene influencia y amigos en lugares de relevancia, nada es imposible… ni siquiera una boda organizada en sólo veinticuatro horas.

Amanda trató de recuperarse de la impresión.

—Es muy bondadoso, milord, al haber sugerido a mi padre para ese puesto— dijo ella—. Se sentirá muy agradecido, además de saber lo que eso significará para mi familia. Pero… ¿no podríamos esperar… a que sea Obispo? Entonces, ¡él mismo podría casarnos!

—Hay otros Obispos para hacerlo. Me complacería mucho que tu padre efectuara la ceremonia pero considero que en estos momentos, con su atención puesta en el cambio a Frackenbury, y con los nuevos deberes eclesiásticos, resultaría inoportuno pedirle viajar hasta Londres.

Se detuvo un momento para luego añadir a toda prisa:

—Aparte de eso, no hay tiempo. Nos casaremos mañana al mediodía el Príncipe no sólo te entregará en el altar sino que además nos ofrecerá un almuerzo en la Casa Carlton.

—Pero yo… no puedo… casarme con usted mañana—exclamó Amanda.

—¿Por qué?

La pregunta le pareció un disparo de pistola que retumbaba por toda la habitación. Amanda guardó silencio. ¿Qué podía decir? ¿Acaso por algún improbable milagro podría salvarla el hombre considerado espía de Bonaparte?

—¿No tienes respuesta a eso?— insistió él.

—Por favor, esperemos un poco más— suplicó Amanda con un gesto implorante capaz de conmover al corazón más imperturbable—, hay mucho tiempo por delante. Tenemos toda la vida frente a nosotros. Por favor, no nos precipitemos de este modo.

—Eres una defensora muy atractiva, pero no has ofrecido ninguna razón lógica que merezca posponer la fecha. Pensaba en aguardar cuarenta y ocho horas entonces casarnos el jueves, pero al verte hoy descubro que es imposible esperar más, debe ser mañana.

—¡No… no puedo! ¡No… puedo!— murmuró con voz apagada.

Con lentitud y decisión, *Lord* Ravenscar se acercó a su lado. Tomándola de la barbilla, levantó su rostro hacia el de él. Contempló con expresión dura los labios temblorosos, los ojos llenos de horror y de lágrimas.

—Así que tienes miedo al matrimonio— dijo con tono sedoso—, me gustan las mujeres que tienen miedo. Sin embargo, muy pronto dejan de aletear como pajarillos enloquecidos para aferrarse a las caricias que temían

y a los labios que las han conquistado. Sigue luchando contra mí, Amanda. Continúa eludiéndome. Mientras te conserves tan hermosa como ahora, seré tu más fiel y obediente servidor.

Con un gesto inesperado, Amanda retiró la mano de él con violencia para alejarse un poco. Sus ojos, hasta entonces tan asustados, se llenaron de una ira repentina y profunda.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? ¿Cómo puede decir tales cosas? ¿Cómo espera usted que nuestro matrimonio resulte otra cosa que un fracaso? El matrimonio debe basarse en el amor. Y, dos personas no deberían casarse a menos que estuvieran mutuamente enamoradas.

—¿Acaso piensas que yo habría creído en tu amor cuando prometiste casarte conmigo? ¿Fue por mis bellos ojos que aceptaste mi oferta… o por tu interés de que no se registrara mi jardín?

Amanda guardó silencio. Comprendió que no podía contestarle, *Lord* Ravenscar era demasiado perceptivo. Sabía que ella amaba a Peter, que había tratado de salvarla por amor.

—No veo que tenga caso esta discusión— sugirió ella con rapidez—. ¿Me permite retirarme, milord?

—Así es mejor— dijo él en tono de aprobación—. Comienzas a comprender que es difícil discutir conmigo, porque tengo todas las respuestas. También aprenderás muy pronto que tu deber consiste en hacer lo que yo desee. Nos casaremos mañana, Amanda, así no podrás seguir evadiéndome.

—No, tendré que hacer lo que usted disponga— exclamó Amanda sintiéndose llena de valor—, sin duda alguna, al transcurrir el tiempo me convertiré en una mujer como su hermana… sin espíritu, destrozada, profundamente miserable. ¿Nunca se ha preguntado cómo fue su vida?

—Así que te ha hecho confidencias, ¿verdad?— sonrió *Lord* Ravenscar —, pensé que en Charlotte ya no quedaba ningún impulso humano.

—Es su hermana— protestó Amanda—. ¿Cómo puede referirse a sus sufrimientos con tanta crueldad?

—Charlotte fue una tonta. Pudo haber manejado a Standon a su antojo de tener algo de astucia. De cualquier modo, era un Plebeyo de quien estaba prendada.

—Tal vez habría encontrado la felicidad a su lado.

—¿Con el abanderado de un oscuro Regimiento?— preguntó *Lord* Ravenscar lleno de desprecio—. Amanda, todavía tienes mucho que aprender de la vida. Las mujeres siempre fantasean que su vida hubiera sido mejor de escoger otro tipo diferente.

Lanzó una risilla burlona antes de decir:

—Tú sin duda lamentarás por no haberte fugado con un Espía francés, por no compartir sus sufrimientos por unos meses, antes de verlo colgado de una horca.

La vio palidecer y añadió:

—En realidad fue una fortuna para él que un bala acabara de inmediato su miserable vida. Creo que hubieras encontrado bastantes desagradable el papel de viuda de un traidor. En cambio, serás mi esposa y al final comprenderás que si cumples tu papel con sensatez, no me mostraré desagradecido.

Avanzó hacia ella, extendiendo la mano para tocar su vestido de muselina adornado con lazos de raso.

—El dinero puede mejorar el aspecto de una mujer… aunque sea tan bonita como tú. Las joyas, y hay algunas muy bellas en la colección de mi familia, embellecerán más tu blanco cuello.

Sus dedos se deslizaban hacia arriba acariciando el cuello de Amanda, que temblaba de horror a su contacto. Él se echó a reír al notar su turbación, Amanda trató de alejarse, pero estaba rodeada por su brazo, con tal firmeza que le era imposible cualquier intento de escapar.

—Por último, Amanda— murmuró en su oído—, aún los labios más provocativos tienen que comer. ¿Has tratado de vivir con el menú de pan y agua de los traidores recluidos en las prisiones de Su Majestad? Creo que preferirías lo que se sirve en mi mesa.

Inclinó la cabeza y antes que ella pudiera evitarlo, sus labios se estamparon sobre los de Amanda. Padeció la repulsión que le producía esa boca lasciva adherida con brutalidad a la pasividad de sus labios. Sintió hundirse en las profundidades de la humillación, de la oscuridad y el horror que no olvidaría jamás.

Percibió que la pasión de aquel hombre, se encendía como una llama diabólica. Entonces, de pronto, la levantó en sus brazos.

—¡Amanda!— exclamó con voz ronca—. ¡Vaya! ¿Por qué tenemos que esperar?

La llevó hacia un amplio sofá ubicado en un rincón de la habitación. A pesar de forcejear con todas sus fuerzas, comprendía que sus esfuerzos eran inefectivos y que su resistencia sólo parecía excitarlo más.

—¡Amanda! ¡Amanda!

Sus labios gruesos estaban sobre sus ojos, sus mejillas su cuello. Amanda sintió que la recostaba en el sofá y de nuevo fueron inútiles sus esfuerzos por incorporarse. Estaba indefensa sin escapatoria alguna. El fichú de su vestido sonó al ser rasgado por las manos de él. Sintió el cuerpo del hombre sobre el suyo. La habitación empezaba a oscurecer y ella presintió que perdería el sentido, cuando de pronto, una repentina interrupción se produjo.

—¡Ravenscar! ¿En dónde estás?— gritó una voz desde el umbral. Jadeante, Amanda se halló libre de su atacante. *Lord* Ravenscar se fue alejando del sofá con lentitud, se arregló la corbata y se volvió hacia la puerta.

—¡Maldita sea, Wassell!— exclamó—. ¿Qué demonios quieres?

—Te traigo noticias— dijo la voz desde el otro lado de la habitación—. ¡Malas noticias! Sucedió lo que temíamos. El Rey mandará a buscar a Pitt mañana.

—Era inevitable— contestó *Lord* Ravenscar—. Nosotros esperábamos que Addington hubiera podido continuar.

—Esto significa que todo debe apresurarse— continúo el recién llegado como si el otro no hubiera hablado—. El discurso de Pitt en la Cámara, la semana pasada, ha enardecido a toda la Nación. Todos están exigiendo que la Guerra se impulse con mayor fuerza.

Haciendo un gran esfuerzo, Amanda se sentó en el sofá. *Lord* Ravenscar estaba. de espaldas a ella, pero pudo ver que el hombrecillo con el que hablaba era de edad madura, bajo de estatura, de cabello color rojo y ojillos nerviosos, con pestañas claras, que parecía un hurón.

—Tenemos que cuidarnos— lo oyó decir en voz baja—. ¡Pitt no es ningún tonto!

—¿Qué motivo hay para preocuparme?— preguntó *Lord* Ravenscar con voz desafiante—. Aquí llevo una vida respetable. Mi matrimonio se realizará mañana, y en ausencia de su padre, el Príncipe entregará a la novia.

—¡Mañana!— exclamó el señor Wassell—. ¿Así que estás decidido, eh?

—¡Claro que lo estoy!— afirmó *Lord* Ravenscar en tono ligero.

Amanda se puso de pie, acomodando lo mejor posible su fichú arrugado y rasgado sobre sus hombros. Se sentía atontada. Le dolía la boca, el cuello y los brazos, de la presión ejercida por la brutalidad de *Lord* Ravenscar.

—Tenemos que avisarle a él— dijo Wassell entre dientes, aunque Amanda lo oyó.

Lord Ravenscar se volvió hacia ella.

—Quiero presentarte a mi futura esposa— dijo—. Amanda, éste es un viejo amigo mío, el señor Stanley Wassell.

Amanda le hizo una reverencia.

—¿Me permite retirarme, milord?— preguntó, sin levantar la vista, mortificada por lo desordenado de su apariencia.

—Por supuesto— contestó *Lord* Ravenscar—. Busca a mi hermana y dile que la boda se efectuará mañana. Volveré para notificarle al Príncipe que en tu ansiedad de ser mi esposa has preferido no aguardar hasta pasado mañana, como él había sugerido.

Amanda sabía que se estaba burlando de ella, pero no dijo nada. Se retiró de la habitación, a toda prisa inclinando la cabeza, sintiéndose degradada ante el señor Wassell.

Salió y cerró la puerta. Se había vuelto hacia la escalera cuando oyó que la puerta se abría de nuevo: el pasador se había desenganchado. Se volvió y estaba a punto de cerrarla cuando oyó decir al señor Wassell:

—Tengo la sospecha de que alguien te está vigilando, Ravenscar… es un tipo alto, de hombros anchos. ¿Tienes idea de quién pueda ser?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi ayer siguiéndote por St. James, desde la ventana del *Club White*. Como estaba oscureciendo no pude verle la cara. No le di mucha importancia, pero permaneció afuera de la Casa Carlton, mientras tú estabas allí con el Príncipe. Saliste antes que yo y más tarde al marcharme yo, vi que se había ido.

—¿Qué clase de hombre era? ¿Desarrapado… o bien vestido?

—Por su vestimenta parecía un caballero.

—Podría ser…— murmuró *Lord* Ravenscar con aire pensativo—. ¡Pero no! ¡Es imposible! ¿Dices que es alto y de hombros anchos?

—Sí… ten mucho cuidado.

—Lo haré— contestó *Lord* Ravenscar.

Amanda cerró la puerta con sumo cuidado. Comprendió que había estado escuchando lo que no debía. Al mismo tiempo, presentía que aquella era la clave de un extraño rompecabezas, aunque no sabía de qué se trataba.

Era Peter quien vigilaba a *Lord* Ravenscar. Estaba segura de ello. Pero, ¿por qué? ¿Cuál era la razón? Hubiera deseado que él le hubiera confiado la verdad. Aun siendo un traidor, ella se hubiera mantenido a su lado, porque lo amaba por encima de toda consideración patriótica.

Sollozo en silencio mientras subía la escalera a toda prisa. Cuando llegó a su habitación, en lugar de cambiarse el vestido roto, se sentó en su escritorio.

“Si no puedo ser feliz” pensó, mientras sacaba una hoja de papel para escribir, “tal vez pueda dar la felicidad a otros”.

Le llevó algún tiempo redactar la breve carta, pero que decía:

Señor:

Tengo razones para creer que poseo información de gran importancia para usted. Le agradeceré muchísimo que me visite lo más pronto que le sea posible, ya que me marcho de Londres mañana en la noche.

Suya respetuosamente,

Amanda Burke.

Hizo sonar la campanilla y cuando su doncella acudió le entregó la carta para que la llevara en el acto ante el Coronel Graham Munro, en el Cuartel Wellington.

—Que se lo entregue en propia mano, Martha… no hay… necesidad de informar, nada sobre este asunto a Su Señoría—aclaró Amanda, llena de confusión.

—No, señorita. Por supuesto que no. Yo entiendo…

La muchacha salió de la habitación, entre crujidos de su delantal almidonado. Amanda, suspiro, se quitó el vestido. Lo arrojó al suelo y decidió no usarlo jamás.

Cerró los ojos por un instante, tambaleándose al pensar que mañana en la noche sería poseída por ese hombre repulsivo. ¿Qué podría salvarla ahora? Ni siquiera podía escribir a Peter avisándole lo que sucedía…

«¡Ven a mí! ¡Ven a mí!» lo llamó en silencio, ansiosa de que él por milagro, escucharía sus ruegos y conociera el horror que la invadía.

«¡Te quiero y confío en ti!», dijo desde el fondo de su corazón y le pareció que todo su ser volaba hacia él, en una oración sin palabras.

Media hora más tarde se dirigió a la habitación de *Lady* Standon. La encontró recostada en el chaise longue ubicado junto a la ventana. Tenía un libro sobre su regazo, pero no hacía ningún intento de leerlo.

—Lo siento, Amanda— dijo—, pero necesitaba descansar. Me duele mucho la cabeza; ya he tomado medicina y en unos minutos estaré bien.

—¡Qué pena me da, señora!— exclamó Amanda—. ¡No quiere que le traiga algo?

—No, gracias, ya estoy mejor— respondió con su voz opaca, sin vida.

—Acabo de ver a *Lord* Ravenscar— dijo Amanda—. Me pidió que le informara a usted que ha hecho arreglos para que el matrimonio se celebre mañana.

—¡Mañana!— exclamó *Lady* Standon sorprendida—. Pero, ¿por qué?

—Le supliqué que esperara— le explicó Amanda—, pero no quiso hacerlo. El Príncipe me va a entregar y el almuerzo se celebrará en la Casa Carlton.

—¡Vaya ambiente propicio para una boda! Presidida por ése réprobo disoluto que ha abandonado a su Esposa y se rumora que se ha casado con

la señora Fitzherbert, en un matrimonio morganático…

Habló con tanto desprecio que Amanda la miró sorprendida. Entonces *Lady* Standon estiró la mano invitando a Amanda para que se sentara a su lado en el chaise longue.

—Amanda— dijo—, tú eres demasiado buena para merecer esto. Escápate mientras haya tiempo. No te cases con mi hermano, no aceptes un sufrimiento que es peor que la muerte. Vete ahora que puedes hacerlo. ¡Regresa a tu casa! ¡Escóndete!

—He pensado en eso— contestó Amanda—. Lo he meditado desde que di mi consentimiento a *Lord* Ravenscar. Fue un convenio que hice con él. El cumplió su parte, aunque haciendo trampa. Ahora tengo que cumplir la mía. ¿Puede uno faltar a la solemne palabra de honor que ha dado?

—Creo que en circunstancias excepcionales uno puede hacerlo.

—Y hay algo más. Su Señoría acaba de informarme que mi padre va a ser Obispo… será el Obispo de Frackenbury. ¿Se imagina lo que eso significará, señora? Mi padre ha trabajado mucho para salir adelante con tan poca retribución. Mi madre, educada en un ambiente muy diferente, siempre ha detestado las privaciones que la vicaría nos ha impuesto a todos. Ahora se sentirá libre de esas angustias. He conocido el Palacio del Obispo, junto a la Catedral de Frackenbury. Es un edificio magnífico.

Lady Standon dijo con la voz más dulce que Amanda le escuchara hasta entonces:

—Pobrecita niña! ¡Un cordero que llevan al sacrificio!

—No hay nada que pueda yo hacer, excepto orar para que alguien me salve… alguien a quien yo amo.

Su voz se quebró y las lágrimas empezaron a brotar de su ojos. Inclinó la cabeza ocultando el rostro en uno de los cojines del chaise longue, sin poder contener los sollozos.

—¿Y no podemos avisarle?— preguntó *Lady* Standon.

—No… no tengo modo de comunicarme con él, porque no sé dónde está. ¡Si sólo hubiera más tiempo!— sollozó Amanda.

—Rezaré por ti… no hay nada más que pueda hacer.

Amanda levantó la cabeza.

—Si usted volviera a vivir, señora ¿huiría?

—Escaparía desenfrenada hasta el fin del mundo, con tal de liberarme del sufrimiento vivido en mi matrimonio— contestó *Lady* Standon.

—No lo sé si puedo hacerlo…

—Amanda, estoy en condiciones de asegurarte que ni la posición, ni el dinero, ni el lujo cuentan cuando se trata de amor o de odio, de felicidad o degradación. Una mujer es feliz en una caverna, con el hombre que ama y profundamente desgraciada en un Palacio, con el hombre que detesta.

Lady Standon hablaba con tanta pasión que un ligero rubor coloreó sus mejillas haciéndola parecer joven y bonita, por un momento. Pero volvió a caer en su perpetua melancolía.

—No debí haberte confiado estas cosas— dijo con voz de arrepentimiento por haber abandonado su acostumbrada reserva.

—Entiendo, señora— dijo Amanda—, y se lo agradezco mucho. Me ha hecho sentir que hay alguien que me comprende.

Lady Standon no contestó, Amanda haciendo una reverencia, empezó a retirarse.

—Saldremos de compras en una hora— dijo *Lady* Standon en su tono indiferente de siempre—, hay muchas cosas que tenemos que comprar para tu ajuar de novia, si te casas mañana.

—Sí, señora— aceptó Amanda obediente.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Se disponía a entrar en su cuarto, cuando un lacayo se le acercó.

—Perdone, señorita. Hay en la puerta una mujer que vende lavanda. Es una vendedora ambulante, de esta zona, que insiste en entregarle un mensaje a usted, en su mano. He tratado de que se vaya, pero no quiere. Me dio su nombre.

—Iré a verla— dijo Amanda.

Se dirigió a su dormitorio y tomó su bolso de mano. Antes de abandonar su casa, su padre le había dado dos guineas de oro y algunas monedas de plata, para que recompensara a los sirvientes de vez en cuando. Si la mujer traía un mensaje para ella, necesitaría darle una propina.

¿Sería el mensaje de Peter? ¿O sería otra trampa de *Lady* Isabel?

Si el mensaje la enviaba hacia algún lado, no acudiría como Peter se lo advirtiera. Ahí, en el vestíbulo, no corría peligro, porque dos lacayos montaban guardia permanente. Bajó en compañía del lacayo, el que luego de unos momentos volvió a presentarse con una mujer de edad de aspecto obeso, con un chal sobre los hombros y un viejo sombrero de paja en la cabeza… llevaba una cesta cargada con ramitas de *lavanda.*

—Esta es la señorita Burke— dijo el lacayo cuando llegaron junto a Amanda.

—Le he traído un poco de lavanda, muchacha bonita. *Lavanda* especial que le manda un amigo— tomó un ramo de su cesta y cuando Amanda lo recibió, sintió que estaba algo grueso alrededor del ramillete—, me dijo que se lo diera en sus manos, niña— murmuró la mujer en voz tan baja que sólo Amanda pudo oírla—, un muchacho apuesto... y para que usted supiera que era de él, me pidió que le dijera que el mensaje venía con alas. Eso me dijo… con alas.

Amanda oprimió con fuerza la l*avanda* entre sus manos.

—Muchas gracias. Me encanta esta lavanda.

Buscó en su bolso de mano y le dio una moneda de plata.

—Él ya me pagó, señorita— dijo la mujer con honestidad.

—No importa. Yo quiero darle esto por la molestia que se ha tomado.

Sentía que, de haber seguido sus instintos, le habría dado a la mujer una guinea. Era tan maravilloso saber algo de Peter.

Se volvió, cruzó el vestíbulo, para subir corriendo la escalera. Oyó el grito de la mujer, que salía a la calle pregonando su mercadería.

—¡*Lavanda!* ¡Compre su olorosa *lavanda!*

Agitada llegó a su dormitorio , cerró la puerta y dio vuelta a la llave. Con manos temblorosas desató el papel grueso que rodeaba el ramillete de lavanda.

Era una nota simple, escrita en la letra firme y clara que Amanda reconoció como de él:

Debo verte.

Encuéntrame esta noche en la pequeña Pérgola que hay al final del jardín. Te esperaré allí hasta el amanecer…

CAPÍTULO XXII

Milady Standon se había lanzado en una verdadera orgía de despilfarro. Amanda casi no podía dar crédito a sus ojos mientras iban de tienda en tienda, ordenando no uno sino una docena de vestidos, no dos ó tres sombreros, sino veinte o treinta. La lista de sus compras creció, sin que *Lady* Standon atendiera las súplicas, ni las protestas de Amanda.

Era como si *Lady* Standon se vengara haciendo que los gastos de su hermano fueran estratosféricos. Pieles, zapatos, bandas, tocados, fueron adquiridas en cantidades tales que Amanda renunció al inútil intento de recordar todo lo que habían comprado.

Por fin dijo, cuando se detuvieron con aire cansado en otra tienda de la Calle Bond:

—Estoy muy cansada, señora. ¿No podríamos regresar a la casa?

Por un momento *Lady* Standon pareció aliviada al escuchar la sugerencia; pero haciendo un nuevo esfuerzo contestó:

—Entraremos a ver qué hay aquí; y te prometo que ésta será la última tienda que visitaremos.

Complaciente, Amanda la siguió al lujoso interior, aunque ya había perdido todo interés en las adquisiciones que se hicieran.

Dejó a *Lady* Standon con la feliz propietaria, ordenando todavía más vestidos. Mientras tanto ella fue a curiosear al fondo de la Tienda, una colección de muñecas ordenadas en una vitrina.

No tenía sentido discutir con *Lady* Standon, pensó. Si era su deseo despilfarrar el dinero de su hermano, no había más remedio que permitírselo.

Amanda tenía decidido regalarle a Harriet una buena cantidad de aquellos vestidos. También algunos de ellos podrían adaptarse a su madre y con el tiempo sería posible que a Caroline se le arreglaran otros más.

Se preguntó si su familia pensaría en ella en esos momentos y si habrían recibido la carta de *Lord* Ravenscar comunicándoles su casamiento.

Con repentina tristeza supuso que quizás se habían olvidado de ella en medio del alboroto de mudarse a Frackenbury. Ellos pensaban que iban sólo a una Vicaría. No tenían idea que su destino era en realidad el Palacio Episcopal.

Estaba contemplando las muñecas, sin verlas, cuando de pronto de los probadores surgió una figura familiar.

Era *Lady* Isabel, que llevaba un sombrero adornado con plumas y un vestido cortado a la última moda. Amanda estaba en un costado y por un momento *Lady* Isabel no notó su presencia.

Al descubrirla, una expresión de intenso asombro invadió su rostro y Amanda comprendió, sorprendida a su vez, que nadie le había dicho lo sucedido. Después de una pausa perceptible, *Lady* Isabel pareció encontrar la voz.

—¿Cómo escapó?

La pregunta salió de entre sus labios rojos casi contra su voluntad. Era evidente que no reconocía que sus propias palabras la traicionaban.

Amanda se enfrentó con frialdad, sin turbación, a los ojos oscuros y vengativos de la mujer. Por primera vez desde que llegara a Londres, sentía total control de una situación.

—Me temo que no entiendo lo que dice, señora— contestó con tranquilidad—. ¿Por qué supone usted que escapé de algún lugar? ¿De cuál?

Vio que una especie de convulsión transformaba el rostro de *Lady* Isabel. Era evidente que no esperaba una respuesta así, menos aún, encontrarse a la propia Amanda.

—¡Maldita sea!— exclamó furiosa—.! Alguien va a pagar por esto!

Se volvió hacia la vendedora que la había seguido.

—¡Cancele esos vestidos!— ordenó, con una voz que era casi un ladrido —. Cancele todo lo que compré aquí esta tarde…

—Pero, milady… milady…— exclamó la vendedora con voz suplicante. *Lady* Isabel no le prestó ninguna atención.

Estaba observando furiosa a Amanda. Tenía los puños apretados, como conteniendo el deseo de pegarle. Entonces, rechinando los dientes, exclamó:

¡Ojalá usted también se pudra en el infierno al que me ha arrojado!

Sin decir más salió de la tienda, apresurada, dejando tras ella una atmósfera de tumultuosa incomodidad.

Amanda sintió que había llegado al límite de su resistencia emocional. Se dirigió a *Lady* Standon para suplicarle que dieran por finalizadas las compras de ese día y regresaran a la casa.

Ya en el carruaje de *Lord* Ravenscar, Amanda se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Lo único que la sostenía en pie, lo único que le permitía soportar el infierno que estaba ya viviendo, era la nota de Peter. La llevaba oculta junto a su corazón y le parecía sentir que el tiempo avanzaba a paso de tortuga, que nunca llegaría el momento feliz de volver a verlo. La tranquilizaba saber que podría contarle lo que estaba sucediendo. No quería ilusionarse con que él encontraría alguna solución, pero tampoco se atrevía a descartar del todo tal posibilidad, de ser salvada de tan desafortunado futuro.

Cuando por fin llegaron a la casa, *Lady* Standon bajó y subió con tanta prisa a su habitación, que no escuchó al mayordomo decir a Amanda:

—Hay un caballero esperándola, señorita . No quiso darme su nombre, pero dijo que usted lo había mandado llamar.

—Sí, por supuesto— asintió Amanda—. Lo estaba esperando.

—Lo hice pasar al cuarto de Música, señorita, pues pensé que usted no desearía que la interrumpieran, al regresar Su Señoría.

—Fue muy considerado de su parte. Muchas gracias.

Permitió que el mayordomo la condujera al cuarto de Música. La habitación daba al fondo de la casa y era muy poco usada. Amanda entró.

Un hombre alto, delgado, de edad madura, con el uniforme de los guardias granaderos, se levantó de la silla en la que había estado sentado. Tenía un rostro severo, algo arrugado, pero que Amanda juzgó que habría sido muy apuesto en su juventud. Su aspecto actual era el de un hombre brusco, muy reservado. Le hizo una breve reverencia y dijo, con visible sorpresa:

—¿Usted es la señorita Burke?

—¡Sí! ¡Buenas tardes!— dijo Amanda, devolviéndole la reverencia—. Soy Amanda Burke y usted, supongo, es el Coronel Graham Munro.

—Ese es mi nombre. Usted me escribió. Decía en su carta que tenía información de importancia para mí. No me imagino que pueda ser, ya que tengo poco tiempo de estar en el país, después de haber pasado quince años en la India. ¿No será un error?

—No Coronel, no es un error. Hay alguien que creo que le importó a usted mucho, hace algún tiempo. Ella se llama Charlotte.

—Creo, señorita Burke— dijo el Coronel muy serio—, que me hizo usted venir aquí por razones equivocadas. No tenemos nada de qué hablar.

El Coronel Munro se puso de pie. Le hizo una nueva reverencia, rígida y un poco torpe, antes de agregar:

—Buenas tardes, señorita.

Se dirigió con paso firme hacia la puerta. Amanda vio, con aire desolado, que se marchaba en verdad. Entonces, antes que él llegara a la puerta, dijo con voz tranquila, pero muy clara:

—¿Será posible que deje que su orgullo lo impulse a actuar de esa manera? ¿No tiene ningún interés, ninguna curiosidad por saber que ha sido de la mujer a la que usted amó una vez, y que lo amó con tanta desesperación que su vida fue una larga agonía, sin su presencia? Tal vez esté muerta… tal vez esté sufriendo, y usted ni siquiera parece interesado en preguntar cómo está.

El Coronel se detuvo al oír esas palabras. Entonces volvió para preguntar:

—¿Ha muerto?

Amanda dio un suspiro de alivio.

—¿Así que le importa a usted todavía lo suficiente para hacer esa pregunta?— murmuró.

—Mis sentimientos, no tienen nada que ver con este asunto— respondió el Coronel Munro—. No sé quién es usted, ni por qué está interfiriendo en mis asuntos privados. Pero como demuestra saber tanto, déjeme que exponga mi posición con toda claridad.

Tosió brevemente antes de continuar:

—Una vez, como usted supone con certeza, conocí a alguien llamado Charlotte. Sentí por ella un cariño que creí correspondido. Pero me equivoqué. Ella se casó con otro.

Había tal amargura en su voz, que Amanda comprendió todo lo que había quedado sin decir.

—Así que la recuerda. ¿Se ha preguntado usted por qué lo hizo?

—Eso era evidente— contestó el Coronel Munro.

—¿Evidente en qué sentido?— preguntó Amanda—. ¿Porque *Lord* Standon era más rico y más distinguido? ¿Porque era viejo… tan viejo que podía haber sido el padre de ella? ¿Porque fue obligada a casarse con un hombre al que detestaba y cuya moral le asqueaba? ¿Un hombre que, cuando ella se negó a satisfacerlo por su propia voluntad, la sometió a golpes?

—¿Quién le ha contado todo esto?— preguntó el Coronel Munro. Apretando los labios, había vuelto con lentitud sobre sus pasos, hasta detenerse junto a ella, cerca de la chimenea.

—Yo sé con exactitud lo que sucedió— contestó Amanda—. Sé que las cartas de ustedes, fueron interceptadas. Y sé que si hubiera sido usted lo bastante fuerte y decidido como para entrar a buscarla, ella habría huido con usted sin la menor vacilación.

—¿Cómo hubiera podido hacer tal cosa? Yo no tenía un penique. ¿Cómo podía haber vivido Charlotte con el sueldo de un corneta? ¿Cómo hubiera podido resistir las penalidades de la vida que podía ofrecerle?

—A ella le habría resultado mucho más hermosa que la vida que debió soportar con un hombre al que detestaba.

—Tal vez fui un torpe. Me pareció que no había otra alternativa que aceptar su decisión de separarnos.

—No fue su decisión— corrigió Amanda—, sino la de su hermano.

—¿De Ravenscar?— el Coronel enarcó las cejas—, así que él estaba en medio de todo este asunto— miró a su alrededor con repentino temor—. ¿De quién es esta casa?

—De *Lord* Ravenscar.

—Entonces debo marcharme— exclamó el Coronel—. No quiero permanecer ni un momento bajo el techo de ese tipo.

—No tiene por qué verlo a él— repuso Amanda en tono tranquilizador —. Pero antes que se vaya, hay algo que quiero darle como recuerdo del pasado, algo que estoy segura, usted atesorará.

—¿Algo de Charlotte?— preguntó él con una voz conmovida—. Sí, me gustaría mucho.

—Entonces espere aquí. No tardaré más de dos o tres minutos. No se irá, ¿verdad?

—No, se lo prometo.

Salió corriendo de la habitación, dejándolo a él junto a la chimenea y contemplando el fuego. Subió a la habitación de *Lady* Standon. Tardó pocos minutos en convencerla para que la acompañara a la sala de Música, donde tenía algo muy importante que mostrarle.

Lo único que angustiaba a Amanda era la posibilidad de la llegada de *Lord* Ravenscar en ese preciso instante y les preguntara adónde iban. Pero no fue así y llegaron al salón de Música sin que nadie las detuviera.

Amanda abrió la puerta. El Coronel estaba donde lo había dejado, contemplando el fuego. Levantó la cabeza al oírla entrar y su mirada fue desde ella hacia la mujer que la acompañaba.

Lady Standon había avanzado varios pasos en la habitación antes de reconocerlo. Entonces, se detuvo, ambos quedaron quietos como convertidos en estatuas de piedra ante los ojos de Amanda.

Por un largo momento, permanecieron contemplándose fijamente, con un pequeño grito de emocionada sorpresa, *Lady* Standon corrió hacia el Coronel.

—¡Graham! ¡Oh, Graham!

Llegó a su lado, tocó su pecho como queriendo asegurarse de que era él en verdad.

—¡Graham! ¡Graham!— repitió y había tanto amor y vibración en su voz, que Amanda no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.

Pareció entonces como si se hubiera producido una transformación. *Lady* Standon había desaparecido y en su lugar quedaba una jovencita… una muchacha de ojos brillantes, de mejillas encendidas y labios entreabiertos.

—¡Graham, eres tú de verdad!

Sus palabras sonaban como un salmo de alabanza y gratitud. El rostro de Coronel Munro, parecía haberse transfigurado también.

—¡Charlotte!— exclamó—. No has cambiado nada… ¡eres la misma de siempre!

Amanda salió y cerró la puerta tras ella. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Eran lágrimas de felicidad porque dos personas que se amaban se habían reencontrado y lágrimas de envidia, porque mientras estos enamorados tenían todo lo que importaba en el mundo, ella, en cambio, no tenía nada.

Después de un instante, enjugó las lágrimas y antes de subir a su habitación, ordenó a los lacayos que no permitieran que nadie molestara a *Lady* Standon, pues estaba arreglando un asunto importante en el salón de Música.

No tenía mucho tiempo de estar en su dormitorio, cuando *Lady* Standon entró corriendo. Tenía el rostro encendido y se veía pensó Amanda, apenas un poco mayor que ella.

Se puso de pie al verla entrar y *Lady* Standon la rodeó con los brazos y oprimió su mejilla contra la de ella.

—¡Gracias! ¡Gracias, Amanda!— exclamó—. ¡Me has hecho la mujer más feliz de la tierra! Ninguno de los dos sabemos cómo podremos agradecerte alguna vez lo que has hecho por nosotros.

—¿ Y por qué se fue tan pronto el Coronel Munro? ¿Qué ha pasado?— preguntó Amanda.

—Graham no quiso quedarse ni un minuto más de lo necesario en esta casa. Después de lo que mi hermano hizo con nosotros, no quiere respirar el mismo aire que Hugo. Pero mañana todo será diferente para nosotros, porque vendrá por mí. Ahora mismo se ha ido a buscar una licencia de matrimonio. Esta vez no necesitaré pedir la autorización de nadie para casarme.

Lanzó un pequeño suspiro de éxtasis antes de continuar:

—Graham quería que me fuera con él esta misma noche y que buscáramos un Sacerdote que nos casara, pero le dije que no podía dejarte. Sin embargo, en cuanto te hayas casado, no necesito entrar más en esta casa, ni volver a hablar a mi hermano.

—¿Tanto lo odia usted?— preguntó Amanda.

—Lo detesto por lo que me hizo. Cuando pienso en los quince años que Graham y yo pudimos haber disfrutado juntos….cuando pienso que no lo recuperaremos nunca… siento que no podré perdonarlo jamás.

—Tal vez sin esos años de ausencia, ustedes dos no se apreciarían tanto como ahora.

—Sí, Amanda tienes razón. ¡Oh, Amanda, pensar que me ha amado todos estos años? Nunca hubo otra mujer en su vida, más que yo. ¡Soy tan feliz! Pensé que jamás volvería a vivir la felicidad… que ya estaba vieja, acabada y sin sentimientos. Pero gracias a ti, soy joven de nuevo, soy feliz y estoy enamorada. No deseo nada más que estar con Graham… y él me quiere también.

—Me alegro mucho por los dos— dijo Amanda.

Lady Standon la abrazó de nuevo.

—Si también las cosas salieran bien también para ti, querida mía… —murmuró.

—Espero que si…

En esos momentos un lacayo llamó a la puerta y les dijo que *Lord* Ravenscar había llegado y que quería verlas en el salón.

—No debemos hacerlo esperar— dijo *Lady* Standon a toda prisa—. Amanda, procura entretenerlo para que no se fije mucho en mí. Si me mira de cerca adivinará que algo ha sucedido y si trata de impedir por segunda vez mi matrimonio con Graham, creo que lo mataría con mis propias manos.

—Haré lo mejor que pueda— prometió Amanda.

Cruzaron el pasillo en dirección del salón. *Lord* Ravenscar las estaba esperando ya.

—Tengo algunas instrucciones de último momento que debo darles— dijo—, no puedo cenar aquí esta noche porque he organizado una cena en Wattier's. Es privilegio de todo novio, mi querida Amanda, el tener una última noche de parranda antes de sacrificar su libertad.

—Lo entiendo perfectamente, milord— contestó Amanda con tranquilidad.

—Acabo de estar con el Príncipe— continuó *Lord* Ravenscar—. Cree tener un leve resfriado y ya saben cómo es de cuidadoso con su salud. Por lo tanto, se ha decidido que el matrimonio no tendrá lugar en la Capilla de Grosvenor, como era nuestra intención, sino en el *Salón Chino* de la Casa Carlton. El Arzobispo de Canterbury oficiará.

—¡El Arzobispo!— exclamó Amanda.

—Sí, así es. No cabrá la menor duda de que quedaremos bien unidos. Y te alegrará saber, que el Arzobispo ha aprobado el nombramiento de tu padre, como Obispo de Frackenbury. En estos momentos estoy enviando una nota a la Gazette, sobre la celebración del matrimonio entre el Octavo Barón Ravenscar y Amanda, hija mayor del Obispo de Frackenbury y la señora Burke.

—¡ Papá… Obispo!— exclamó Amanda—. ¡Qué orgulloso se sentirá!

—¿Y tú… te sientes orgullosa o agradecida?—preguntó el Barón.

—Desde luego, ambas cosas, milord.

—Me alegra mucho saberlo— repuso *Lord* Ravenscar en un tono burlón. En esos momentos un lacayo entró diciendo:

—Ha llegado un hombre con una cesta de pájaros, milord. Dijo que usted lo estaba esperando.

—Sí, es Whistler, mi pajarero!— dijo *Lord* Ravenscar—. Esta es otra pequeña adición a la ceremonia de mañana, que te complacerá, Amanda. Es una vieja costumbre, olvidada con frecuencia, que la novia suelte algunas palomas blancas después de la boda. Lo sugerí a Su Alteza Real y se mostró encantado con la idea; este tipo de cosas le fascinan. Así que pedí a Whistler, el hombre que me ha conseguido todas las bellas criaturas de mi pajarera, que me trajera todas las palomas blancas que le fuera posible. Vamos abajo a verlas.

—Me parece una idea encantadora— comentó Amanda.

—Y tú qué piensas, Charlotte?— preguntó *Lord* Ravenscar como si apenas descubriera la presencia de su hermana.

—Yo me pregunto a menudo, qué será de las pobres palomas— contestó *Lady* Standon en un tono de voz incoloro e indiferente, de manera deliberada—, he sabido que algunas palomas mueren de hambre, cuando las

sueltan en lugares que les son desconocidos, o sucumben víctimas de las aves de rapiña.

—¡Como siempre, Charlotte sólo ve el lado negativo de las cosas!— criticó *Lord* Ravenscar con indiferencia—. Ven, Amanda, veamos lo que Whistler nos ha traído.

Bajaron hacia el salón donde estaba la pajarera. Cuando llegaron al vestíbulo, Amanda notó que *Lady* Standon no los acompañaba, pero no se sintió temerosa ya que no quedaría a solas con *Lord* Ravenscar. El señor Whistler estaría ahí, con sus palomas.

Cuando cruzaron el vestíbulo, el reloj de pie estaba dando las seis. *Lord* Ravenscar sacó el reloj de su bolsillo.

—Sólo podré detenerme unos cuantos minuto y poco más— dijo—. Tengo que cambiarme y mi fiesta empieza a las siete y media.

—Y usted, como anfitrión, no puede llegar tarde, ¿verdad, milord?— preguntó Amanda con aire inocente.

E1 tiempo que transcurrió entre las seis y las doce de la noche a Amanda le pareció un siglo. Tanto ella como *Lady* Standon habían decidido cenar en sus respectivas habitaciones. Amanda se excusó diciendo querer descansar y *Lady* Standon aseguró, por su parte, que deseaba pensar en su amado Graham.

Cuando la doncella fue a recoger la bandeja, Amanda comentó que se dormiría inmediatamente y que no permitiría que la molestaran por nada. Al estar segura de que ningún sirviente se atrevería ya a llamar a su puerta, Amanda se levantó y se vistió.

Deseaba verse espléndida para Peter por eso eligió uno de sus vestidos nuevos, uno de los mejores. Era un vestido muy sencillo; pero la tela, suave y muy fina, así como el talle alto la hacían verse tanto elegante como hermosa. Se arregló el cabello con especial cuidado. Aun así, estuvo lista como dos horas antes de la hora indicada por Peter.

Por fin, cuando las manecillas del reloj se acercaban con lentitud a la medianoche, Amanda tomó un chal, se lo echó a los hombros y salió de su habitación con el mayor sigilo.

La casa estaba en completo silencio, pero Amanda sabía que había lacayos de guardia en el vestíbulo, y en la puerta del frente, por lo que usó una escalera de servicio y salió al jardín por una puerta lateral poco usada

Se alejó de la casa a la carrera, y corrió el jardín, en dirección de la Pérgola que estaba en el fondo del mismo.

Había sido construida con intención de dar un efecto de elegante edificio visto desde la casa. Pero no era, en realidad, más que un pequeño conjunto de columnas colocadas sobre un alto muro de fondo. En su interior había espacio suficiente para una banca, y el techo en forma de cúpula producía unas sombras, que hacía invisible a cualquier persona que se encontrara adentro, a esa hora de la noche.

Amanda llegó y entró un poco temerosa. Por primera vez desde que recibiera la nota de Peter, temió que fuera una nueva trampa de *Lady* Isabel.

Al deslizarse entre los pilares, sintió que la rodeaban sus brazos y, con una ligera exclamación de alivio, se encontró muy cerca del corazón de su amado.

—¡Mi cielo! ¡Mi pequeño amor! Temía que no pudieras venir.

—Y yo temía que no estuvieras aquí— contestó ella—. ¿Cómo supiste que yo te necesitaba con tanta desesperación?

—Lo presentí— contestó él—. Algo me decía que me necesitabas.

—Te he llamado con toda mi alma. ¿De veras me escuchaste?

—Cuando tu corazón late, el mío lo hace también. ¿Qué ha sucedido?

Peter no la besó, pero le hizo sentarse junto a él en la banca.

—Yo… yo… voy a casarme mañana— anunció Amanda con voz trémula.

Sintió que sus palabras eran como una bofetada para Peter. Pareció estremecerse bajo su impacto. Entonces, con voz ahogada, exclamó:

—¡Oh, cielo santo! ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo salvarte?

CAPÍTULO XIII

Amanda permaneció inmóvil, mientras las expresiones de admiración surgían alrededor de ella.

—¡Exquisita!

—¡La señorita será una novia hermosísima!

Casi no escuchaba los cumplidos, solo sentía un agudo dolor dentro del pecho y una sensación de opresión en la garganta. Tenía las manos frías y el rostro que la miraba desde el espejo parecía indiferente a todo, excepto por los ojos que reflejaban una completa desolación.

¿Podía estar sucediendo eso en verdad?, se preguntó para sí. ¿Era posible que, en verdad, hubiera llegado el día de su boda?

Sin embargo, la esperanza se negaba a morir en su mente. Había creído con tanta firmeza que a esa hora debía haber ocurrido algo, que no podía aceptar que ya no hubiera milagro capaz de salvarla. En el fondo de su mente escuchaba la voz desesperada de Peter preguntándose en voz alta cómo podría salvarla.

Sentía que el mundo se derrumbaba sobre sus hombros. Los dedos de Peter habían oprimido con fuerza los de ella y Amanda había percibido el tono trágico de su voz.

Después de decir eso, Peter había guardado silencio, Amanda también. Estaba más allá de las lágrimas, más allá de las súplicas y, de un modo extraordinario, más allá del terror que le había producido en otras ocasiones el pensamiento de perderlo para siempre. Ahora le parecía que lo inevitable había ocurrido y que ella debía aceptar la situación tal como se presentaba.

Después de largo rato en silencio, Peter inclinó la cabeza y ocultó el rostro en las manos de ella.

—Te estoy fallando, Amanda— había dicho con voz entrecortada—, estoy perdiendo a la única persona en el mundo que amo en forma

completa, absoluta.

—No es tu culpa— murmuró ella sintiéndose destrozada por el tono trágico de él.

—Si sólo tuviera algo para ayudarme, por pequeño que fuera— dijo Peter—. ¡Una pista! ¡Un indicador! Parece que estuviera tropezando contra un muro infranqueable.

—He rogado a *Lord* Ravenscar que esperásemos pero él insistió en casarse mañana. Pero, ¿por qué, Peter? ¿Por qué esta absurda premura?

—Creo que puedo contestar eso— contestó Peter—. *Lady* Isabel ha enviado por su primo, el Duque de Eastminster, que vive en el norte del país. Tiene varios años ausente de Londres, pero era amigo y confidente del Príncipe, en sus días juveniles y aún mantiene la misma influencia con Su Alteza Real. *Lady* Isabel está segura que la defenderá, ya que insiste en que *Lord* Ravenscar está comprometido con ella. Una palabra del Príncipe sería suficiente para que *Lord* Ravenscar se viera obligado a casarse con ella.

—Así que ésa es la razón— murmuró Amanda—. ¿Y cuándo llegaría el Duque a Londres?

Peter se encogió de hombros.

—Es muy improbable que pueda llegar aquí en las próximas cuarenta v ocho horas. Para entonces, será demasiado tarde.

Amanda casi no podía dar crédito a esas últimas palabras pero habían sido pronunciadas y ambos lo sabían. Entonces sintió que Peter se incorporaba de pronto y echaba hacia atrás los hombros.

—No estás casada todavía— dijo él—. Tienes que tratar de ayudarme, ¡Piensa, Amanda! Recuerda quiénes han estado en la casa desde que estás aquí. Piensa en cada persona que haya visitado a *Lord* Ravenscar. No omitas a una sola. Dime sus nombres.

—Han sido muy pocas personas, en realidad— repuso Amanda con aire desconcertado—. *Lord* Ravenscar ha pasado la mayor parte del tiempo con el Príncipe. Fuimos a una cena en la Casa Carlton, pero cuando me informó que estabas muerto, no escuché ningún nombre más de los presentes. Todo me parecía una extraña pesadilla. Aunque estaba presente sentía que no tenía relación con nadie.

—Olvida la cena. ¿Quienes más han venido?— preguntó Peter.

—Ha estado viniendo un señor Wassell— contestó Amanda.

—Sí, se todo acerca de Wassell. Lo he estado viendo entrar y salir. Es un tipo desagradable y yo no confiaría en él para nada. Pero es un amigo íntimo de *Lord* Ravenscar y no hay nada que podamos saber de él, o sobre él.

—Creo que no hay más— dijo Amanda, buscando con desesperación en su mente—. *Lady* Isabel vino un día, pero recordarás que te hablé de ella. Y, desde luego, estuvo esta tarde el Pajarero.

—¿El pajarero?— preguntó Peter con voz aguda.

—Así llamó *Lord* Ravenscar a este señor, que se apellida Whistler. Él le compra aves exóticas para su pajarera, pero creo que no es un hombre muy honrado que digamos, porque esta noche, cuando trajo las palomas para la boda… oh, olvidaba contarte que abriré dos cestas de palomas, para que vuelen desde el balcón de la Casa Carlton, cuando concluya la ceremonia. *Lord* Ravenscar dice que es una vieja costumbre de su familia.

—Dijiste que Whistler no es un hombre honrado. ¿Por qué dices eso?

—Bueno, esta noche, cuando trajo las palomas y *Lord* Ravenscar me las mostró, noté que no sólo había palomas blancas en las cestas. Dos o tres de ellas eran palomas grises, del tipo de las palomas mensajeras, nada más que les habían teñido las alas de blanco.

—¡Palomas mensajeras!

Oyó con sorpresa cómo Peter casi gritaba aquellas dos palabras. Entonces se puso de pie de un salto y habló a Amanda para que se levantara también.

—¡Mon Dieu! ¡Qué tonto he sido!— gritó—. ¡Amanda! ¡Amanda! ¡Me has dado lo que necesitaba!

La rodeó con los brazos y la oprimió contra su pecho.

—Pide a Dios que llegue a tiempo, mi amor— dijo. Y antes que ella pudiera preguntar qué quería decir con eso, él ya estaba corriendo para subir por la rejilla de las enredaderas que cubría el muro.

Llegó a lo alto. Por un momento su silueta se dibujó contra el cielo, levantó la mano hacia ella, a modo de saludo, antes de desaparecer del otro

lado.

Ella lo siguió con la mirada hasta el último momento, perpleja y asombrada. ¿Qué detalle había causado tal conmoción? ¿Por qué había pasado Peter de una actitud de derrota, a otra de acción y urgencia?

Con lentitud volvió a la casa y subió a su dormitorio. Por algunos minutos sintió que tal vez, había dado a Peter la pista que buscaba; pero después, a medida que pasaban las largas horas de la noche, fue invadiéndola la desolación y sólo quedaba en su mente la actitud de derrota que Peter tenía al principio de la conversación de esa noche.

La mañana trajo la luz y un evidente ambiente de excitación entre las doncellas, que le subieron el desayuno a la cama, le prepararon el baño y la ropa que usaría para su boda.

Fue contratado un peluquero para el peinado nupcial, al concluir su tarea llegó el momento espectacular de vestirse de novia. Para entonces había media docena de mujeres en su habitación, la señora Hewitt, las dos doncellas, la modista que había confeccionado el vestido y su ayudante, que darían los últimos retoques y, por último, *Lady* Standon.

Era difícil reconocer a la sombría e indiferente mujer de edad madura que Amanda había conocido, en la mujer joven y sonriente, que ahora entraba en su dormitorio vestida a la última moda, en un traje que debió haber comprado tan pronto como las tiendas abrieron.

Se inclinó a besar a Amanda y apareció en su rostro una expresión de ternura y compasión nunca vista antes. Debido a que estaba presente parte de la servidumbre, no pudieron decirse nada relevante pero Amanda se sabía comprendida por *Lady* Standon y eso aliviaba en parte su desventura.

Una vez que el vestido nupcial estuvo listo en el cuerpo de Amanda, la señora Hewitt se dirigió a la puerta y el mayordomo entró con un gran estuche en la mano.

—Su Señoría le envía sus respetos— dijo el mayordomo a Amanda—, y la famosa tiara de brillantes para sostener el velo y un collar de diamantes, que espera, usted le haga el honor de usar.

Amanda miró con indiferencia la magnífica tiara en forma de guirnalda de flores. El peluquero fijó la tiara en su cabeza; entonces *Lady* Standon colocó alrededor de su cuello el collar de diamantes. De nuevo la habitación

se llenó de exclamaciones de admiración y entusiasmo, ante los cuales Amanda permanecía imperturbable.

Un repentino llamado a la puerta le hizo girar la cabeza con rapidez, esperando sin esperanza algún mensaje que impidiera la ceremonia nupcial. Sin embargo, un segundo más tarde oyó la voz de *Lord* Ravenscar diciendo:

—Amanda, quiero hablar contigo. Ven al salón.

—Como ordene Su Señoría.

Amanda habló sin pensar y oyó a una de las doncellas murmurar:

Eso es de mala suerte. El novio no debe ver a la novia antes de la ceremonia.

La señora Hewitt le ordenó que se callara, al mismo tiempo que levantaba la cola del vestido nupcial. Amanda salió con lentitud del dormitorio, cruzó el pasillo y entró en el salón. *Lord* Ravenscar se veía magnífico, nadie lo podía negar, en su uniforme de gala de los Húsares, de los cuales era Coronel en Jefe Honorario. Sobre él relucían sus medallas y condecoraciones que, combinadas con los galones dorados de la chaqueta, su sombrero de copete de plumas y su espada ornamental, desvanecían las líneas de disipación que había en su rostro y el cínico rictus de sus labios.

Pero Amanda sólo vio la expresión tan temida de sus ojos. La observó de arriba a abajo y ella notó cómo se encendía el fuego de su pasión, oscura e inquietante, en la mirada que le dirigía.

—¿Está satisfecho Su Señoría— preguntó con delicadeza la señora Hewitt.

—Estoy muy satisfecho, señora Hewitt— contestó *Lord* Ravenscar con una sonrisa—. Se ve encantadora. Una novia que cualquier hombre consideraría muy deseable.

Había cierta nota en su voz, que demostraba con toda claridad a Amanda que él conocía los verdaderos sentimientos de ella. Él sabía que había dado el corazón a otro hombre, sin embargo, en su bestialidad, eso contribuía a excitarlo, a hacer que la deseara más aún.

—Vine a avisarte, Amanda, que salgo en estos momentos hacia la Casa Carlton. El carruaje que conducirá a mi hermana y a ti estará esperando afuera dentro de cinco minutos exactamente. No deben llegar tarde. Al

Príncipe le disgusta que lo hagan esperar, sobre todo cuando tiene un resfriado.

—Estoy lista, como Su Señoría comprobará— contestó Amanda, como un prisionero que declara estar listo para la guillotina.

—Yo estoy impaciente, sin duda alguna— agregó *Lord* Ravenscar en tono burlón—. Veo la ansiedad con que tú esperas lanzarte a mis brazos abiertos. ¡Oh, Amanda! Esta tarde saldremos de Londres, hacia nuestra luna de miel.

—¿Nuestra luna de miel? Todavía… no había pensado, en eso— exclamó la joven.

—Todo está arreglado. Pero será una sorpresa. Te prometo muchas sorpresas durante nuestra vida juntos. Esta será la primera de ellas.

Levantó los dedos fríos y temblorosos de Amanda para llevárselos a los labios. Ella sintió que la devoradora pasión de la boca del Barón parecía quemarle la piel. Entreabrió los labios con intención de gritar que no seguiría adelante, pero los sonidos se apagaron en su garganta.

—¿Puedo entrar?— preguntó una voz desde la puerta.

Lord Ravenscar soltó la mano de Amanda.

—¡Oh, eres tú, Wassell! Me estaba preguntando qué diablos habría pasado contigo.

—Me entretuvieron en el *Club*— explicó el señor Wassell.

Entró en el salón y Amando pudo ver que estaba vestido en una forma muy elegante y moderna, pero exagerada. Su alta corbata le llegaba casi a las orejas, su chaqueta amarilla era una parodia de las usadas por los más distinguidos aristócratas de St. James.

—Hay novedades…— empezó a decir.

—¡Novedades! ¿Pero qué novedades?— preguntó *Lord* Ravenscar a toda prisa.

—Napoleón Bonaparte está siendo coronado hoy como Emperador de Francia— contestó el señor Wassell con la solemnidad de quien comunica una noticia importante.

—¡Emperador de Francia!— exclamó *Lord* Ravenscar—. ¡Caramba, el hombre es invencible!

Había un brillo extraño en sus ojos al decir eso.

Entonces, desde el umbral, donde presenciaba la escena, *Lady* Standon, dijo:

—Nadie puede llamar a Bonaparte invencible hasta que haya conquistado Inglaterra. La flota para la invasión aún está esperando en la Bahía de Dieppe.

—Y el verano se extiende ante nosotros, Charlotte— dijo *Lord* Ravenscar.

—Es demasiado tarde— replicó *Lady* Standon—. Dicen que perdió la única oportunidad que tuvo de hacer el intento.

—¿Y quién te ha dado información tan interesante, me permites saberlo? —preguntó *Lord* Ravenscar.

Lady Standon no contestó y Amanda, interviniendo para que *Lord* Ravenscar no desconfiara del repentino interés de Lady Standon en asuntos militares, preguntó a toda prisa:

—¿Significará esto algo para nosotros… para nuestro país, quiero decir? Me refiero al hecho de que el General Bonaparte se haya convertido en Emperador.

—Debo ir a la Casa Carlton para averiguarlo— contestó *Lord* Ravenscar —, esperaré tu llegada, querida Amanda, más ansioso que el común de los novios.

De nuevo, se estaba burlando de ella, pensó Amanda. Al mismo tiempo que notaba que las noticias del señor Wassell, por alguna razón desconocida, lo habían dejado satisfecho.

Salió de la habitación con un estado de ánimo muy optimista, opinó para sí Amanda; y oyó su voz con una nota de excitación revelando buen humor, al bajar la escalera.

Cinco minutos después ella y *Lady* Standon se pusieron en camino hacia la Casa Carlton. No hablaron mucho. Había muy poco, que pudieran decirse. Amanda sabía que *Lady* Standon estaba contando las horas hasta que la boda hubiere terminado, para poder reunirse con el hombre amado. *Lady* Standon sabía, por su parte, que Amanda padecía cada segundo que la acercaba a un matrimonio odiado, temido. Y, sin embargo, ¿qué podían hacer alguna de las dos para evitarlo?

El carruaje, tirado por cuatro caballos, con sus jinetes de guardia con librea color vino y oro, cruzó la Plaza Berkeley, siguió por Piccadilly y dio vuelta hacia la Calle de St. James. A través de su velo, Amanda observaba a todos los transeúntes con la esperanza de encontrar a Peter, pero éste no se hallaba entre ellos, ni en la multitud congregada frente a la Casa Carlton. Sentía la certeza de que, si no podía salvarla, al menos estaría presente para que ella pudiera verlo por última vez .

¿Por qué se preguntaba, Peter se había alejado de ella la noche anterior, sin darle siquiera un beso de despedida? ¿Por qué no la había oprimido contra su corazón y le había dicho que la amaba, aunque fuera por última vez?

El carruaje se detuvo. Ella comprendió que su última esperanza había desaparecido.

—Dios te bendiga— murmuró *Lady* Standon.

—¡Buena suerte!— gritó alguien de la multitud y un ramito de romero blanco cayó a los pies de Amanda.

Ella no se inclinó a recogerlo. Sabía que nada ya podía darle buena suerte.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, encontró que la estaba esperando el Secretario Particular del Príncipe.

—Llega usted a la hora exacta, señorita Burke— dijo con la mayor formalidad—. Su Alteza Real la está esperando.

La condujo hacia el *Salón Chino* y ella vio que un numeroso grupo de personajes importantes se había reunido allí. El Príncipe, resplandeciente en una chaqueta de terciopelo rosa oscuro, con el pecho cubierto de condecoraciones, se encontraba de pie en el centro del recinto. Más allá de él, ante un Altar improvisado, se encontraba el Arzobispo con las vestiduras religiosas, para tal Ceremonia.

Amanda hizo una profunda reverencia ante el Príncipe.

—¡Bienvenida sea la novia!— dijo el Príncipe, extendiendo la mano y Amanda comprendió que él disfrutaba de esta pequeña comedia en la que podía desempeñar un papel de importancia.

Con gran pompa y dignidad, el Príncipe le ofreció el brazo y avanzaron con lentitud a través del salón, hacia donde Amanda podía ver que *Lord*

Ravenscar la aguardaba. El Príncipe avanzó con deliberada lentitud y Amanda sintió que les había tomado una hora cruzar todo el *Salón Chino.*

Ahora *Lord* Ravenscar se colocaba de su otro lado. Amanda vio cómo sus ojos parecían perforar los suyos, advirtió la sonrisa en sus labios gruesos y deseó morir.

El Arzobispo empezó el servicio. Amanda lo oyó decir las palabras con las que estaba familiarizada desde que era niña.

—¿Quién entrega esta mujer a este hombre?

—¡Yo!

El Príncipe pronunció con firmeza y solemnidad esa sola palabra, para comenzar la siguiente parte del servicio.

Amanda cerró los ojos. Si sólo pudiera desmayarse, o morir, pensó… si sólo viniera un terremoto, se abriera la tierra y se la tragara… pero ninguna de esas cosas sucedía.

—Diga lo que voy diciendo— ordenó el Arzobispo—. Yo, Hugo Alexander…

—Yo, Hugo Alexander…

—Te tomo, Amanda María…

—Te tomo, Amanda María…

—Como mi legítima esposa…

—Como mi legítima esposa…

—Para bien o para mal…

Todo había terminado, pensó Amanda. No había ya el más pequeño rayo de, esperanza. Se estaba casando con un hombre al que odiaba con la última gota de sangre que había en su cuerpo.

«¡Lo odio! ¡Lo odio!», casi dijo las palabras en voz alta y entonces se dio cuenta de que había llegado su turno.

—Diga lo que voy diciendo. Yo, Amanda María…

—Yo, Amanda María…

—¡Alto!

Una voz desde la puerta que había detrás de ellos, fuerte y autoritaria, pareció retumbar por todo el salón.

—¡Detengan esta ceremonia!

Las palabras hicieron a todos volver la cabeza. En medio del repentino silencio que se produjo, en medio del aliento contenido de todos los presentes, Amanda descubrió a Peter de pie ahí… Peter, con una extraña expresión de mando en su rostro, que ella nunca había visto antes. Detrás de él, escoltados por dos corredores de la calle Bow, venían dos hombres, uno al que reconoció como el hombre apellidado Whistler, el otro, un marinero que llevaba las altas botas de goma de su oficio.

En la estupefacción general que siguió, fue el Príncipe quien exclamó:

—¡St. Just! ¿Qué haces aquí?

Peter avanzó a toda prisa hasta llegar frente al Príncipe, entonces hizo una reverencia.

—Debo implorar el perdón de Su Alteza Real por la intromisión— dijo —, pero éste es un asunto de la mayor urgencia, un asunto que concierne a la seguridad no sólo de Su Alteza Real, sino a todos los súbditos de Su Majestad.

—¿Mi seguridad?— exclamó el Príncipe—. ¿Qué significa todo esto? ¿Y quién te dejó entrar?

—Imploro a Su Alteza Real que me escuche por un momento— rogó Peter—. Cuando usted me envió al exilio por difamaciones y acusaciones no probadas contra un miembro de su casa y contra su amigo, *Lord* Ravenscar, prometí que un día demostraría que lo que en ese entonces decía era una prístina verdad.

—No veo por qué tengo escuchar esto ahora— dijo el Príncipe con aire petulante—, fuiste enviado al exilio, St. Just, con órdenes de no volver al país. No puedo explicarme cómo es posible que hayas llegado hasta esta habitación sin ser arrestado.

—Eso es lo que he venido a explicar a Su Alteza Real, y debido a que este complot contra Inglaterra, se está llevando a cabo bajo este mismo techo, debo solicitar su indulgencia.

—¿Un complot aquí?— preguntó el Príncipe, mirando a su alrededor—. ¿Cómo es eso posible?

—Eso es lo que puedo demostrarle, Alteza— declaró Peter.

Hizo una señal y los corredores, llevaron hacia el frente al marino.

—Quisiera que Su Alteza Real— continuó él—, escuchara a este hombre. Es el dueño de un bote de pesca, el Lucy Jane, que, casi siempre pesca en el Canal y en el Mar del Norte. El podrá decirle que le fue pagada una elevada suma de dinero para recoger a intervalos regulares, paquetes de otro barco de pesca, con el que se encontraba de noche en un lugar prefijado. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor, es cierto— contestó el pescador con esfuerzo.

—Ahora diga a Su Alteza Real de qué nacionalidad era el bote del cual recogía esos paquetes.

—Era francés— declaró el hombre.

Un rumor repentino recorrió la habitación. Los invitados a la boda avanzaron un poco más, curiosos por escuchar con claridad lo que se estaba diciendo. *Lord* Ravenscar, que parecía haber enmudecido de la impresión, pareció reponerse y exclamó:

—Su Alteza, ¿no podríamos terminar la ceremonia antes de entrar en tales detalles extraordinarios?

El Príncipe hizo un gesto autoritario con la mano.

—No, no— dijo—. Quiero oír lo que St. Just tiene que decirnos.

—Un paquete de un barco francés— repitió Peter en caso de que alguien no hubiera escuchado—. ¿Y qué había en esos paquetes?

—No me pareció que hubiera daño alguno en lo que hacía, Su Alteza Real— dijo el marino—. Todo era muy inocente, de veras.

—¿Qué había en el paquete?— repitió Peter.

—Sólo palomas. Palomas que eran devueltas a su dueño, según me explicaron a mí.

—¡Palomas!— exclamó Peter—. Y usted las entregaba, cuando llegaba a su destino a este hombre que está aquí, ¿verdad?

—Sí, señor.

Peter se volvió hacia el hombre llamado Whistler.

—Estas palomas le eran entregadas a usted, ¿no es cierto— preguntó Peter.

—Sí, Señor.

—¿Y qué hacía usted con ellas?

—Eran mías, milord. Eran palomas que reunían algunos amigos, y luego me las devolvían.

—¿Nadie le había ordenado que las enviara o las recibiera de regreso en esta forma tan peculiar?

Whistler titubeó. Era evidente que estaba sujeto a un grave conflicto interno. Gotas de sudor perlaron su frente y miró hacia *Lord* Ravenscar. Titubeó de nuevo y entonces dijo con firmeza:

—No, señor, la idea era toda mía.

—Me alegro mucho que sea usted tan rico, señor Whistler— dijo Peter con sarcasmo—, diez guineas por cada paquete entregado a usted de esta manera, y procedente de Francia, me parece una suma de dinero muy elevada para un hombre en su posición.

—¡Diez guineas!— exclamó alguien de los presentes.

—Usted, desde luego, reconocería a sus palomas si volviera a verlas, ¿verdad?— continuó Peter—. ¡Está bien! Eso era lo que yo quería saber.

Se volvió hacia la puerta y dijo a dos lacayos que estaban de guardia:

—Traigan las palomas, por favor.

Los presentes lanzaron una exclamación ahogada cuando una gran cesta adornada con lazos blancos, fue llevada al centro del salón.

—¡No entiendo nada!— exclamó el Príncipe.

—Voy a explicar a Su Alteza Real de qué asunto se trata— contestó Peter—, estas palomas han sido traídas para la ceremonia nupcial. Serán soltadas por la propia novia desde el balcón de esta casa. Pasaron la noche en la Casa de Lord Ravenscar, en la Plaza Grosvenor. Ahora, hay entre ellas algunas que no son del tipo común. ¡Estas palomas, de las llamadas mensajeras, llevan alrededor de las patas, secretos de este país, que serían de valor incalculable para el flamante Emperador de Francia!

—¡Cielos… palomas mensajeras!— exclamó alguien.

—Ahora bien— continuó Peter—, no intento abrir la cesta yo mismo… alguien podría decir que estaba prejuiciado. Así que voy a pedir que personas ajenas a mí, pero capaces de conocer el valor de los secretos que se enviarían al país enemigo, las examinen…

Observó a los invitados a la boda:

—General Arthur Wellesley, Almirante *Lord* Cornwallis... ¿tendrían la bondad de hacerlo ustedes?

Los dos hombres mencionados dieron un paso adelante. En ese momento Amanda escuchó una repentina exclamación:

—¡Maltido sea!

Al volverse descubrió la expresión de ira en el rostro de *Lord* Ravenscar y notó que éste comenzaba a desenfundar la espada.

—¡A un lado!— gritó—. ¡Le clavaré esto en el pecho al primer hombre que intente detenerme!

Empezó a caminar entre los invitados, con el desnudo acero en la mano. Todos retrocedieron, con expresión de sorpresa y alarma.

—¡Ravenscar! ¿Qué es lo que estás haciendo?— exclamó el Príncipe.

Peter dio un salto adelante y, sorprendiendo a un azorado Embajador, le quitó la espada de su funda, antes que éste se percatara de lo que estaba sucediendo.

—¡Este hombre es mío!— exclamó Peter—. ¡En guardia, Ravenscar!

Lord Ravenscar se volvió hacia él y su espada relampagueó. Se escucharon gritos por todos lados:

—¡No pueden luchar frente al Príncipe!

—¡Deténganlos!

Pero antes que nadie pudiera hacer nada, el Príncipe levantó la mano.

—No, déjenlos— ordenó—. St. Just tiene derecho a vengarse.

Alguien movió la cesta de las palomas hacia un lado. Los corredores llevaron a Whistler y al marinero a un rincón lejano de la habitación.

Y ahora los dos hombres comenzaban a lanzarse estocadas con una violencia desenfrenada que reveló a los espectadores que aquello no sería una simple exhibición de habilidad con la espada, sino una lucha a muerte.

Amanda permanecía inmóvil en su lugar, mientras sus oraciones pidiendo a Dios la protección para Peter temblaban en sus labios. Al interrumpirse la ceremonia, Amanda había sentido que su corazón saltaba hasta casi ahogarla, o que se le habría salido del pecho para volar hacia él. ¡Peter había llegado! ¡La había salvado!

Comprendió al escuchar su voz y verlo de pie ahí, que había estado loca al no confiar en él, al no comprender que sin importar lo que sucediera, él no le fallaría. Y ahora Peter se hallaba en peligro mortal.

Oyó a la gente murmurar a su alrededor. Alguien dijo:

—Ravenscar siempre ha sido un experto en cuestión de duelos, Ya ha matado a dos hombres, hasta donde sé.

«¡Oh, Dios mío, sálvalo!», murmuró Amanda, con los ojos clavados en Peter.

No había duda de que estaba en cierta desventaja. Pero tenía la juventud de su lado. Estaba, por el momento, a la defensiva, retrocediendo, avanzando sólo cuando *Lord* Ravenscar haciendo un esfuerzo supremo, fallaba en su intento de acabar con él. Parecía estar reservando sus fuerzas, tratando de cansar al otro, mucho mayor que él.

De pronto, pareció lanzarse al ataque. Empezó a hacer que *Lord* Ravenscar retrocediera a todo lo largo del salón, lo lanzó hacia la antesala contigua y de ahí al pasillo que había en lo alto de la escalera. El hombre se defendía con desesperación, pero Peter atacaba sin misericordia.

El choque del acero era el único sonido que se escuchaba, mientras los invitados, siguiendo al Príncipe, se apretujaban tratando de salir también detrás de él.

La luz de las velas se reflejaba en sus joyas, en sus condecoraciones y en los rostros tensos que seguían el curso de la contienda.

Peter se lanzó de pronto hacia adelante. *Lord* Ravenscar trató de eludirlo, pero no lo logró. La espada penetró en su hombro. el golpe lo empujó hacia atrás, llevándolo hasta lo alto de la escalera, trastabilló y cayó. Rodó pesadamente, cayendo de escalón en escalón, hasta quedar tendido, convertido en una figura retorcida, al pie de la escalera, en el vestíbulo de mármol.

Peter se asomó por la barandilla. Había sangre en la hoja de su espada, pero él no parecía notarlo. Alguien bajó corriendo la escalera, hasta llegar al lado de *Lord* Ravenscar. Era el médico particular del Príncipe. Lo examinó y entonces dijo en voz alta:

—Está muerto… se rompió el, cuello.

Peter se volvió hacia el Príncipe.

—¡Así mueren todos los traidores, Su Alteza Real!

El Príncipe hizo un gesto con las manos.

—Llévenselo de aquí! ¡Llévenselo!— exclamó con disgusto—. Sígueme, St. Just.

Se volvió y caminó de regreso al salón, donde Amanda continuaba de pie, en el mismo lugar que la habían dejado, frente al altar. Ella no había seguido al grupo porque no se había atrevido y porque sabía que lo único que podía hacer en esos momentos era rezar por Peter.

Ahora, al verlo regresar triunfador, junto al Príncipe, ahogó un pequeño grito y sus manos subieron a su pecho, mientras sus ojos, muy brillantes, lo miraban fijamente. Él también la miró mientras recorría la habitación. Amanda notó que había una sonrisa en sus labios.

El Príncipe se colocó entre ellos y ahora, con uno de esos gestos dramáticos que sus íntimos conocían tan bien, dijo:

—¡Damas y caballeros! Debemos dar las gracias al Marqués St. Just por descubrir este infame complot en contra de nuestro país y por desenmascarar a este traidor que se escondía entre nosotros. Debemos también suplicar al Marqués que nos perdone por haber manchado su nombre antes y que hayamos permitido que un traidor como Ravenscar, hiciera injustas acusaciones en su contra. No sólo nos disculpamos ante el Señor Marqués, sino que le pedimos que olvide el exilio que le fue impuesto de buena fe y que retorne a ocupar su puesto entre nosotros. St. Just, queremos volver a disfrutar de tu amistad, como en los viejos tiempos.

Peter hizo una reverencia.

—Agradezco a Su Alteza Real sus bondadosas y generosas palabras.

—Lo que es más— continuó el Príncipe—, como de acuerdo con nuestras leyes las propiedades y riquezas de un traidor son confiscadas por la Corona, me parece justo y equitativo que todo lo que poseía *Lord* Ravenscar pase a ser propiedad del Marqués, cuyas propiedades fueron confiscadas cuando lo desterramos. No habrá ninguna dificultad al respecto, estoy seguro. Y usted, *Lord* Canciller, providencie que la transferencia se realice con la premura posible.

El *Lord* Canciller hizo una reverencia.

—Será como Su Alteza Real ordena— dijo.

—Y ahora que hemos hecho las reparaciones necesarias, St. Just— dijo el Príncipe volviéndose a Peter—, ¿podemos contar con la seguridad de que has perdonado los comentarios difamatorios que se dijeron en contra tuya?

—Su Alteza Real, no sólo tiene mi palabra de que así lo será— contestó Peter—, sino que debe tener la seguridad de que mi espada y mi vida entera, están a su disposición y a la de mi patria adoptiva, Inglaterra.

—Entonces, no hay nada más que decir— aseguró el Príncipe con una sonrisa, extendiendo la mano.

—Hay, sin embargo, un favor que desearía que Su Alteza Real me concediera— contestó Peter estrechando la mano que el Príncipe le tendía.

—Concedido— dijo el Príncipe sin vacilación—. No tienes más que pedir.

—El favor es que continúe la ceremonia nupcial, con un cambio de novio.

—¿Cómo dices? No entiendo…— exclamó el Príncipe, volviéndose para mirar a Amanda.

—La señorita Burke y yo nos amamos desde que nos conocimos— explicó Peter.

—¿De veras? Bueno, debemos preguntar al Señor Arzobispo qué tiene que decir al respecto de este cambio— exclamó el Príncipe—. ¡Pero sería una pena desperdiciar el almuerzo de bodas que ya ha sido preparado!

—Si esto es lo que desea la señorita Burke— dijo el Arzobispo—, yo me siento muy complacido de casar a Pierre St. Just, Hijo de mi viejo amigo muerto en la guillotina. Pierre ha vivido en este país, como sabe muy bien Su Alteza Real, desde que era un niño. Logró escapar del terror de la Revolución. Es de religión protestante, porque su familia residía en Normandía, y no puedo imaginarme que haya mejor forma de premiarlo que haciéndolo feliz en la santa unión del matrimonio.

—Vamos, entonces— dijo el Príncipe con alegría—, sigamos con la ceremonia interrumpida, mi querido señor Arzobispo.

Peter se acercó hasta Amanda extendiéndole su mano. No había nada más que pudieran decirse. Todo era sublime y glorioso para expresarlo en palabras.

Amanda oprimió los dedos de él. Sus ojos brillaban como estrellas en su rostro pálido. En los ojos de Peter halló la expresión de amor y ternura más conmovedora del mundo.

Después habría muchas preguntas que hacerle: ¿por qué no le había dicho quién era? ¿Por qué no le había confiado sus sospechas de que *Lord* Ravenscar era un traidor? ¿Por qué había permitido que lo desterraran sin defenderse de aquellas injustas acusaciones?

Pero ahora lo único que importaba era el hecho de que Peter estaba vivo y de que ella era libre… libre para pertenecerle.

Sintió que su amor por él se encendía y aumentaba como una llama en su interior. Sintió que todo su ser se estremecía al pensar que en unos segundos más se convertiría en su esposa y sería suya para siempre.

—¡Te amo, Amanda!

Sus palabras fueron un susurro que sólo llegó a los oídos de ella.

—Yo te amo también.

No había necesidad de decir las palabras en voz alta. El movimiento de los labios de ella le dijo a él todo lo que necesitaba saber. Tomó su mano y la llevó hacia adelante.

—Señor Arzobispo, ¿tiene la bondad de casarnos?— dijo Peter y a Amanda le pareció escuchar un coro celestial.

Este era el hombre de su corazón. Este era el hombre a quien ella le había dado su amor entero, sin guardarse nada.

Serían uno, unidos, indivisibles contra el mundo, unidos por un amor que derrotaría el tiempo y el espacio, y duraría eternamente.

FIN

Table of Contents

El Desconocido (La Colección Eterna de Barbara Cartland 38)
Copyright
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IXX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XIII